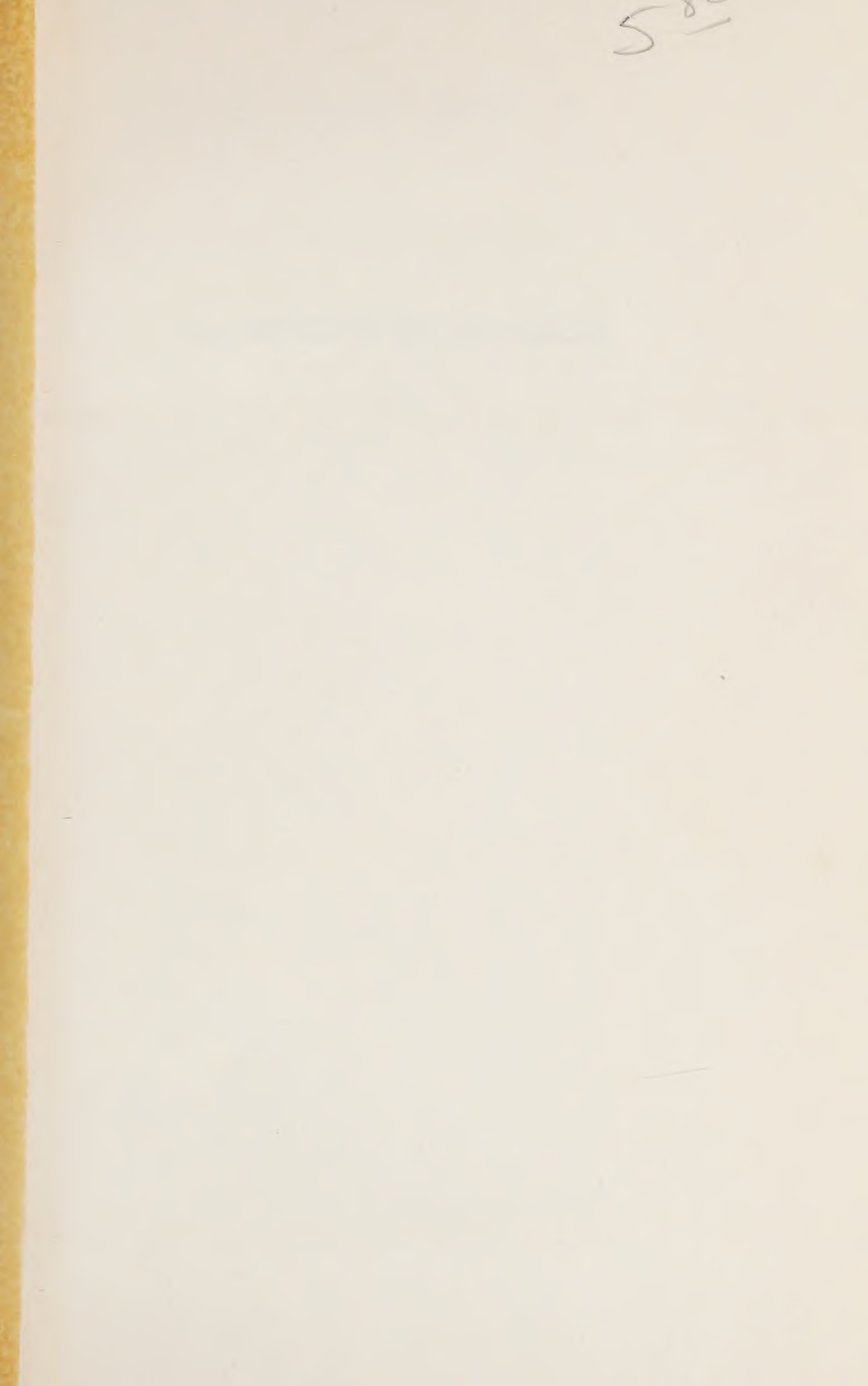
José Félix Fuenmayor

LA MUERTE EN LA CALLE



Editorial Sudamericana



LA MUERTE EN LA CALLE

COLECCIÓN "EL ESPEJO"

2ª edición (1ª en Editorial Sudamericana)

JOSÉ FÉLIX FUENMAYOR

LA MUERTE EN LA CALLE

EDITORIAL SUDAMERICANA
BUENOS AIRES

PRINTED IN ARGENTINA
IMPRESO EN LA ARGENTINA

Dedico estos cuentos a Álvaro Cepeda Samudio, Juan B. Fernández R., Gabriel García Márquez, Carlos Martín Leyes, Alejandro Obregón, Roberto Prieto (q. e. p. d.), Bernardo Restrepo Maya, Germán Vargas y Ramón Vinyes (q. e. p. d.).

Barranquilla, abril de 1966.



JOSÉ FÉLIX FUENMAYOR

Cuando José Félix Fuenmayor, de 81 años, murió en Barranquilla en agosto de 1966, él ya tenía mucho tiempo de estar haciendo todo lo posible por vivir aislado del mundo, olvidado de todo lo que no constituyera su íntimo ambiente familiar. Nunca pudo conseguirlo. Su personalidad y su obra —dos aspectos de una sensibilidad única— gravitaban considerablemente, como una influencia bondadosa, sobre las gentes jóvenes de su región. Escritores nuevos como Gabriel García Márquez y Álvaro Cepeda Samudio, el pintor Alejandro Obregón, el crítico Germán Vargas y en general todo el importante grupo literario que se conoció con el nombre pintoresco de "La Cueva" (el bar barranquillero en donde algunos de ellos se reunían y que era, según el aviso publicado por su propietario, "un amable refugio de cazadores e intelectuales") se benefició mentalmente con su amistad, con sus escritos, con su conversación. En la cual resplandecían todas las virtudes de un hombre sencillo y cultísimo, sensato y agudo, cordial y burlón al mismo tiempo.

Pero desde mucho antes —cuando la centuria actual era todavía joven— ya suscitaba José Félix Fuenma-

yor esa cuidadosa atención de los intelectuales colombianos. Así lo registra elogiosamente Porfirio Barba Jacob en un artículo periodístico de 1928 que revela, en Barba, a un crítico literario certero y bien informado de la técnica narrativa, a propósito de la novela de Fuenmayor publicada ese año y titulada "Cosme". Armando Solano, Eduardo Castillo y el escritor catalán Ramón Vinyes se expresaron también en el mismo sentido admirativo hacia la obra y la personalidad de quien escribió en 1910 los poemas de "Musa del Trópico" y en el año 1928, ya mencionado, el relato de "Una triste aventura de catorce sabios".

Fuenmayor, entre tanto, llevaba a cabo una ardorosa actividad periodística, dirigiendo "El Liberal", un combativo diario barranquillero. Su casa, en esa época, era centro de una tertulia intelectual a la cual concurrían, entre otros, Leopoldo de la Rosa, Jaime Barrera Parra, José Umaña Bernal, Antolín Díaz, Osorio Lizaraso, Pedro Juan Navarro, Clemente Manuel Zavala, Castañeda Aragón, Adolfo Martá y muchos otros, al ritmo de sus itinerarios y de sus escalas en la ciudad.

¿Qué virtudes personales y literarias permitieron a José Félix Fuenmayor no sólo gozar discretamente de esa "posteridad anticipada" que es el prestigio entre sus contemporáneos, sino tener, también sin proponérselo, un incesante influjo favorable en la insurgencia de las nuevas generaciones literarias que, en la Costa Atlántica, buscaron su nervioso ademán indicativo, su decisiva palabra de orientación perspicaz y generosa? Alguien que lo conocía bien, escribió a raíz de su muerte: "Nunca

he conocido a nadie más sensible que él a todas las manifestaciones de la realidad, aun las aparentemente más insignificantes. Sobre cada cosa, en torno a cada objeto, por minúsculo e intrascendente que para los demás fuese, disparaba un comentario original, contaba una experiencia propia e interesante. Era formidable oírle hablar, por ejemplo, sobre los animales caseros. Recuerdo su conversación —que quizá Jules Renard habría envidiado— sobre el pelo eléctrico del gato. Y especialmente su filosofía sobre la pata de ese asombroso saltimbanqui doméstico, que tantea y se posa con tacto de terciopelo, pero con audacia de alpinista, al borde del abismo, sin caerse, sin 'meter nunca la pata': como debe ser la pluma de un buen escritor. Y como era la suya propia, estilo Anatole France, siempre incisivo y, al mismo tiempo, discreto. Con un fino sentido del matiz y los contrastes."

Sin embargo, el lector tiene todo el derecho a no contentarse con esa explicación ajena. Y experimenta, ante la obra de Fuenmayor, como ante toda extensión desconocida, el deseo de explorarla personalmente. Para descubrir, por su cuenta, los territorios de luz y de sombra. Y hacer luego, privadamente, el balance de la travesía. La lectura de "La muerte en la calle" y en general de todos los cuentos que integran este libro es mucho más ilustrativa que todo cuanto pueda reflexionarse y decirse acerca del autor, tan auténtico y original en todo: como ese otro extraordinario hombre de letras de la Costa Atlántica: Luis Carlos López. Fuenmayor tenía el sentido directo, sensorial, reverberante de la realidad. Su

experiencia estética fue personalísima, fina, irreemplazable. Esas dos cualidades —sentido de la realidad y experiencia estética auténtica— que tanto escasean en la literatura colombiana de todos los tiempos. Pero de las cuales hay tan abundantes y tan valiosas muestras en el libro que el lector tiene ahora entre manos.

JUAN B. FERNÁNDEZ RENOWITZKY.

CON EL DOCTOR AFUERA

Ya está aquí Magdaleno, flaco y cabezón, que parece una olla de mono en su varita. Se mete de una vez hasta el patio, y esto es sabido: que un viejo como él necesita calentarse el estómago y sus hijas prenden tarde el fogón. Mi mujer le arrima un banquito a la mesa y le pone su jarrito de café y su rueda de bollo limpio. Magdaleno se asienta, embucha gruñendo y no deja ni una gota ni miga. Es rápido, está de apuro y se levanta tumbando el banquito para seguir por ahí cayendo a tiempo en otras casas con el mismo cuento. Cuántos desayunos le cabrán a Magdaleno, yo lo quisiera saber: y eso que tiene la barriga escurrida y el pescuezo cañutudo; aunque también es verdad que su boca de rayita lo espanta a uno cuando se la espernanca a la comida. Al salir me pasa por delante y sin detenerse me dice:

—Tú siempre en el taburete del doctor.

También Liborio viene por aquí, pero no todos los días. Él no es de muela sino de lengua. Tiene encima una buena pila de años como la mía y siempre me habla del tiempo en que nos juntábamos, allá por el año uno, de aquel día qué y de la noche cuándo y demás échale más y más, que no para. Y me va preguntando: ¿Te acuerdas?

Sí, yo me acuerdo. Y lo que más quisiera saber yo, es eso de que uno se acuerde.

—Será un saco —digo yo— con la boca abierta y tragando que nos ha puesto Dios en el cuerpo para que apare todo lo que nos va pasando.

—¿Y en qué parte del cuerpo tenemos el saco? —pregunta Liborio.

—En el coco —digo—. La cosa puede caer por el ojo, o por la oreja, o por donde sea; pero allá va a dar, al saco en la cabeza.

—Va a dar —dice Liborio—. ¿Y cómo trabaja el saco?

—Bueno —digo—. Tú ves a un individuo: Esto quiere decir que te cayó al saco por el ojo. El saco lo coge y ya no se lo puedes quitar. Sacarlo sí puedes, pero está como amarrado con caucho porque si lo sueltas vuelve al saco. Y te sirve para reconocer al individuo si se te presenta otra vez, porque lo pones al confronte con el del saco y dices: Éste es. Y el individuo queda recordado.

—Saco es, tiene que ser saco —dice Liborio—. Pero fíjate que todo estará hecho un masacote. Cae el individuo, y ahí mismo queda revuelto y empegostado. ¿Cómo lo despegas para sacarlo?

—Pues ahí tienes —digo yo—, que no puedes sacar ninguna cosa que salga ella sola sin que se le vengan pegadas las otras. Vamos a ver. Saca de tu saco a Manuelita. ¿Te salió sola?

—Verdad —dice Liborio—, se me han venido con ella los cinco pesos que me robó, la paliza que le di, la maldita vieja que se las echaba de su mamá; y párate, que aquí voy con las demás cosas que se le pegaron.

—No, Liborio —digo—, no sigas porque te va a salir con Manuelita todo lo que tienes en tu saco.

—Párate, ya te lo avisé —dice Liborio. Y siguió, saca que saca. Porque así es él. Descopuerta el chorro como Arroyo Mono en invierno, que quién lo va a atajar.

Liborio es un amigo y sus visitas no las quisiera yo perder. Pero a mí lo que más me gusta es estar aquí en mi taburete, solo, con mi saco sacando.

A mi taburete lo han bautizado con nombre y apellido como a un cristiano: se llama el taburete del doctor. Lo conoce todo el mundo. Bastante bulla hizo por todo el camino y en el pueblo cuando lo traje en mi burra.

Fue un día que me llamó el doctor para un encargo. Él estaba en una silla larga que parecía un mariapalito de las de palito. Allí estaba el doctor con el espinazo doblado en una tira de lona que era como un pedazo de hamaca o, mejor, como una mochila. Yo pensaba: Ni está sentado, ni está acostado; lo que está es enmochilado. El doctor no entendió la reparada que le di a su aparato y me dijo:

—Sabroso estar aquí, ¿no?

—No, doctor, eso no es para nosotros; si yo me pongo ahí, me ahogo —le contesté.

Miré el taburete que estaba junto a la pared y le dije:

—Allí sí, doctor; recostándolo. —El doctor se echó a reír y entonces fue la cosa.

—Si ése te gusta —dijo— te lo regalo; llévatelo de una vez.

Cuando me presenté en la casa con el taburete, mi mujer quiso aguarme la fiesta.

—Seguro que te lo dieron porque lo iban a botar —me dijo. Yo me puse bravo y le dije:

—Tú qué tienes que ver. Este taburete es para mí solo, para sacarlo al patio y recostarlo en la pared; en el taburete del doctor no se va a sentar nadie sino yo.

El doctor era un forastero que le compró la finca a don Clodo y en ella se metió y de ella no salió más, hasta que le llegó su hora y lo sacaron en el baúl.

Como pasó por el pueblo disparado en automóvil un bulto se les escurrió a los mirones y los más curiosos querían que yo les dijera cómo era el doctor. Vayan a verlo, es ahí arribita no más les decía yo, y no por negado sino porque eso de cómo es una persona no sé contestar bien contestado que es como a mí me gusta contestar. A mí pregúntenme por una vaca, y ya estoy dando con las palabras que la pintan hasta mejor que un retrato. También un burro lo puedo explicar que lo reconocen en seguida solo o entre otros burros. Pero si es gente, después te salen conque como dijiste era equivocado, y es porque tú dices cómo lo viste pero no sabes cómo lo va a ver el otro; porque ni la gente está lo mismo siempre ni tampoco el que la ve está siempre lo mismo. Yo lo más cerca que puedo llegar es poniendo comparación con alguna cosa o con algún animal, buscando parecido de figura o modo de ser, que el doctor no se lo encontraba.

Con mi muletilla de que mejor fueran a verlo me quitaba de encima a los averiguadores de la vida ajena; pero a mi mujer no me la pude sacudir, y le dije:

—El doctor todavía puede ablandarse como en agua

y media, su tamaño ni se le nota entre nosotros, y anda como un sábado por la tardecita.

Mi mujer me repeló:

—¡Qué gracioso! Ni que lo tuviera delante. Me dejas en ayunas.

Pero si así era el doctor, con su pellejo que ya no era de pollo aunque no le pegaba todavía el dicho de no se cocina en dos aguas; y sin el casco de don Clodo que nos pasaba a todos la cabeza; y lo de tardecita de sábado lo dije porque a esa hora es cuando los que paran en las tiendas para los tragos están apenas alegrones; pero esto fue el principio, que el doctor curioseaba por todos lados y hablaba cordial como un compañero. Después poco a poco se fue quedando más y más dentro de la casa y al fin no volvió a salir. Melchor se encargó de todo; y el doctor, añuquido en su mariapalito le sacaba las cuentas y tan bien sacadas que le sacaba las uñas que Melchor quería meterles.

Cuando el doctor me regaló el taburete Melchor se me puso arisco; no que él quisiera taburete, pero Medardo por picarle las agallas le dijo que abriera el ojo, que yo lo iba a desbancar de la administración. A Melchor le entró la rasquiña de que podía ser verdad y se fue a decirle al doctor que yo era el gran flojo y que para el ordeño no servía. Pasé por allí y el doctor me llamó.

—Oye —me dijo—, aquí está Melchor diciéndome que tú eres un flojo y que no sabes ordeñar.

Yo levanté mis dos manos, las abrí, bien abiertas, y dije:

—Todo el que sepa de ubre de vaca tiene que ver que estos dedos son de ordeñador —y Melchor se puso de medio lado mirando para otra parte.

—También puede ver cualquiera —seguí— que estas manos no son para escribir ni tampoco de administrador —y Melchor me dio el frente y lo dejé que me mirara bien las manos. Después dije:

—Da lástima, doctor, que el miedo vuelva bruta a la gente —y Melchor bajó la cabeza y le puso atención a uno de sus pies que lo echaba para allá, lo echaba para acá, como patoco sapo tirando tarascadas. Así lo dejó el doctor su buen rato, observándolo con ojos que la risa aguantada le ponía chiquitos. Al fin no se rió, porque él con Melchor no se reía; pero se le fue una sonrisita puyona y con ella le dijo:

—Quedaste despachado.

Mi mujer volvió a querer saber del doctor, que si era de medicina. Se lo pregunté y me dijo que no, que era de leyes.

—De todos modos es doctor —le dije— y da lo mismo.

Riéndose me contestó:

—Sí, en el fondo da lo mismo.

Yo le dije:

—¿Usted me puede explicar eso, doctor, lo del fondo?

Me contestó:

—No, no te lo puedo explicar.

Yo dije:

—Lo decía, doctor, porque un pleito que tenía Nicasio casi acaba con él, mismo que una enfermedad.

Y el doctor me dijo:

—Pues así queda bien explicado.

Cuando volví a la casa mi mujer me preguntó si le había hecho el mandado.

—Sí —le contesté—, es de leyes.

—Entonces no nos sirve —dijo ella.

—Mejor —dije yo, pensando en Nicasio.

Yo acostumbraba engancharme a descansar del ordeño en la horqueta de un palo de mango que había casi al frente de la casa del doctor. La horqueta era una rama mocha donde yo doblaba las corvas, la espalda pegada al tronco que se iba un poco atrás y con las nalgas sobre palo liso. Aquélla me parecía la mejor postura hasta para dormir; por eso cuando vi el taburete del doctor me dije: Es como la horqueta y aún mejor. Allí me encontraba yo reposando una mañanita, y estaba ya para ponerme a averiguar con mi conciencia si sería verdad que yo era flojo; pero no acababa de darle el primer pasón al caso cuando el doctor me llamó para tratarme el mismo asunto.

—Quiero que honradamente me digas si tú eres flojo o no eres flojo —me dijo.

—Doctor —contesté—, yo siempre digo honradamente. Mire, doctor: uno es como camina. Yo camino lento, y así soy; y si soy así, así trabajo. Melchor me ve sentado, que no muevo ni el ojo; pero llámenme a una ocupación, y ahí voy; y si voy, ¿soy flojo? Yo le diría a Melchor: Tú ves el gato, quieto como muerto; pero tira la mano para cogerlo y el gato salta que ni la pulga: ¿es flojo el gato?

—Quieres decir que eres como el gato —me dijo el doctor con una risita.

—No, doctor —le dije—, no soy como el gato. Pero vamos a otro animal. Vamos al burro. Usted lo ve tan pachorrudo que a veces ni el pellejo lo guiña para espantarse la mosca. Pero póngale el sillón, móntese, doctor, y ya está el burro haciendo su trabajo.

—Entonces —dijo el doctor—, así como el burro sí eres tú: tranquilo, tardo, pero rendidor.

—Muy bien dicho, doctor —dije—, soy como el burro. Y que no me lo tomen en mala parte.

Mucho se habla del trabajo, que lo ponen como una gran cosa buena para uno y hasta para recomendadores del amor al trabajo, los hay. Para fregarlos. Que no frieguen. Con lo que Dios mandó basta: que si no trabajas, no comes, y Melchor no me va a negar que yo como. Ahora, si quiere darme fama de flojo, que me la dé. Daño por el lado del doctor no me llega porque él no le hace caso. Y si me lo quiere cargar como pecado de la Doctrina Cristiana, que me lo cargue, y vamos a ver qué hace conmigo el Padre Eterno, que hasta mejor me puede ir; porque una cosa que Melchor no ha pensado es que flojo era Adán antes de la maldición y entonces, flojo, era cuando Dios más lo quería y lo contemplaba en el Paraíso.

Melchor quedó retrechero conmigo y no podía disimular que le dolían las llamadas que me hacía el doctor, muchas veces con él mismo, que tenía que obedecer. Pero no era nada lo que yo hablaba con el doctor, sino preguntas que me hacía para pasar el rato.

—¿Tú sabes curar la mordedura de culebra? —me dijo un día.

—Lo primero, doctor —le contesté—, esos animales malos, aunque es verdad que muerden porque cierran de golpe las quijadas, ya antecito dieron la chuzada con sus colmillos; pero el apretón no es nada, doctor, lo maluco es el pinchazo y yo por eso me voy a lo principal y no diga que las culebras muerden, sino que pican. ¿Está mal, doctor?

—No —dijo—, viendo las cosas como tú las ves, está bien. ¿Y qué es lo segundo?

—Lo segundo y lo demás —le dije— es que, mire, doctor, si una boquidorada de dos metros que no se ha tragado todavía su rata o su sapo clava los colmillos en carne limpia, la única salvación sería que otra serpiente igual ahí mismo metiera un contraveneno. Una contra sí existe, pero nadie la conoce por aquí. Sucede, doctor, que hay un día y una hora en que pelean las culebras y la que es picada come una yerbita que le cura. Y le voy a contar lo que a mí me pasó. Una vez, en la hora y el día, vi una cascabel y una mapaná en pelea que me cogió al pie de un barranco donde no me pude trepar, y ellas al frente, en el limpio, y no tuve para dónde correr. Aquello daba miedo, doctor. Las culebras se paraban a veces en la punta del rabo y se veían como dos personas. También se retorcían en el suelo como un mondongo o como tripas con purgante; y cuando se tiraban seguido no les faltaba sino tronar para que uno creyera que eran relámpagos de verdad, verdad. De pronto la cascabel le metió los colmillos a la mapaná, esto

tuvo que ser, porque la mapaná corrió que ni se veía para los matorrales; y ahí fue donde perdí la ocasión porque ella iba a buscar la yerbita que saca el veneno; y si yo hubiera sabido entonces lo que iba a hacer, la sigo, doctor, y conocería la yerbita que es la única contra en el mundo.

—Entonces, si no hay remedio, ¿qué debe hacerse? —dijo el doctor.

—Ojo —dije—, mucho ojo, doctor, para no pisarlas; y en un desmonte no meter la mano, sino el garabato. Si uno no las molesta, a uno no le pasa nada. Menos, la mapaná, porque ella se viene al golpe del machete.

—Pero si las culebras no tienen oídos —dijo el doctor.

—Bueno, doctor —dije—, oirán por otra parte. Y hay otra cosa de la que la gente no se puede librar, y es que las culebras maman teta y dejan seca a la recién parida, sin leche para el muchachito; y también maman ubre y si la vaca no se deja, ahí mismo amanece muerta.

El doctor soltó su risa y dijo que las culebras, verdad, tenían sus cosas que eran de ellas nada más, como la de que propiamente caminaban con las costillas; que sordas, sí son, pero que pegadas como están al suelo, sienten por la barriga y hasta dijo que por la lengua que la sacan para tantear el aire y que esto no era que oyeran pero sí como si oyeran. A lo de que mamaran, a eso sí no le dio pase por ningún lado. Me explicó la cabeza de la culebra, que tiene la boca muy dura; que si yo puedo chupar es porque hago ventosa con los labios, que son blanditos, y me preguntó que cómo haría yo para mamar si tuviera toda la boca callosa o de hueso. Le contesté:

—Yo no sé cómo haría yo, doctor, pero las culebras sí saben cómo lo hacen. Ahí está el caso, que usted quien lo dice, del caminado de ellas; y ¿cómo haría usted, doctor, para caminar con las costillas? Ya ve, doctor, lo mismo que la mamada: uno no sabe, pero las culebras sí.

El doctor se reía de lo que yo hablaba, siempre se estaba burlando, qué iba yo a hacer, tan bueno era el doctor. Y también yo lo excusaba porque él era hombre de ciudad, no comprendía el monte, y ya no iba a aprender. Él no vino por aquí ni biche ni verde para madurar, sino maduro para pudrirse. Pudrirse digo, no para que se le coja el sentido malo que también tiene sino para dar a entender que a la ciruela, cuando ya está colorada no le entra más sabor ni más jugo.

Vamos a ver, que no ha acabado el sol su bajada y ya está el doctor prendiendo todas las luces adentro y hasta afuera de la casa. No, doctor, no haga eso en la noche del monte. Deje una luz pequeña en un cuarto y sálgase afuerita en lo oscuro a mirar y a escuchar la noche dejándosela cerquita, no se la quite de encima espantándola con la electricidad. Para diversión nunca le faltará cualquier cosa como luciérnagas que parecen, digo yo, reventazón de topotoropos que no echan semillas sino candelitas; o el canto del bujío, que es su propio nombre y lo repite cada momento porque le gusta llamarse así; o el gritico sinvergüenza del conejo, que no le conviene darlo, pero lo da. Comience por ahí, doctor, con esos juguetes mientras aprende como nosotros a poner atención a otras cosas que son vistas y oídas

con ojos y orejas de adentro, y esto es un misterio y no se lo puedo explicar. Usted no me va a creer, doctor: cuando hay luna, se mueven por todas partes, caminando calladitos, los sueños que salen a repartirse entre la gente dormida y que son de toda clase, buenos y malos, pero a uno que está allí le toca el mejor. Y si no hay luna, entonces es un secreteo como una brisita de palabras que refresca cualquier mal de la persona. Métase, doctor, en la noche del monte, que usted la necesita.

De eso quería yo hablarle al doctor, pero era como consejo que se lo pensaba decir, y cómo me iba a atrever. De su alegría y tranquila apariencia, ahí estábamos todos para testigos; pero sus risas, yo lo tenía visto, eran como esas campanadas que se desparraman sobre la maleza pero no tapan toda la mala yerba de abajo. El doctor estaba fallo, y eso no se me despintaba, y la noche del monte lo podía completar.

Un día comencé.

—Doctor —le dije—, el día es muy bonito pero la noche es linda también; el día y la noche son dos partes del mundo y dos fuerzas para el hombre; el día es fuerza para el cuerpo y la noche es fuerza para el alma.

El doctor se rió.

—¿Qué es esa letanía que me estás enjaretando? —dijo.

—Mi letanía —dije yo— no es más que ésta: que de día puede uno ponerse a buscar a Dios, pero de noche hasta puede uno encontrarlo.

El doctor dijo:

—¿Va a ser ahora un sermón?

Yo le dije:

—Pasa, doctor, que cuando uno aguanta las palabras que deben ser se va en palabras que no son. Lo que yo estaba por decirle es que nunca lo he visto meterse en la noche del monte.

El doctor se rió más fuerte y dijo:

—¿Qué es lo que tú quieres? ¿Que me aventure en la oscuridad para dar un tropezón y romperme las narices, o para que me muerda una culebra y tú no sepas curarme?

Le dije:

—No tiene que salir, doctor.

Él seguía riéndose.

—Lo que sucede —dijo— es que te gusta la noche porque eres animal nocturno.

—¿Animal nocturno, doctor?

—Bueno, ordeñador, por otro nombre.

Y ahí paró esto porque comenzó con sus preguntas: que si era verdad que al rey de los gallinazos los demás goleros lo dejan comer solo y se apartan por respeto a su condición superior; que si yo me había encontrado alguna bruja en forma de puerca arrancando yuca; que cuánto maíz me había *piao* yo. Yo le iba dando mis contestaciones y él se reía con su risa cariñosa que no ofendía. Bueno, doctor, siquiera me tenía a mí para un rato de diversión.

Muchas botellas vacías veíamos salir de la casa del doctor, y esto era para que los del corral se picaran el ojo y dijeran su chiste que no era más que uno:

—No traga alpiste el turpialito —decían.

Una vez que Patrocinio fue el encargado de traer una caja llena se presentó con uno nuevo:

—El doctor no es camello —dijo.

Este dicho no lo supo explicar Patrocinio pero gustó más, acabó con el del alpiste y se quedó él solo dando el palo. Y si se ponían con estas burlitas no era que no le tuvieran buena voluntad y respeto al doctor; pero es que nosotros no estamos acostumbrados a decirles palabras bonitas a las personas de nuestra estimación y más bien las linduras nos sirven para hacerle insulto a la gente con quien no comulgamos.

Yo pensaba: Esas botellas serán la noche en que se mete el doctor; porque la borrachera es como una noche, pero embustera y dañina, toda al revés de la verdadera noche que hizo el Señor.

De esto también quise decirle al doctor, aunque era más trabajoso; y después de meterle mucha cabeza me resolví y lo probé con una pregunta mañosa para irme llegando, si podía: le pregunté si la salud no era lo principal para el hombre.

Me contestó un poquito brusco:

—¿Qué importa la salud?

Yo no le saqué el cuerpo a la mala señal y dije con un tonito regañón:

—¿Que no importa, doctor? ¿Usted dice eso?

Se suavizó; pero serio todavía dijo:

—Sí, parecen palabras vacías. Pero la enfermedad no está en nuestras manos eludirla y lo primordial será, pues, prepararnos para recibirla cuando nos llegue. Si nos mantenemos con ánimo para acoger el padecimiento in-

evitable, entonces podemos decir sin vaciedad: ¿qué importa la salud?

Yo dije:

—¿Entonces, doctor? No entiendo.

—Sí, entonces, y no entiendas —dijo él, y ahí mismo volvió a sus risas y echó a embromarme con sus preguntas de entretenimiento.

El día que oí que el doctor no había salido de su cuarto, fui a preguntar por él. Me oyó la voz y me llamó. Entré, lo hallé acostado en su cama y no le vi botella cerca.

—¿Cómo está, doctor? —le pregunté.

—No sé —me contestó—. Una vez que me sentí muy mal creí que de ésa no me escapaba y nada pasó. Ahora, cuando no pienso que esté de gravedad, tal vez me tengan listo el tijeretazo.

—Tampoco ahora va a pasar nada —le dije—.

El doctor arrugó la frente y se le apretó más la seriedad que en ese momento se le había plantado en toda la cara.

—De eso —dijo— lo que suceda lo aguanto. Pero hay otra cosa: mi mujer está en camino para acá.

—Yo no sabía que usted fuera casado, doctor —le dije—, pero es bueno que ella venga porque así estará mejor cuidado.

Su buen rato se quedó callado el doctor. Hizo el movimiento, que yo le conocía, de coger la botella, aunque no había botella, y se dejó caer otra vez a su postura acostada. Después torció la boca como para que pareciera sonrisa, que no me pareció.

—¿Sabes cómo me siento? —dijo—. Como un burro moribundo que ve llegar el gallinazo.

Yo, pensando qué clase de mujer sería aquélla, cuando el doctor la ponía de golero, le dije:

—Palo es lo que va a encontrar aquí el gallinazo.

Entonces se sonrió el doctor, de verdad, y el humor le cambió.

—Ajá, ¿y qué hay del taburete, no te has aburrido de él?

—No, doctor; él sigue siendo mi mejor amigo.

—Cuando te lo di tenía más de cien años. De eso hace más de catorce. ¿Cuántos tiene ahora?

—¿Cuántos, doctor?

—Más de ciento catorce.

—Y si lo viera, doctor, que todavía parece un jovencito. Su cuero de chivo no ha perdido ni un pelo y su madera está lisa y clara, casi del color y la suavidad de aquel tabaco que usted me dio, metido en un tubito que le habían hecho para él solo. ¿Cuántos años me dijo que tenía, doctor?

—Más de ciento catorce. Y los que le faltan.

—Ésos serán los mismos que me faltan a mí, porque lo que es él solamente vivirá hasta que yo muera.

—¿Cómo es eso?

—Sí, doctor; porque mi última voluntad es que el taburete lo entierren conmigo.

El día siguiente al anochecer murió el doctor. Su mujer llegó un poquito antes y no había bajado del automóvil cuando ya estaba Melchor aparándola. Al entrar ella al cuarto encontró al doctor boquiando.

Hoy no va a haber ordeño, pensamos todos, esta noche es de velorio. Pero vino Melchor y nos dijo: "Al corral, a su hora, manda la viuda". Micaela tenía ya puesta la olla con el agua para el café y Melchor se la hizo quitar del fogón.

—Nada de café —dijo—, no hay velorio.

Después del ordeño me enganché en mi horqueta del palo de mango. La señora del doctor salió a la puerta y mientras yo la estaba reparando ella me vio, que ni me di cuenta porque tenía un modo de mirar de medio lado, como gallinazo. Cuando se asomó estaba un poquito encorvada, pero al verme se estiró.

—Melchor —zumbó como alas de golero—, ¿quién es aquel encaramado allí, que parece un loro?

Melchor le contestó algo que no pude oír, porque lo dijo para que yo no lo oyera. Pero a ella sí la oí.

—Despídelo en seguida. Ya estoy viendo que en esta finca hay más gente de la que se necesita.

Ahí está Liborio, que no lo vi llegando sino cuando ya lo tuve encima.

—¿Sacando del saco? —me dice.

—Sí —le digo—. Tenía afuera al doctor con el gallinazo pegado.

Liborio se me sienta enfrente y se pone saca, saca de su saco cosas del año uno que también están en el mío. Y me pregunta: ¿Te acuerdas? ¿Te acuerdas?

¿QUÉ ES LA VIDA?

El mismo día en que se murió una hijita de Celedonio estiró las patas un ternero del doctor.

Celedonio pidió el día, enterró a su muertecita y no habló más de eso. Y el doctor, ahí le oímos las quejas, que el animal era muy gracioso, que se le había hecho amigo, que mejor se hubiera muerto la vaca. Hasta se resintió conmigo porque no le había dado el pésame.

—Tampoco se lo he dado a Celedonio, doctor —le dije—. Vea, doctor, yo conocí a una gente de esas de ustedes, que por cualquier cosa ya estaban con qué castigo y Dios mío yo qué te he hecho. Nosotros no somos de penas palabreras, doctor, estamos enseñados a ser tristones cuando sufrimos, pero callados. No vaya a creer que no hemos sentido la muerte de la niñita de Celedonio. Sí, nos ha dolido; y la de su ternero también, doctor.

Estábamos parados en la vuelta del jagüey, porque todavía el doctor no le había cogido gusto a su silla mariapalito con botella.

—Me has avergonzado —dijo el doctor—; debí pensar más en el pobre Celedonio. Lo de él es un gran dolor, lo mío es un disgusto y pequeño si lo comparo.

—No, doctor —dije—, las dos desgracias: todo lo que a uno le sale mal es desgracia para uno, y no sirve comparar. Mídale, si quiere, el tamaño a la de usted y deje a Celedonio medir el de la suya si en eso se pone. Desgracias, doctor, por un tiempo o por un tiempecito. Después, nada; y vamos a lo mismo con otras. Así es la vida, doctor.

Ahí le vi la risita brincándole en el ojo. ¿De qué se habría agarrado el doctor, con qué me iría a salir?

—Conque así es la vida —dijo—. La vida. ¿Sabes tú qué es la vida?

—Cómo no voy a saberlo, doctor —dije—, si la tengo en el cuerpo y todos los días por todas partes estoy viéndola.

—Pero ¿qué es?

—Doctor, las matas, los animales, las personas.

—No has contestado la pregunta —dijo—. La vida está en lo vivo, claro; pero ¿qué es?

—Doctor, la cañandonga hace cañandonga, la guacharaca hace guacharaca, la gente hace gente. No hay más, doctor; y hacer lo que hacen sin que puedan salirse de ahí es lo que yo veo que es la vida. Es una leccioncita, doctor, cada uno con la suya.

—¿Pero quién hace la vida y le da la leccioncita?

—Ésa es otra pregunta, doctor. Vea, le pongo por caso, mi mujer me hace unos pantalones. ¿Quién los hizo? Ella. ¿Quién le enseñó a hacer los pantalones? Ésa es otra pregunta. Y podría ser que nadie le hubiera enseñado y ella hubiera aprendido sola. ¿No será, doctor, que la vida con leccioncita y todo se hace ella misma?

El doctor se me puso más burloncito.

—Entonces —dijo— la vida no es más que cañandonga que hace cañandonga.

—Y guacharaca y gente también, doctor.

—Mira —dijo en serio—. Tú quieres decir, aunque no te des cuenta de ello, que la vida no es más que la rutina de un fenómeno común no trascendental. Y no creo que la cosa sea así. La leccioncita, pase. Pero en la vida, por lo menos en la vida humana, hay algo más, algo que llamamos espíritu.

—¿Y todo el mundo tiene eso, doctor?

—No, no —dijo—. La verdad es que abundan los estúpidos.

—Entonces, doctor —dije—, el espíritu es una cosa que le entra o no le entra a la vida; una cosa aparte. No es vida, doctor; como la gusanera (perdone la mala comparación) que le cae a un caballo, pero no es caballo. Vea, doctor: Usted hace un juguete, un carrito, le pongo por caso. Usted lo hace. El carrito queda hecho y ya no tiene nada que ver con usted. Llego yo y le doy cuerda y el carrito echa a correr. Va corriendo el carrito y conmigo ya nada tiene que ver. Ahora, doctor, si al carrito hecho y andando se le meten unos cocuyos y lo alumbran por dentro, eso no es cosa de usted, ni mía, ni del carrito. Eso es otra cosa.

Ya estaba el doctor riéndose sin disimular. Todavía, entonces, yo no me había acostumbrado mucho a sus risas de tiraderita que después hasta me complacían porque me gustaba verlo contento, pobre doctor, cuando ya no le importaba que un ternero fuera bonito.

—Doctor —dije—, yo le contesto como es de mi obligación; pero mi ignorancia no me la puedo raspar.

—No te disgustes —dijo—, yo no me río de ti sino de tu carrito.

—¿Es mucho disparate, doctor?

—Qué sé yo —dijo—. La cuestión no es para que yo pueda asegurar nada; pero me parece divertida la simplicidad con que ves la vida, como si nada tuviera de enigmático; como si en ella sólo hubiera un misterio: el de los cocuyos que al carrito, hecho y en marcha, se le meten y lo iluminan por dentro.

Galapa, 1962.

EN LA HAMACA

Muchos dicen que la edad de quince años es por sí misma un estado de gracia en la mujer. Pero esa virtual belleza no la tuvo Matea, si se considera que en sus quince años no dejó de ser la seca, esmirriada, huesudita, fea cosa que había sido antes y siguió siendo después. Sin embargo...

Sin embargo, a los quince años Matea tuvo un hijo. Y que ese hijo muriera a poco de nacer, ya es otra cosa.

Y luego, Matea vivió sola. Habitaba una casucha de barro y paja en un solar inculto y pedregoso; y una tarde que se había asomado a la puerta pasaba un hombre que se detuvo al verla.

—Buenos días, muchacha.

Ella no contestó, miró a otra parte.

—¿Puede darme un poquito de agua?

Matea lo miró un momento y pasó los ojos a otro lado. El hombre insistió:

—Un poco de agua no se le niega a nadie, niña.

Todavía no lo atendió. Hubiera podido entrar y cerrar la puerta, pero esto equivaldría a huir, y ella no huía. Darle o no darle el agua le era indiferente; pero desconfiaba de aquel hombre porque se dirigía a ella

de un modo distinto al de la burla y el menosprecio. Aun el otro de un día, de un instante, se avergonzó de ella después de haberla usado sin efecto, incidentalmente. Recordaba: Cuando ya no pudo ocultar que estaba encinta la torturaron con preguntas despiadadas; y tal la trataban los hombres que ninguno pudo ser sospechado; y ella sabía que nadie le hubiera creído y se obstinó en callar; y le enrostraron un "tendrá que ser del Diablo, maldita bruja". Ella era huérfana, sin padre ni madre ni nadie. La gente con quien vivía la echó de la casa. Hacía diez años. Ninguno parecía acordarse ya de aquello. Sólo ella, que no se quejó nunca, que nunca había llorado, no olvidaba.

Ahora aquí tenía adelante a un hombre cortés que le pedía algo, agua: "Un poquito de agua, niña." Tal vez sería cierto que tenía sed. Negarle el agua... ¿Por qué no negársela?

—Bueno, niña, me niega el agua.

Este hombre robusto, de cara ancha y abierta, de apacible solidez. En todo caso lo mejor sería salir pronto de él, darle el agua para que se fuera de una vez.

—Espere aquí que voy a traérsela.

Pero el hombre la siguió. En la salita con suelo de tierra apisonada, una mesa, dos sillas. Por la puerta sin hojas que daba al único dormitorio vio una cama y un baúl. Todo muy aseado. En el patio, mientras ella sacaba el agua de una tinaja, estuvo contemplando una poca ropa interior muy blanca, tendida en una cuerda. Vio también una ollita rumorosa puesta sobre el encendido fogón.

El hombre tomó el agua.

—Qué fresca está. Déme otro poquito, si no molesto.

Y volvió a beber.

—¿Cuál es su gracia, niña?

—Matea.

—Matea. Hay Mateo, San Mateo. También Matea debe ser nombre de Santa. Todo esto me gusta. ¿Y su marido?

—No tengo marido.

—Eso me gusta más. ¿Vive sola?

—Sola.

—Yo también vivo solo.

El hombre devolvió el vaso vacío, Matea lo recibió, lo colocó en una repisita, fue a darle una vuelta a la olla y se entregó a otros quehaceres como si nadie estuviera allí.

—Matea, qué olorcito de sancocho.

No se dio por entendida. Se mantenía de espaldas al visitante; y cuando tenía que volverse, no lo miraba.

—Estoy pensando que si vive sola se expone a que le falten a la consideración. Usted necesita el respeto de un hombre.

Hizo una pausa.

—Yo me llamo Temístocles.

Caminó un rato. Para allá, para acá. Pasó cerca de ella, se detuvo y dijo en voz baja:

—Temístocles y Matea —y continuó para acá, para allá.

Matea seguía entregada a sus ocupaciones sin cuidarse al parecer de lo que dijera o hiciera Temístocles.

En la batea, montada sobre un banquillo de altura ordinaria, se puso a lavar unos trapitos; y donde cualquier otra mujer de estatura mediana hubiera apretado la barriga, ella apretaba el pecho. Hacia adelante, hacia atrás, restregando, los hombros muy levantados para alcanzar. Parecía que, desde adentro, los huesitos le fueran a reventar la piel.

Temístocles la examinaba. "No es más que un pellejo esta mujercita. Propiamente, no puede acomodar. Pero con buena voluntad se podría entre veces hacer el deber. Eso vale la pena aguantarlo por lo principal, porque es trabajadora y callada, y una gran lavandera, y una gran cocinera. Parece desconfiada. Hay que ir poco a poco."

—Mateíta, me voy. Usted tiene ahora mucha ocupación. Mañana vuelvo —bajó la voz—: Y no olvide, niña: Temístocles y Matea.

Matea volviéndose siguió con la vista inexpresivamente su paso pesado, reposado, que difundía auras de tranquilidad, de pacificación.

Echó Temístocles calle arriba, derecho. Una cuadra, dos cuadras, a la derecha: una, dos, tres. Iba grabando el camino en la memoria.

Era la tarde de un domingo en el que durmió, como de costumbre, hasta las cuatro, su habitual borrachera del sábado. Ahora se encaminaba a la fondita. Ya sabían allí que debían ponerle en la mesa, todo junto, su desayuno de esa mañana, su almuerzo de ese mediodía y la comida de la tarde, de ahora. Se lo comió todo en orden, calmosamente. Primero el café con leche, frío

y obstruido de natas (era una especialidad de él paladear las natas del café con leche). Lo acompañó con el bollo limpio y el queso blanco. Siguió el sancocho de hueso con yuca, plátano verde y ñame, todo entre la manteca fría, cuajada. Luego lisa seca, bollo de yuca, arroz blanco, guineo y panela. Por último los alimentos acabados de preparar, calientes: sopa de estrellitas, carne, zaragozas, arroz con plátano y más bollo de yuca, más guineo y más panela.

Esto de las comidas era su problema. Para suplir la deficiencia de la alimentación que allí le daban tenía siempre a la mano, mientras trabajaba en su tallercito de zapatería de viejo, bolsas llenas de comestibles de las que continuamente estaba sacando algo para llevarse a la boca. Meditaba: La comida del sábado en la tarde, se pierde. También debían guardármela para el domingo, pero no me la guardan. Y estas tres del domingo son nada más que las debidas, y no es mucho. Entonces, pierdo una comida, y me ganan en la fonda, y me gana la lavandera y me gana la mujer que me sacude la casa. Si me consigo a esa Matea me quedará más dinero para comida, todo eso me ahorraría y no tendría que estar llenándome huecos del estómago con poquitos mientras trabajo; sino que me pondrían en la mesa desayunazos, almuerzazos y comidazas.

Cinco años hacía vino aquí Temístocles a tomar posesión de una buena casita que le dejó en herencia un tío materno; y se quedó. En las cercanías del Mercado Público estableció un negocio de componer calzado. Y desde entonces comenzó, tal vez siguió, una vida regular,

metódica, que no alteró jamás: de lunes a viernes abría a las siete de la mañana, cerraba a las once y media para almorzar, volvía a abrir a la una, volvía a cerrar a las cinco y media para irse a comer, luego a casa para reposar sentado la fatiga del día, y después a dormir; los sábados cerraba a las cuatro de la tarde, no iba a comer, esa comida se perdía, y se daba a beber ron blanco hasta el amanecer del domingo, dormía la borrachera hasta las cuatro de la tarde, salía a azotar calles por una hora, despachaba de un tiro las tres comidas del día y luego a dormir para recomenzar el lunes.

Tenía Temístocles cuarenta y cinco años de edad; y en veinte años no había faltado a su borrachera semanal. Se conservaba vigoroso, con una salud perfecta.

También tenía Temístocles una buena cabeza, por dentro y por fuera. La de adentro le suministraba mañas para lograr lo que deseaba; y la de afuera ayudaba en la práctica de las mañas con su expresión honrada y bonachona. Esta combinación puso en juego para atraerse a Matea, y no le falló. Diez días después de su primer encuentro, Matea se fue a vivir con Temístocles.

Desde el primer momento quiso Temístocles que Matea considerara punto capital del programa doméstico la cuestión de la comida.

Desde hoy, eres mi compañera, muchacha. Conmigo nada te faltará. Y yo, ¿qué te pido?, que me quieras también. Tú sabes cocinar. Hay personas que dicen: aunque sea sólo un plato, pero bien adornado y bonito. Yo, no. Yo digo: presa, bastante presa; y no me van a salir con que eso así es feo porque nada de comer

lo es y lo único feo en una mesa es la poca presa.

Matea oía callada pero manifiestamente estaba a la orden.

—Entonces, ya sabes: guarda tu ollita y ahora vamos con una olla bien grande.

Temístocles creyó conveniente portarse con ella como marido y animosamente la besó. "Esto la halagará." Siguió adelante venciendo la repugnancia que comenzaba a torcer su buen propósito. Después, con la bondadosa intención de disimularle el asco que aquel momento de intimidad violentada le produjo, volvió a besarla juntando sus labios con los de ella... y no pudo contenerse: vomitó.

A la hora del desayuno pensaba: "Pobre Matea, no sé si haya creído mi cuento del mal de estómago. Ella no dio señal de impresionarse, más bien pareció no haberse dado cuenta. Tal vez disimulé y quién sabe, se resignaba a un nuevo desengaño entre tantos que seguramente la pobre debe haber sufrido. Bueno, nada de eso se va a repetir. Lo probable es que haya comprendido para qué la traje y no quiere ni espera más, porque después de todo, es refractaria y seguramente no tiene interés en lo otro."

Temístocles, refocilándose en la mesa con un perico de cuatro huevos desechó las preocupaciones y aún sonreía, recordando: "Los huesitos le hacían tric tric." Desde luego, ese sonreír iba por dentro, pues el tono exterior de su rostro era siempre la gravedad.

"Si engordara, quién sabe." Matea le puso a un lado el vaso de agua, final del desayuno. Temístocles miró

de reojo la mano descarnada, amarillenta. "No engordará. Ella es sólo de buena medra para echar pellejo."

Pero el domingo en la madrugada sucedió que Temístocles tuvo como capricho de borracho divertirse contándole las costillas a Matea. La sacó de la cama por un brazo; y poniéndola de pie en el suelo le desgarró la camisa y le iba localizando las costillas con un dedo: una, dos, tres... Y Matea, a la orden.

La mente y el corazón de Temístocles eran sanos. Ninguno de sus actos de borracho había traicionado su excelencia de pensamiento y de conducta. Por primera vez un recuerdo de su borrachera lo mortificaba. "No he debido divertirme así con ella." Y lo conmovió más al ver que Matea no alteró en nada su buena disposición y diligencia sirviéndole y procurando tenerlo contento... Juzgándola por sí mismo, pensó: "Hasta podría ser que a la pobre le agrade que yo la tome de entretenimiento."

Y en verdad, Matea aparentemente se acomodó al orden que desde entonces quedó establecido. Ella, infatigable, desempeñaba todos los quehaceres de la casa; y Temístocles se entregaba al pacífico y amable disfrute del beneficio universal que como benévolo sostén y dócil juguete le dispensaba Matea. Separados siempre por el silencio. Siempre, aun en las madrugadas de los domingos cuando él se presentaba borracho y, ella a la orden, la hacía ponerse a cuatro patas pidiéndole que saltara como una rana, o se empeñaba en meterle una cajita de fósforos en la hoyita.

Temístocles sacaba cuentas. Todo iba como lo había

previsto. Comía más y mejor, estaba bien atendido en todo. "Qué ojo tuve con Matea. Nadie la había descubierto." La ropa bien lavada y bien planchada. Ninguna discusión, ningún disgusto. Y cómo soportaba la tonta mujercita sus chanzas de borracho.

¿Cómo las soportaba? Ahí comenzó a aparecer una sombra.

Hay mujeres a quienes el hombre les pega y siguen queriendo al hombre que les pega. Pero esas mujeres se defienden, o huyen o lloran o chillan. Pero es distinto. Un hombre le pega a una mujer: es su hombre quien le pega. Es distinto. Tampoco Matea es como un perro. El amo le daba de palos al perro. El perro aúlla, se agacha, o corre y vuelve batiendo la cola. Es distinto. Así pensaba Temístocles y la sombra se agrandaba. Matea le dejaba hacer, no mostraba reacción alguna, se prestaba sin oposición a bromas que sin duda la afrentaban, aunque la intención y el deseo de él fueran eso. ¿Por qué no resistía, por qué las toleraba sin quejarse, ni siquiera intentaba evitarlas? No era que se complaciera en el sufrimiento, porque su actitud enigmática, impasible, en manera alguna revelaba el generoso dolor de un mártir. ¿Escondía el rencor, y lo iba acumulando? La sombra se extendió más, envolvió a Temístocles en inquietante misterio.

Mas en aquella sombra apareció de pronto, rasgándola y transformándola en nube huidiza, la insignificancia de Matea. ¿Qué cosa era Matea? Un gusano. "Pobre pellejito. Pero no volveré a molestarla. A Dios pido que en mis borracheras no olvide yo este propósito."

Invocar a Dios nunca es vano. A veces creemos desoído nuestro ruego, pero en verdad puede habérsenos concedido de una manera que no nos sea dado entender. O tal vez ocurra que una plegaria, aunque la inspiren buenas intenciones, se encamine mal y pida sin que lo veamos —pero Dios sí lo ve— la protección de un pecado. Y quizá porque Temístocles en su inocente egoísmo olvidó que el mal mayor en que necesitaba ser acudido era el vicio de la beodez; o por cualquiera otra razón impenetrable, Dios permitió que el domingo siguiente empeoraran las cosas.

Sí, las cosas empeoraron aunque esta vez el juego de Temístocles fue muy corto: sólo quiso hacer chirriar como guacharaca el espinazo de Matea pasándole por las resaltantes vértebras el mango de un cepillo de dientes. Y no se sabe cómo Matea resultó herida en la frente. Temístocles no lo supo sino en la tarde cuando ella, esmerada como siempre, le sirvió las tres comidas del día, todas calientes, y él pudo ver que Matea tenía la cabeza vendada. "Dios mío, sangre, comienza a haber sangre." Su impulso directo fue apartarse, huir de Matea. Pero sobreponiéndose pensó: "Debo pedirle perdón."

Se levantó. Ante él estaba ella. Nunca se habían visto francamente, cara a cara. Ahora él la miró de frente. Y ella alzó también la mirada para encontrar también de lleno la de Temístocles. Y él vio por primera vez los ojos de Matea que se le presentaron como charcos de aguas espectrales, muertas, y con un vapor frío que les brotaba desde muy adentro. Las palabras de simpatía se helaron en los labios de Temístocles. Y tembló de miedo.

Al otro día trabajaba Temístocles en su taller. Clavaba con su martillo las menudas puntillas que también hubieran tenido que ser martilladas para hacerlas penetrar en los callos de sus manos. Enceraba la línea de cáñamo y pasándole los dedos la hacía crujir. Con la lezna agujereaba el cuero y la lezna pasaba con un ligero estremecimiento. Tiras de cuero brotaban de su cuchillo como cintas de papel de la varita de un prestidigitador.

—¿Qué hubo de mis zapatos, Temístocles?

—Ya están.

Se levantó, los entregó, recibió el dinero, lo guardó en un cajón.

—Adiós, pues.

—Adiós.

Estos actos de Temístocles iban por un lado y marchaban como debía ser. Por otro lado y simultáneamente sus pensamientos rodeaban un centro fijo: por alguna parte lo estaba amenazando un peligro. Y buscaban esos pensamientos un medio seguro para dejar tranquila a Matea. Pero el medio tendría que ser algo equivalente a amarrarse las manos. "Porque yo ahora digo con toda el alma que no lo vuelvo a hacer pero cuando esté con tragos será otra cosa."

—Estos botines, Temístocles, para que les eches media suela claveteada y que estén para mañana.

—Ponlos ahí. Mañana estarán.

Llegó la hora del almuerzo. Salió, cerró. Iba camino de la casa.

Con tranquila apariencia, con el inalterable aplomo de su continente soportaba los pensamientos de alarma

que lo asediaban. Saludaba aquí y allá a los amigos con quienes se cruzaba.

"Me separaré de ella. La echaré." No. No era para tanto. Ciertamente él creía haber descubierto en los ojos de Matea un fondo horrible; pero quizá lo que allí vio fue el reflejo de su propia conciencia remordida por haber herido a la pobre mujer; porque siéndole imposible recordar lo sucedido se atenía al hecho como una prueba de su culpa. "O todo será que sus ojos son muy feos. Nada más." Con esta idea, su inquietud disminuyó.

Pero algo tendría que hacer. Cabría el recurso de dormir la borrachera en cualquier otra parte, pero esto le resultaría muy difícil pues siempre había dormido en su casa; y precisamente cuando estaba borracho nada sería capaz de detenerlo en su marcha sonambúlica hacia su casa.

Pero quizás pudiera, allá mismo, aislar su dormitorio...

Se detuvo. Acababa de ver en la puerta de un almacén una hamaca en exhibición para la venta. Y fue componiendo: allá había una mediagua entre la casa y la cocina, sostenida por fuertes horcones; de éstos colgaría la hamaca; y cuando llegara con tragos iría directamente a acostarse en ella entrando por un portillo de la cerca. De ese modo evitaría que la presencia de Matea en su borrachera le hiciera surgir aquel demonio burlón incontrolable.

Compró la hamaca y como planeó hizo. Pensó explicárselo a Matea, quería decirle: ya no volverá a suceder. Pero no se atrevió. Comió en silencio; y esperaba que ella comprendiera.

Temístocles había tenido siempre aversión a las hamacas, pero se sobrepuso a ese sentimiento, porque su disposición era la del sacrificio. Y este acto de abnegación le fue premiado; porque desde el primer momento se sintió bien en aquella hamaca y su corazón sencillo celebró como una fiesta el tenderse un poco al través empujándose con el pie, una, dos veces, ir y venir lentamente, como en el aire.

Así durmió el resto de la semana. Pero no todas las noches concilió el sueño rápida y plácidamente. Y el viernes tuvo una pesadilla: huyendo de Matea se había encerrado en un oscuro aposento donde se creyó a salvo. Pero de pronto vio que por el agujero de la cerradura pasó un ojo de Matea y se detuvo a esperar el otro ojo que en la misma forma entró después; y juntándose los dos ojos empezaron a buscarlo entre la sombra; y él sabía que su mirada le daría la muerte. Al despertar del horrible sueño sudaba de angustia.

Pero tras una noche de espanto el día es una sonrisa, es nuestra sonrisa; y al amparo del sol compadecemos burlonamente a los fantasmas que en sus correrías de miedo se resfrían aullando en el viento; o penetrando en las habitaciones obscuras se pasean ceremoniosos y feos y esperan que las gentes se asusten en la cama; pero si alguno grita o simplemente se mueve los pobres fantasmas emprenden la fuga desalados. Así sonrió Temístocles, en la luz.

Y el mal sueño de la noche del viernes se borró en la claridad de la vigilia del sábado.

Sin embargo, un mal sueño puede deslizarse desde la

noche y agazaparse en el día, y esto fue lo que ocurrió; el horror de los ojos de Matea trazó una terrible continuidad en la noche y el día.

No importa. Era sábado y Temístocles comenzó a beber a su hora. Y al amanecer del domingo, borracho llegó a la casa. Olvidó el portillo y la hamaca. Con sus seguros movimientos de autómata abrió y entró. Vaciló un momento, quizá comenzó a recordar. Pero de pronto comenzó a llover fuertemente y el ruido del agua resonó en el cráneo como una carrera frenética a su persecución. El mal sueño agazapado saltó. Ahora estaba despierto y Matea se encontraba allí, muy cerca; y sus ojos, desde la sombra, podrían lanzarle su mirada de muerte. Entonces, poseído de un miedo como nunca antes había conocido, arrebató a Matea de la cama, la arrastró por el piso, la tiró al patio, y cerró tras ella la puerta por donde la había echado. Y en seguida se desplomó bajo el sopor de la borrachera.

Afuera, Matea se sentó en el mismo sitio donde había caído, sobre el suelo desnudo. La lluvia la salpicaba. El frío no la hizo estremecer porque ardía. Y allí, inmóvil, pasó el resto de la noche con los ojos fijos en la hamaca vacía que se agitaba convulsa a los golpes del viento.

Temístocles durmió hasta las cuatro de la tarde, salió a andar por una hora, regresó a comer a las cinco y halló la mesa puesta y la ordinaria atención de Matea. La rutina doméstica seguía, sin interrupción.

Durante todo ese día la cabeza embotada de Temístocles no dio paso a los recuerdos de la noche. Tal vez

ciertas sacudidas involuntarias que conmovieron su fatigado cuerpo fueron un modo de manifestación de aquellos recuerdos; pero no los reconoció ni afectaron la indolencia de su cansancio. También cuando llegada la hora se acostó en la hamaca, entre dormido y despierto, le pareció sentir que Matea se acercaba sigilosa. Pero esa sensación se diluyó en la vaguedad precursora del apaciguamiento del sueño.

El lunes la memoria de Temístocles comenzó desde temprano a dar testimonio de su despiadada conducta del domingo en la madrugada. Se sintió abatido, avergonzado; y a estos sentimientos volvió a asociarse la noción de peligro. "Ahora mismo debo emprender la fuga." Cambió: "Ahora mismo debo pedirle perdón." El temor de ver los ojos de Matea lo contuvo. "Puedo hablarle sin mirarla." Mas no encontró las palabras. Suspiró. Esto le pareció bien. Volvió a suspirar de modo que lo oyera Matea. "Ella comprenderá." Al salir para el taller lanzó un suspiro más fuerte. "Ella tiene que comprender."

Poco después Matea en una tienda vecina compraba una aguja de enfardelar. Estaban allí dos mujeres y una de ellas intentó darle conversación.

—¿Qué vas a hacer con esa aguja?

Matea levantó la aguja hasta sus ojos y se quedó mirándola.

—¿Vas a coser algún costal?

—Sí, un costal.

—¿Y Temístocles? No vas a negarnos que con él te va mal.

Matea no contestó. Bajando la mano con que sostenía la aguja levantó la otra hasta cubrirse los ojos.

—Dejémosla —dijo una de las mujeres en voz baja—. Esa tonta se va a poner a llorar.

Mientras se alejaban la otra dijo:

—Qué va a llorar Matea. La aguja será para sacarle los ojos a Temístocles. Tú no la conoces, esa fue la que tuvo un hijo con el Diablo.

Y Temístocles continuaba pesaroso, preocupado. Mientras trabajaba o comía olvidaba. Pero en los intervalos y un buen rato antes de dormirse, metido en la hamaca, rumiaba soluciones sin decidirse por ninguna. Y mientras tanto seguía su juego de los suspiros, en los que ponía una imprecisa pero sostenida esperanza.

El sábado en la tarde cerró Temístocles su taller, a la hora de las cuatro. Con su paso lento, pacífico, llegó a la tienda de la Niña Manuela. Allí encontró a Valerio y a Matías que comenzaron a beber más temprano.

—Salud a todos, Niña Manuela, butifarras y una media.

Primero comió, despacio. El pellejo de los embutidos lo rompía con las uñas. Cuando acabó con una ristra de treinta se limpió los labios con las mangas, primero la del brazo derecho, después la del izquierdo. Las manos se las restregó en los pantalones, sobre los muslos. Luego se sirvió medio vaso, se lo echó de un golpe en la boca y aprovechó el ron como enjuague antes de tragarlo.

Matías y Valerio se habían quedado allí a la espera de Temístocles pues sabían que a esa tienda iría. Se

tenían bebida ya la poca plata de que dispusieron y agotaron además el crédito, limitado a un peso cada uno, que la Niña Manuela les concedía. Pero era gente de recursos y no le iban a faltar para seguir bebiendo. Allí tenían a Temístocles, al otro extremo del mostrador.

Valerio inició la improvisada artimaña. Se aclaró el pecho y con misterioso aire se fue acercando a Temístocles. Matías lo siguió con la vista; ignoraba cómo iba a actuar Valerio, pero su malicia era clarividente.

—Temístocles —dijo Valerio—. No es el momento, pero se dice por ahí que tratas mal a tu mujer.

—Ella no es mi mujer. A ella no le falta nada.

—Pero le pegas.

—No le pego. Hay cosas de tragos, nada más.

—A un hombre no le has pegado, Temístocles.

Temístocles levantó el brazo derecho, abrió la ancha mano con los dedos de rudas yemas muy estirados, y luego cerró el gran puño y estuvo contemplándole un momento.

—No querría tener que pegarle a nadie.

—Temístocles, yo te hablo como un amigo.

—Eso me gusta, Valerio.

Matías se acercó y habló:

—Valerio es tu amigo. Yo también soy tu amigo. Uno se interesa, comprendes, cuando la gente habla, si es de un amigo. Y uno es uno; y un hombre como tú es un amigo. Si la gente quiere hablar que hable. Aquí estamos tres amigos.

—Eso es así —confirmó Valerio—. Y nosotros no es sólo consideración; es que tenemos por ti veneración

como hombre superior que nos enseñas. Si vamos a la gramática, ahí estás tú. Si es de aritmética, ahí estás tú. Cualquier conocimiento, ahí estás tú.

—¿Y qué es mejor, Temístocles: la aritmética o la gramática?

—La gramática, porque lo tiene todo. La gramática es primero que todo. La palabra con que Dios creó el mundo, es gramática.

—¿Y cuánto tiempo hace que Dios creó el mundo?

—Esa cuenta no es para que el hombre la lleve. Y si uno saca hoy esa cuenta, mañana se la lleva el viento.

—Ajá, y ¿por qué sopla el viento?

—El viento no sopla. A él lo soplan unas bocas que están puestas donde deben estar, unas grandes, otras medianas y otras pequeñas, para que haya viento de todas clases.

La Niña Manuela sonreía y servía más y más tragos que Temístocles pagaba; pero al fin avisó que iba a cerrar, y los tres salieron.

Acordaron ir a la cumbiamba y allá fueron. Miraron un rato. Luego llegaron a un claro de la multitud donde parada y sola vieron a una muchacha que llevaba los cabellos sueltos y constelados de jazmines.

—Dejaste sin flores la mata —le dijo Valerio. Y siguió con Matías. Temístocles se quedó.

—Esas flores —le dijo a la muchacha— no son puestas. Tú eres la mata misma que las cría.

Así la tanteaba. El madrigal era de su cabeza por dentro; y su cabeza por dentro lo presentaba como una segura promesa. Ella sonrió, bajo los ojos.

—¿Cuál es su gracia, niña?

—Micaela.

—Yo me llamo Temístocles.

Se le acercó más y dijo en voz baja.

—Temístocles y Micaela.

—Bueno —accedió la muchacha.

Él le ofreció el brazo y juntos se fueron.

Cerca de las cuatro de la mañana Temístocles, completamente borracho, andaba camino de la casa. Siempre tenía pies para llegar allá, cualquiera fuera el grado de su embriaguez. Cuando el alcohol le borraba los sentidos y trababa su conciencia, un oculto mecanismo surgía en él, tomaba el mando y lo conducía y lo escuchaba. Ya en la casa y al acostarse, el misterioso conductor y vigilante lo soltaba, y Temístocles caía desbaratado.

Así llegó, pues; pasó el portillo, cruzó el patio hasta la mediagua; se quitó la ropa y se metió en la hamaca, cayendo inmediatamente en un pesado sueño.

Aquel día Matea se había levantado más temprano que de costumbre. Antes del regreso de Temístocles tenía ya puesta sobre la leña encendida, en el patio, calentando agua, el cubo que usualmente utilizaba para hervir la ropa sucia.

Cuando llegó Temístocles, Matea, ocultándose, esperó a que se acostara y se durmiera. Luego se le acercó y estuvo observándolo un largo rato. Después entró a la casa y reapareció llevando en la mano la aguja de enfardelar enhebrada con un largo y fuerte cordel; y se puso a coser los bordes de la hamaca uno con otro, sin juntarlos. Los cosió desde arriba de la cabeza de Temís-

tocles hasta más abajo de sus pies. Colocó cerca de la hamaca una banqueta; y empleando trapos para protegerse subió a ella el cubo donde el agua hervía a borbotones. Descansó un poco. Luego, poniendo en la operación que ejecutaba toda su atención, alzó el cubo y derramó el agua hirviendo sobre Temístocles, primero en el rostro. No perdió una gota.

En la hamaca no se oyó un grito, ni un gemido; apenas, tal vez, un sordo y lejano rumor como si proviniera de alguna distante profundidad. Las piernas de Temístocles se agitaron un poco, independientes, como si hubieran intentado emprender su propia fuga.

Y Matea tiró el cubo vacío. Exhausta, anhelante, se sentó en la banqueta. Insensiblemente se fue inclinando hacia adelante. Y no cayó, porque su cabeza desvanecida encontró apoyo en el destrozado pecho de Temístocles.

LA MUERTE EN LA CALLE

Hoy me ladró un perro. Fue hace poquito, cuatro o cinco o seis o siete cuadras abajo. No que me ladrara propiamente, ni me quería morder, eso no. Se me venía acercando, alargando el cuerpo pero listo a recogerlo, el hocico estirado como hacen ellos cuando están recelosos pero quieren oler. Después se paró, echó para atrás sin darse vuelta, se sentó a aullar y ya no me miraba a mí sino para arriba.

Ahora no sé por qué me he sentado aquí sobre este sardinel, en la noche, cuando iba camino de mi casa. Parece que no pudiera andar un paso más, y eso no puede ser; porque mis piernas, bien flacas las pobres, nunca se han cansado de caminar. Esto tengo que averiguarlo.

También por primera vez pienso que mi casa está lejos, y esta palabra me suena extraña. Lejos. ¿Será "lejos"? Sí. Es "lejos". Es que ya tenía olvidada la palabra.

Yo digo "casa" pero no es más que una cuevita a la salida de la ciudad, casi en el puro monte. Me gusta poner nombres así. A mis conocidos, a quienes pido los centavos que diariamente necesito, me les arrimo

diciéndoles: Qué tal, caballerazo. Son pocos esos conocidos. Verdaderamente son mis amigos. Yo busco uno o dos de ellos cada día y voy dejando descansar de mí a los otros; y como sólo les pido muy de tiempo en tiempo no me huyen ni se me excusan. Cuando me encuentro alguno que no está en turno para el día, lo saludo "Qué tal caballerazo" y sigo de largo con mi paso que siempre parece que llevo un poco de prisa. Si es alguno a quien le toca, le digo: "Qué tal, caballerazo. Échese ahí tres centavos, o cinco, o siete, o diez." Con tres tengo para el café tinto. Si son cinco hay para el pan. Si son siete, ahí está el azúcar, y entonces bajo mi mochila, saco mi jarrito y le echo el café; y saco mi botella de agua y echo, revuelvo con un dedo y así el café aumentado me alcanza para el pan. Y si son diez, añado una arepita de masa dulce. Tres es malo; cinco, regular; siete, bueno; y diez, completo. Con uno solo o con dos nada más, o sin uno o sin dos, no sé, porque nunca me ha pasado. Dios me favorece. Y también me dio el don del orden.

A veces es más de diez, porque cojo a un caballerazo en un momento así, y entonces puede haber para almuerzo y hasta para la comida. Pero eso de almuerzo y comida no me importa mucho. Mi mala costumbre, que no he podido quitármela, es el desayuno. Otra que sí me quité, era que toda la plata me la acababa inventando cosas; y eso noté que me perjudicaba la salud y me estorbaba para caminar. Entonces dejé la mala costumbre, y lo que me quedaba lo guardaba para el otro día. Pero aunque tuviera algo guardado yo no dejaba

de hacer mi trabajo de caminar. Naturalmente, mientras me duraba el guardado y yo no pedía nada; y si entretanto me cruzaba con algún caballerazo a quien le tocaba, lo saludaba y seguía de largo porque su turno quedaba desplazado.

Una vez tuve un problema de mucha plata. Llegué por la nochecita a la casa de un caballerazo a quien le tocaba y lo encontré en la terraza, donde estaba en reunión con mujeres y todo. Le dije: "Caballerazo, échese ahí tres, o cinco, o siete, o diez." Entonces otro caballerazo que estaba allí sentado se levantó y se me puso al frente y me dijo que repitiera lo que había dicho. Yo repetí. Me dijo que le explicara lo que yo quería decir con eso, y yo le expliqué, largo. Porque a mí me gusta hablar de las cosas mías y es de lo único de que hablo; porque en mis cosas veía siempre la mano de Dios. Cuando me encuentro a una persona que le pone interés a mis asuntos, hablo; pero es muy raro que la encuentre, como aquel caballerazo. Entonces me la paso callado. A mí me ven pasar, como mudo, y la gente pensará que a mí no me gusta hablar; pero no es así, es lo contrario, porque yo estoy siempre hablando, hablando conmigo mismo. Bueno: y aquel caballerazo me tendió delante de los ojos cinco pesos. Yo le veía el billetón en la mano. "Caballerazo, es de quinientos", le dije, para que se fijara, si era que se había equivocado. "Sí, tómalo", me dijo. Lo cogí, qué caray, y me despedí.

Ésta es la voluntad de Dios, pensaba yo, caminando; él me dirá lo que me corresponde hacer. Dos días, o tres, o cuatro, o cinco, tardó en llegarme la iluminación.

Y entonces, lo hice: envolví el billete en un papelito y lo amarré al fondo de la mochila. Ahí está, desde entonces; para que cuando yo me muera el que me recoja lo encuentre y sea suyo. Dios le guiará la mano para que dé con él, como premio de su buena acción.

Una cosa rara, que me haya sentado aquí, cuando yo sigo siempre en viaje liso. Y acabo de fijarme que sólo he traído tres periódicos en vez de los cuatro que deben ser. Nada de esto me había sucedido nunca. Y viendo eso me quedo aquí sentado en lugar de devolverme a buscar el que me falta. Dios mío. Tú debes saber lo que me está pasando; me está pasando algo malo, pero Tú haces tu voluntad. Ahora tengo la preocupación de mi mala costumbre de abrir dos periódicos en el suelo y echarme encima dos también; porque sólo traje tres, y ahora no sé si convenga más dos arriba y uno abajo que dos abajo y uno arriba. Dios mío, líbrame de esta preocupación, porque me siento sin ganas de devolverme a buscar el que me falta.

Hace tiempo tenía yo una manta. Dios me hizo ese milagro, porque me condujo a pasar por una casa en el momento en que un hombre en la puerta decía, y yo lo oí: "Llévese eso y bótelo." Miré, y vi la manta. Y le dije al hombre: "Qué tal caballerazo; échesela acá si va a botarla"; y el hombre me la dio.

Aquél fue un buen tiempo. Comenzó cuando yo estaba ya cansado de pedir alojo, hoy aquí, mañana allá, porque no me lo daban más que una vez. Yo sólo pedía que me dejaran dormir en la cocina o bajo alguna enramadita, o en cualquier parte del patio; en cualquier

parte que no fuera la calle, en un sardinel, como estoy ahora; porque yo tengo mis gustos y hay dos cosas que no paso: ni dormir en un sardinel, en la calle, ni pedir comida. Siempre me contestaban con mala cara, lo mismo cuando me decían sí que cuando me decían no. A veces tenía que rogar el favor en dos o tres o cuatro o cinco casas antes de conseguirlo. Y un día que pedí permiso para ir atrás en un patio por una necesidad, vi un hoyo en el suelo que quién sabe si lo habían hecho puercos o lo cavó algún perro. Lo medí con el ojo y lo encontré de mi largo y ancho, y bien seco estaba. Miré para la casa, y lo tapaba la cocina. Miré derecho para la calle, y había un portillo en la cerca. De una vez lo pensé. Y en seguida fui a hablar con la gente de aquella casa y expliqué mi asunto: que yo siempre llegaba a acostarme muy tarde cuando todos están durmiendo; y salía muy temprano, cuando nadie se había levantado; y allí estaba el portillo para entrar y salir sin que sintieran; y como no iba a molestar a nadie, que me dejaran dormir en el hoyo del patio que no se veía desde la casa porque lo tapaba la cocina: todo bien explicado. Aquella gente era buena y me lo permitió.

La primera noche, cuando me metí en el hoyo creí que el frío de la tierra no iba a dejarme pegar los ojos. Pero Dios me ayudó, porque después de un rato ya estuve en calorcito. Lo mismo siguió pasándome todas las noches.

Una noche, cuando menos lo pensaba, me cayó un aguacero; pero fue ya a la madrugada, casi cuando iba a levantarme, y me salí y me sequé con la brisa, cami-

nando. Y mientras andaba se me presentó en la cabeza un pedazo de cerca con una lámina de zinc que quedaba a tres, cuatro, o cinco o seis o siete pasos del hoyo. Esa misma noche aflojé la lámina, la quité y la puse de tapa al hoyo; y por la mañana la volví a su sitio; y nadie se dio cuenta, y así seguí haciendo; y ya podía llover. Esa idea del zinc no me vino de Dios, porque Él es bueno, y aquello de usar la lámina sin autorización era cosa que no debí hacer, cosa mala. La idea me vino de la lluvia, que no es buena ni mala; pero tapar el hoyo era bueno. Como fuera, Dios me lo perdonó; porque al otro día del zinc, me mandó la manta.

Aquel buen tiempo duró hasta que los muchachos me descubrieron. Yo digo que los perros son buenos y los muchachos son malos. Esto quiere decir que yo no he conocido muchacho bueno ni perro malo. Pero seguramente Dios ha hecho de todo.

A mí ningún perro me ha molestado. Y algunos me siguen, desean vivir conmigo, eso muy claro se los comprendo. Ellos no buscan mi comida sino mi compañía, porque bien saben que yo no tengo comida porque demás que pueden oler mi mochila. Viene uno y me ve. Se estira, alzando la cabeza; luego se afloja, se me va poniendo detrás y continúa adelantando hasta que marcha a mi lado acomodando su pasito brincado al mío suave y largo. Así voy con él, vamos juntos, mirándonos. Él bate y bate más y más su esperanza con la cola. Hasta que yo le doy la última mirada y muevo la cabeza pensando: no puedo vivir contigo, caballerazo perro. Y él me entiende; y con pasito más brincado y más triste, se aleja.

Qué pasaría hoy con aquel perro. Eso tengo que averiguarlo.

Los muchachos con quienes yo me he estado cruzando son malos. Hablan sucio y feo. Y se fijan en uno, y le tiran piedras y le gritan apodos. Si es uno solo, yo sé que se hace el que no me ve, pero me está preparando y buscando ocasión. Si son dos, o tres, o cuatro, o cinco mi peligro es mayor porque entonces se descaran, juntos pierden el miedo y cada uno quiere ganarle en maldad a los otros. A mí me parece que cuando están así, también les sale rabo pero no de perro bueno sino de Malino que se los pone y por eso no puede vérselo el que está con Dios.

Verdad que yo sé que con mi flacura cada día se me ha ido saliendo el esqueleto más y más para afuera, y esto es bueno de ver para los muchachos que no están con Dios. También les gustarán mis pantalones rotos, tal como se han roto, porque yo no los remiendo, remangados en mis canillitas, sobre mis zapatos que yo los abro bastante en la punta para que los dedos de mis pies tomen aire y no críen mal olor. Y tal vez lo que más les pica son mis patillitas que de una vez crecieron y ahí me las he dejado y no son más que unos pelitos ralos y larguitos, un poco monos, pero, eso sí, suaves como de seda, y por eso estoy siempre pasándome la mano por la cara.

Todo eso lo sé yo. Pero me defiendo. Y un modo es que no les huyo, y si me gritan, no es conmigo. Y tampoco les doy tiempo ni lugar para que me pongan ningún apodo que se me quede pegado, porque nunca

me ven achantado ni dando vueltas por esos sitios que hay donde se amontona gente, que unos vienen y van y se ve que están como en ocupaciones y diligencias; y otros parece que algún viento los hubiera tirado allí para nada o que creo que están esperando que el mismo viento que allí los echó les lleve algo, y no saben qué. Yo nunca estoy por esos sitios. Yo camino en busca de mis caballerazos; y después que los encuentro sigo caminando, caminando.

Otro modo de defenderme es que si un muchacho viene o va por delante de mí o lo siento que anda por detrás de mí, yo estoy arisco y vigilante para sacarle el cuerpo a la piedra. Si no fuera por eso, quién sabe cuántas veces ya me hubieran roto la cabeza de una pedrada.

Y lo que me hicieron los muchachos en mi hoyo de dormir, no es que yo no hubiera tomado precauciones. Es que no sé cómo me descubrieron los muchachos. Eso, no he podido averiguarlo. Pero una noche sentí puyitas por el cuerpo, y era cadillo que me echaron en el fondo del hoyo. Otra noche, seguido, me enronché porque me pusieron pringamosa. Y la última noche, seguido también, cuando abrí la manta me ensucié todo de porquería. Había tanta que comprendí que no era obra de un solo muchacho.

Me salí del hoyo y me limpié con tierra, bien restregado. Pensaba: Por qué habrán hecho esto conmigo. Pero Dios lo había permitido.

Está visto que las cosas malas que a uno le pasan, son buenas por otro lado que uno no llega a conocer

sino después, cuando es su momento. Es lo que siempre sucede.

Y aquella noche me dije que no iba a dormir. Puse la lámina de zinc en su puesto de la cerca y salí por el portillo. La manta, la dejé; yo pude habérmela llevado y lavarla, pero se la dejé allí.

Caminé, caminé, como si fuera de día. Seguía derecho, no doblaba por ninguna esquina, sino derecho. Y después vi que ése era el camino. Ya estaba en las afueras cuando paré. Y allí mismo la vi: mi cuevita, la que desde ese momento iba a ser mi casa. Entré, agachándome. Daba media vuelta y hacía como sala y cuarto. De una vez me acosté. Y cuando ya no estaba despierto pero tampoco me había dormido, Dios me dio la idea de los periódicos, y yo ayudé, pensando: deben ser cuatro: dos en el suelo y dos como sábana.

Desde entonces estoy mejor, como nunca. En mi casa puede llover lo que quiera llover, y no me mojo, y sin tener que tapar nada con zinc. Y por allá no he visto a ningún muchacho.

Aquí llevo mis diez para mañana. Mi botella de agua está llena. Si mi mamá me ve desde la otra vida estará contenta de que a su hijo no le falte nada. Lo único ahora es el periódico; pero eso ya no importa porque he resuelto poner uno solo en el suelo y arroparme con dos, y ya se me acabó esa preocupación. También si mi tío lo supiera le gustaría conocer que, si no fui zapatero, busqué en cambio mi propio camino y en él no paso necesidades.

Una cosa que yo he debido averiguar es que nunca

he sabido quién fue mi papá. Pero como no me lo decían, pensé que era que no debía saberlo, y por eso no lo averigüé.

Mi mamá trabajaba mucho. Todo era lavar ella; ella, coser; ella, planchar; ella, cocinar. No me dejaba que le ayudara. Me decía: Tú no sabes de eso, anda a jugar. Y yo jugaba en el patio, que era chiquito, pero podía correr de una punta a otra y me gustaba clavar un palo en el suelo y saltar por encima. Y yo a veces no tenía ganas de jugar, pero jugaba para que mi mamá viera, porque a ella le gustaba mucho verme jugar.

Un día mi tío se fue a vivir con nosotros. Mi mamá me dijo: Éste es tu tío. Era él muy ancho. Yo lo veía por detrás y me parecía que no tenía cabeza, o que su cabeza no era cabeza. Mi mamá nos ponía la mesa con mantel. Los dos no más nos sentábamos, porque ella iba y venía, seguía trabajando. Mi tío, cuando acababa su comida hacía pedacitos de bollo, los pasaba por el plato y se los comía. Le decía a mi madre que eso era para que le fuera más fácil lavar el plato. Haz tú lo mismo, me decía, y así ayudas a tu madre. Yo lo hacía, por obedecerle; pero no me gusta hacer eso.

Toda aquella comida la tengo olvidada, ya no es nada para mí. De lo que me acuerdo es de aquellas tajaditas de plátano maduro que mi mamá me dejaba coger cuando las estaba friendo. Después, cuando estaban sobre la mesa en un plato, ya no me gustaban tanto como cuando las comía cerquita a mi mamá, en la cocina.

Un día murió mi mamá. Yo comencé a llorar; pero mi tío me cogió por un brazo, me sacó al patio y seña-

lándome un rincón me dijo: Siéntate ahí, y nada de llorar, porque los hombres no lloran.

Mi tío se hizo cargo de todo. Me dijo: Hay que venderlo todo: Éste es un deber que yo tengo que cumplir.

Y otro día, cerró la casa. Coge eso y vamos, me dijo. Yo alcé un saco grande, uno mediano y uno pequeño y seguí detrás de él. Llegamos a un buque. Me quitó los sacos y no me dejó subir. Te puedes caer, me dijo, espérame aquí. Tardó mucho y al fin volvió con un bultico en la mano. "Ya no tienes a tu madre ni a tu tío, me dijo; ahora vas a hacerte hombre y debes asegurar tu porvenir. Yo quiero que seas zapatero. Es un oficio honorable y produce mucho dinero. No se dirá que yo te abandoné a tu suerte, aunque eso es lo que Dios quiere, que cada cual busque su propio camino. Aquí te doy esto, con lo cual puedes empezar la zapatería." Me entregó el bultico y se volvió al buque.

Comenzaron a soltar los cabos; y yo, parado en la orilla, esperaba que mi tío se asomara para gritarle: Adiós, tío. El buque se abrió en el agua, respirando fuerte, y comenzó a irse. Se iba el buque, yo esperaba, pensaba que era mejor que mi tío no se asomara sino cuando fuera bien lejos, para que entonces lo alcanzara allá mi grito de adiós, porque me parecía que dar un grito desde la orilla hasta un buque muy distante era como soltar un pájaro que sigue volando hasta después que uno ya no lo ve. Pero mi tío no se asomó.

Cuando recibí el bultico noté que era pesado. Anduve un buen rato con él sin desenvolverlo. Aunque no imaginaba lo que pudiera ser, no estaba curioso por

saberlo. O tal vez sí sentía mucha curiosidad y por lo mismo demoraba en abrirlo. O era que sin darme cuenta, yo lo tenía sabido, porque mi tío me lo había dicho: lo que yo llevaba en la mano era mi zapatería.

Al fin me senté en un sardinel, como estoy ahora, y quité el papel y vi: era una horma de zapatero. Claro, tenía que ser una cosa de zapatería. Y lo mejor que se me ocurrió fue ir a buscar un zapatero. Seguramente era eso lo que mi tío había pensado que yo haría: que, con la horma, yo encontrara un zapatero que me hiciera socio de su zapatería.

Fui donde uno y le tendí el bultico, sin decir nada. El zapatero me miró a la cara. Qué traes ahí, me dijo; y cogió el bultico y lo desenvolvió. Ésta es una horma izquierda, dijo; dónde está la derecha. Yo no entendí y no supe qué contestar. Él volvió a mirarme a la cara; y agarrando con una sola mano el papel suelto y la horma desenvuelta, los tiró al suelo y me dijo: Eso no sirve, y ahora véte. Yo me fui, rápido, sin atreverme a recoger el papel y la horma; y ya andando en la calle comprendí que mi tío se había equivocado y no se fijó; pero yo le agradecí su buena voluntad aunque se hubiera equivocado. Y cuando Dios permitió que eso pasara es porque no quería que yo fuera zapatero.

Entonces vi grandes las palabras que me había dicho mi tío: ahora no tienes ni a tu mamá ni a tu tío. Me puse a mirar por todas partes y vi que tampoco tenía ya ni mi mesa para comer ni mi patio para jugar. Yo pensaba: algo se puede encontrar en el mundo. Yo no conocía la gente ni las calles. Me miré yo mismo para

adentro y pensé: yo no puedo quedarme con la gente porque cada una es de otra y yo perdí la mía, entonces, la parte que me queda del mundo son las calles; por las calles es por donde puedo buscar mi propio camino, que es lo que Dios quiere, como me dijo mi tío.

La manera como Dios lo conduce a uno, yo la conocí: es con riendas. Lo mejor es no resabiarse y dejar uno que le apriete bien justo el freno pues así va uno más seguro porque siente los tironcitos, por pequeños que sean, que Dios le dé. Por eso yo sentí el que me dio un día que yo me iba a ser hombre de pala para coger arena; y en seguida dejé la pala. Otros me ha dado y también los he sentido. Pero cuando voy por la calle, caminando, me deja suelto porque ése es mi camino y ahí no necesito tironcitos y entonces parece que ni freno llevara puesto.

Hay un peligro, que yo lo tuve, y es el misterio de la mujer. Yo me dije: eso tengo que averiguarlo. Y me puse a fijarme en las mujeres; pero el misterio no se me resolvía con cualquier mujer en que me fijara. Un día vi a una que estaba sentada y se me pareció a mi mamá; pero se levantó y ya no se parecía. Otra vez me iba delante una mujer que en el bulto y en los movimientos era como mi mamá; eso veía yo; pero cuando me la pasé y le vi la cara, se fue el parecido. Me sucedió también que yo iba distraído y de pronto oí la voz de mi mamá: alcé la cabeza y vi unas mujeres que iban hablando, pero la voz de mi mamá no volvió.

Entonces, yo me puse a pensar que mi mamá estaba como repartida en pedazos, y también en pedacitos, entre otras mujeres. Esto me gustó al principio y yo las seguía

disimuladamente y con el misterio dándome vueltas en la cabeza y que a veces comenzaba a regárseme por todo el cuerpo.

Pero, después, me molestaba que una mujer pudiera ser en ninguna cosa como mi mamá. Y entonces ya no les hallé más parecidos. Primero pensaba yo: es que se los estoy negando, porque sí los tienen. La verdad la vi, al fin, cuando comencé a sentir los tironcitos; esos parecidos no existían y era que el misterio de la mujer me los ponía como trampa. Y ya no quise averiguar más el misterio de la mujer.

Sí, Dios me ha favorecido. Con su protección y atendiendo a las riendas encontré mi propio camino en el mundo. Mi trabajo es caminar, y eso me gusta. El alimento lo consigo con sólo decir: Qué tal, caballerazo. Ahora tengo mi casa. Dios me ha librado de toda inquietud.

Y Él me ha sentado hoy aquí y no quiere que me levante y camine. Qué raro, aquel perro. ¿No habrá por ahí algún muchacho con una piedra en la mano? No. No hay nadie. No hay más que la calle. Pero la calle comienza a desaparecer, me va dejando. Y el sardinel donde estoy sentado se está alzando como una nube y me lleva en la soledad y el silencio. Ahora veo a mi mamá. Está de pie, a la puerta de la cocina, pero no me ha visto. La llamo: ¿Ya vas a freír las tajaditas de plátano, mamá?

UTRIA SE DESTAPA

—El señor Manuel no quiere comprarme otro machete. Dice que uno allá para la finquita y otro acá para el jardín es mucho machete. El mismo sirve, Utria. No se lo voy a discutir. La cosa es que no me gusta pasar con machete por la ciudad para que del porrazo la gente me calcule hombre de monte.

Entraba Utria en las primeras calles. Se apretaba el machete al costado derecho, la empuñadura contra las costillas, la punta hacia el suelo.

—El que me venga delante no me importa, porque atrás no tiene ojo que vea. Al que me siga por la espalda lo obligo a fijarse más que lechuza. Cualquiera que me alcance por la izquierda tendrá que agacharse para reparar entre pierna y pierna cuando las abro. Pero de la parte derecha la hoja brilla y llama la atención. Un kilómetro de la finquita al pueblo, más cinco del pueblo a la ciudad era el recorrido que hacía Utria caminando.

—No vengas a pie —me dice el señor Manuel—, búscate un burro. —Que me lo busque pero no me lo compra. Que caminar es buen ejercicio pero mucho perjudica, dice. De dónde sacará esas cosas el señor Manuel.

Para caminar deja uno ir el cuerpo y la pierna se va sola y ya está uno adelante en el tranco que la naturaleza le ha dado. ¿Dónde está el ejercicio? Ni que uno tuviera como el gallo que doblar y estirar los dedos cada pisada, porque entonces la ley del paso de uno sería la del gallo y tampoco sería ejercicio. Déjeme caminar, señor Manuel, que yo sí podría decirle que sentarse es bueno pero no tanto como usted en su escritorio. Vea el castigo del Judío que fue mandado a caminar porque si la maldición lo sienta no aguanta tres días el dolor de espinazo y entonces se le hubiera muerto y por eso Dios no lo puso sentado sino caminando que no es ejercicio ni perjudica. Ahí tiene usted el Judío echando pata todavía.

Avanzando, Utria se hundía en sus pensamientos y descuidaba al disimulo el machete, el cual, a pocas cuadras batía el aire como un segundo péndulo al extremo del otro péndulo del brazo abandonado a su cómoda oscilación.

—Ahora le voy a decir al señor Manuel que para qué tengo que venir los sábados si puedo llegar los domingos bien temprano.

Durante las tertulias sabáticas de la casa del señor Manuel, Utria en el jardín, acostado o paseándose atrapa al vuelo expresiones nuevas, para él brillantes, que lo impresionaban con particular hechizo. Desarticuladas por el viento y la resonancia de otras voces, las palabras de su encanto caían deformadas en su imaginación, y poco se le alcanza de su significado: eran, de todos modos, los vocablos finos de su adorno. Tal cual los cazaba le pertenecían, los consideraba creaciones propias y los acumulaba para, en ocasiones especiales, darle con

ellos esplendor a su lenguaje. Esos sábados fueron deleite de su fantasía. Pero todo cambió cuando la señorita Martina produjo el milagro de su presencia.

—Para qué más vocablos finos si ya tengo los de mi adorno completo, y hasta hay que ver las atragantadas que me han dado queriendo salir a lucirse, y la gente me los hacía aguantar. Bastante he probado, y el primero fue el señor Manuel, que le solté uno y me dijo: "Utria, te estás volviendo loco"; y también la señora del señor Manuel, que ella es más orgullosa y me plantó: "Cállate, animal." Yo tenía que comprender que los señores quieren ser ellos solos y a uno no lo reconocen; y por eso me les fui a los de mi clase pero no di con un ilustrado y ya estaban con la burlita brincándole en los colmillos. Y si no es por la señorita Martina los vocablos finos me habrían ahogado, y la más envalentonada era la Lucusta que se me pegó en la campanita y no se quería bajar, y yo le tengo miedo a la Lucusta porque ella es la que da la púsima. Pero a ninguno le falta Dios, y Él mandó a la señorita Martina para que yo la topara en la tienda de la Niña Inés. Yo estaba haciendo mi compra y me preguntó: "Por qué me mira tanto, qué me mira." Y ahí mismo sentí el aviso que era de mi asunto y me lo daba sin la oreja que me la puso ladeadita y yo la vi como el embutido más lindo del mundo para que le echara vocablos finos. Y también otro aviso me lo dieron sus ojos, que el color no dejaba medirles el tamaño porque echaban un humito de luna para todos lados y más para adentro; y el aviso era que si uno se embobaba mirándolos iba a saber qué era

caerse en dos pozos a la vez. Yo le contesté diciéndole: "Lo que le miro no es la Lucusta, que no tiene, sino la Penélopa, para cuando esté casada." La señorita Martina se sonrió, y yo me acordé cuando se abre una palma. Seguido, le eché por el embutido la Purciúncula, la Enedia, el Partinón y la Ciclopedia. Ella puso las manos en el mostrador, se echó un poquito adelante y me habló bajito: "Qué cosas tan lindas me has dicho, Utria: díme más." "Lo que pasa es que la señorita Martina va los sábados al pueblo, los domingos se la llevan para el potrero de su tío y los lunes ya está otra vez en su tierra." Y ella me dijo: "Utria, ven los sábados para que hablemos bien largo." Y ahora el señor Manuel me quita el permiso de quedarme allá los sábados. Yo sé que son cosas de la señora que me tiene su ojeriza y no me da entrada para pedirle nada. Ahora le voy a decir al señor Manuel que dé la orden de que yo venga los domingos bien temprano, y vamos a ver si él es marido o no es marido de autoridad.

Pero el señor Manuel había decidido ya de la suerte de Utria.

—Mañana —le dijo al llegar— partimos para Europa y tú te vas a quedar aquí cuidándonos la casa.

Utria le halló remedio a este contratiempo; dijo:

—Usted manda, señor Manuel; y los sábados iré a darle vuelta a la finquita.

El señor Manuel le asestó el terrible golpe:

—No, Utria, no tendrás que ir porque la vendí y ya no tenemos nada que ver con ella.

Asiéndose a la última esperanza de una inmortal

despedida, Utria convocó en su imaginación la más resplandeciente asamblea de sus vocablos para el regalo de la señorita Martina.

—Entonces, señor Manuel —dijo—, pongamos el sábado que viene para entregarla al nuevo dueño.

El señor Manuel le cortó la respiración:

—Nada de eso, yo lo he arreglado todo.

Apareció la señora del señor Manuel y previno a Utria que su más grave responsabilidad sería el jardín. El señor Manuel lo instruyó acerca de sus nuevas obligaciones; le señaló dónde debía dormir, dónde podría cocinar y lo autorizó para que, en cierto espacio del solar, sembrara si quería hacerlo.

—Pasado mañana —le dijo— vas a la oficina y mi socio don Severo te dará la paga de esta semana y, aparte, una sumita que tú fijarás para que te compres alguna ropa y repongas los cachivaches que dejaste allá. En adelante, hasta mi regreso, irás a la oficina los lunes por tu jornal.

En seguida la señora del señor Manuel se apoderó de Utria y por el resto del día le ordenó hacer, deshacer, caprichosamente, sin objeto comprensible para nadie que no fuera ella. Utria obedecía parsimonioso, voluntario —su paciencia alcanzaba para todo eso. Al caer de la noche la señora lo despidió con mandato conminativo, innecesariamente imperioso, de golpear en la puerta a las cinco de la mañana desentendiéndose de las advertencias del señor Manuel, de lo inútil de la llamada pues disponían de un buen reloj despertador.

Utria, en el patio, miró al cielo.

—El señor Manuel, con su céchere de horas hechizas que uno no sabe si serán mentira. La hora de verdad se coge con el ojo en la caminada del sol que uno sabe por dónde va más que la mucha nube quiera taparlo. Y si es oscuro y uno está acostado y despierta, no tiene que mirar porque la siente en el pulseo de la noche.

Se alejó de la casa, cruzando el jardín, y se dirigió al fondo del patio.

—Estoy cansado y será porque el cuerpo no aguanta mucho trabajo de movimientos que no son de su costumbre. Me voy a refrescar caminando.

Daba Utria vueltas y vueltas por el patio, y más por el campo de su imaginación ensombrecida con las prohibiciones del señor Manuel.

—Ahora estoy viendo lo de escribir, que no he aprendido. Uno con la pluma poniendo letra, sin andar buscando gente que sepa estimar. Uno echando carta para el pueblo y para la Europia. Uno colocándole al papel vocablos finos, y el papel callado sin poderme decir cállate animal. Pero no voy a aprender porque a mí no me importa el papel, yo quiero oreja para hablar y que me oiga. Y lo que es al señor Manuel, aunque no me reconozca, le voy a poner de adiós un mazo de vocablos finos con la Lucusta por delante.

A las cinco Utria llamó con los nudillos a la puerta. El reloj del señor Manuel debía estar bien porque los toques de Utria coincidieron con el sonar del despertador; la casa se iluminó pero continuó cerrada; y a las siete llegó traqueando un cochecito de un caballo. El cochero se anunció con timbrazos y dando voces: Aquí estoy,

don Manuel. La puerta de la casa se abrió; los viajeros salieron listos de un todo y con sólo dos maletas pues iban dispuestos —idea de la señora— a pasársela de cualquier modo hasta su arribo a la capital de Francia, donde lo comprarían todo parisiense. Subieron al coche y, andando ya, el señor Manuel sacó la cabeza.

—Cierra bien, Utria —dijo— y ya sabes.

La señora gritó:

—¡El jardín, el jardín!

Y Utria quedó burlado en su esperanza de florear al señor Manuel con sus vocablos finos.

—Se me atoraron aquí, me he visto negro para tragármelos. Verdad, verdad, la Lucusta me raspó el galillo.

Cerró la casa y se sentó en un escalón de la entrada. Su cansancio iba en aumento. Razonó por un instante, en averiguación de la causa del torpor que lo aplastaba.

—Será que anoche no le entró sueño al cuerpo, que entrarle es la ley.

Después dejó de interesarle su embotamiento. El resto del día lo pasó en ambulante somnolencia, con el machete inactivo en la mano. No probó bocado, ni pensó siquiera en comida. Al oscurecer se recogió en la habitación indicada por el señor Manuel; y aunque todo allí le era extraño, lo aceptó con indiferencia. En gran parte de la noche no durmió sin tener conciencia de su insomnio. Sentado en una silla, con la frente inclinada, entre veces los codos se le sacudían convulsivamente. Oyó murmurar a sus espaldas: "Qué cosas tan lindas me dices, Utria"; pero no volvió la cabeza ni reconoció en esas palabras la voz de la señorita Martina.

Los vocablos finos entresalieron al acecho; pero desatendidos se retiraron a sus mampuestos y escondites. A la madrugada Utria se durmió.

Poco después amanecía. Era su hora de despertar y se levantó. Se bañó la cara con agua fría; registró en su mochila, sacó un gran pedazo de pan viejo y lo engulló en seco.

—No importa, señor Manuel, que no me puso ocasión para colocarle unos vocablos finos, porque usted nunca me reconoce el derecho.

Fue al jardín y comenzó a trabajarlo con el machete.

—La señora del señor Manuel: aquí Utria, allá Utria, ahí no Utria. Yo soy cuadrilla de Utrias, y ella la capataza. Y yo calculándola y aguantando los vocablos finos para que no me vuelva a salir con cállate animal. El señor Manuel dice que ella es reina del jardín del reino vegetal y dice que también hay, aparte, reino animal con su rey León. No tan aparte, señor Manuel. La patilla camina como caracol; el bejuco trepa como una culebra; el cadillo se agarra como garrapata; el girasol se va dando vuelta para no perder de vista al sol; hay hojitas que se duermen al anochecer y se despiertan al amanecer como los pajaritos; la bonga echa a volar sus semillas como mariposas; y hasta hay flores que dicen que son del masculino y llaman a los bichitos del aire para que les lleven sus cositas a las flores que dicen que son del femenino.

Cuando vio medida en el cielo la hora de las nueve arrinconó el machete, cerró, guardó la llave en uno de sus bolsillos y se encaminó a la oficina del señor Manuel.

Al principio era poca gente con quien se iba cruzando, y los vocablos finos insinuaban débilmente su presentación. A medida que adelantaba hacia el barrio comercial, como encontraba más animado el tránsito los vocablos finos aumentaban su presión. Utria los contenía.

—La Lucusta enroscada como patoco. Pero no es momento.

Entre los transeúntes vio a Telésforo que se le acercó saludándolo:

—Qué hubo, Utria.

Llevaba Telésforo el machete en la mano derecha, desnudo y franco; con la izquierda aseguraba sobre el pecho un cabo de la pesada mochila colgada de su hombro. Utria se detuvo a su vez y sin contestarle el saludo miraba de reojo a aquel amigo de su pueblo.

—Ahora lo tengo ahí poniéndome ocasión, y yo aquí, calculándolo. Los botines de Juan, para qué, digo yo; y las abarcas de éste serán como las de Pedro y las de Sebastián. También lo veo descarado con el machete y será porque todo para él es monto y no sabe el respeto de la persona.

Telésforo no guardó mucho.

—Bueno, pues, señor Utria —le dijo desagradado y burlón, y se alejó refunfuñando—: Ya está que se destapa.

—Ahí se va Telésforo, que ponía cara de estar pidiendo vocablos finos. Pero yo a ése no se los coloco.

Siguió adelante. Su expresión y sus movimientos ordinarios se alteraban entre veces con extraños raptos de

empajonamiento; y en esto solo, ya no era el mismo. Por instantes los vocablos intentaban una rebelión en masa y Utria se mantenía a la defensiva procurando su apaciguamiento, pidiéndoles paciencia y esperanzándolos.

—Ya van a ver que los saco bien sacados, y a mí me tienen que creer porque yo soy hombre de palabra.

Andando así, llegó a la oficina del señor Manuel. Un empleado lo acompañó hasta el despacho de don Severo, quien le dijo:

—Entiendo que usted es Utria, ¿no? Diga pues cuánto necesita para ropa, etc. y si quiere que el jornal se le pague por semanas o quincenas. Le aconsejo por meses para que nos ahorre sus visitas. ¿Qué dice?

Utria demoró en contestarle.

—El socio, ya lo tengo calculado en los sábados del señor Manuel. Éste es el de la cuménica que se la voy a colocar.

—Vamos, diga pronto, que estoy muy ocupado —lo urgió don Severo.

Utria respondió:

—Le estoy reparando la quincena y el mes que me los pone sendamente con semana. Indilgue el século, si es de su doctrina; no catime el siquiséculo y desifique hasta la cuménica, que aquí se la coloco, y vamos a la pulémica, y échele.

El empleado rió ruidosamente, en una explosión. Don Severo lo miró irritado. Secamente le dijo:

—No sé qué clase de sangre será la suya cuando lo divierte un imbécil. Llévese inmediatamente de aquí a

ese estúpido y entiéndase con él, que buena pareja harán. Aquí no vuelva a traerme a ese loco. Váyase, váyanse.

—Éste es más orgulloso que la señora del señor Manuel, y será porque tiene más peinado con agua de olor.

Ya solo con Utria, no logró el empleado hacerle decir otros disparates.

—La orden del señor Manuel —dijo Utria— es que por un lado me dan la plata de la semana y por otro lado las cosas que no me dejó ir a traer a la finquita.

El empleado asintió:

—Ésas son las instrucciones que tenemos; pero vamos a ver primero lo de la cuménica, explícame eso.

Disimuladamente Utria calculó al empleado.

"Éste es diente pelado. La señora del señor Manuel se pone cintica parada en el pelo y éste se cuelga corbatica en el pescuezo. No nos las vamos. Yo soy de adorno en la palabra."

Contestó:

—Lo que explico es lo explicado de la ropa y el jornal.

El empleado insistió:

—¿Jornal século?

—Lo que está en mi derecho es la semana que mandó el señor Manuel.

—Está bien —se resignó el empleado.

Sacaron cuentas, y Utria, embolsando el dinero, se despidió hasta el próximo lunes.

—Ahí quería la Lucusta salir, ella sola, pero no se lo iba a consentir porque hablar es juntando palabra y palabra con el arte de la mollera, igualito a caminar que es dando paso a paso con el arte del ojo.

Al salir de la oficina, inexplicablemente desvió Utria su camino habitual de regreso a la casa del señor Manuel, tomando su derecha y no su izquierda como debía. Este cambio de dirección lo condujo a lugares de la ciudad para él hasta entonces enteramente desconocidos. De este modo llegó a un paraje maravilloso que le pareció la materialización de un sueño. Detenido en una esquina alta, a dos metros del piso de la calle, contempló a sus pies la plaza principal, con su iglesia y su parque; y los preparadores de refrescos enfrentados a sus tenderetes; y los proveedores de frutas estancados con sus carretillas; y las vendedoras de dulces sentadas con su *chaza* sobre las piernas; y los consumidores sedientos hambreados; y los ciudadanos sin oficio y aburridos, echados en el suelo o entrecruzándose remolones y a lo que diere.

Ante aquel gran auditorio, la tensión de Utria alcanzó al máximo. Sin más concesiones, los vocablos finos lo urgieron en tremenda carga oratoria.

Se oyó una voz: "¡Allí está uno nuevo!", y este toque de atención se propagó rápidamente. Muchas miradas se fijaron en él.

Utria levantó la cabeza hasta que le quedó atrás y se dio unas pavonadas en exhibición de su figura corta y robusta, el grueso cuello embutido en el pecho abombado y duro.

Saltó un grito:

—¡Adentro, Morrocoyo!

Utria hizo una reverencia en señal de aceptación del apodo; alzó los brazos, soltó la Lucusta por delante y, como lo había previsto Telésforo, se destapó.

UN VIEJO CUENTO DE ESCOPETA

Petrona, la mujer de Martín, llegaba a la ciudad —el poblado con sus moradores, anticipándose a la realidad que un día debía ser, llamaban ya la ciudad. Llegaba Petrona montada en burra. Un cajón a lado y lado del sillón, el espacio entre ellos rellenado con esterillas, mantas y almohadas. Encima, Petrona. Dos mozos la escoltaban, a pie, el uno adelantado como guía y el otro detrás, empuñando un garabato —y la burra lo sabía.

Ante una casa grande, de paredes de ladrillos y techo de tejas, el guía se detuvo y su parada se corrió a la burra y al del garabato.

—Aquí es, niña Petrona.

En el sardinel aguardaban una mujer y un muchacho. El guía no los miró, ni parecía haberlos visto; pero mientras bajaba cargada a Petrona, dijo:

—Ella es Juana, la cocinera, y él es Eugenio, su hijo, para los mandados. Ella tiene las llaves.

De pie en el suelo, podía verse mejor que Petrona era una viejita bajita, delgada, de apariencia muy débil. Donde la puso el guía se quedó, quietecita, se pensaría que esperando a que la llevaran en brazos como a una criaturita.

Los mozos quitaron el relleno del sillón, lo entregaron a Juana y saltaron sobre la burra: el uno cayó en el sillón y cruzó las piernas; el otro en el anca, y sus pies casi tocaban tierra.

—Adiós, niña Petrona. Que Dios la conserve en salud.

El garabato dio una picada. La burra sacudió las orejas, torció el cuello tratando de echarle un reojo al garabato, y arrancó, en el comienzo un poco apresurada pero sentando luego su marcha en ese inalterable y moroso paso de burro que crea en nuestros campesinos la pachorra y quizás la ensoñación.

Petrona miró alejarse la burra, la siguió con los ojos hasta que, al pasar de la calle al callejón, la esquina se la tragó lentamente, de orejas y rabo. Entonces se apretó la frente con las manos, como para hundirse muy adentro todo un pasado del monte que acababa de abandonar, y entró resuelta en su ahora de la ciudad. Con paso menudo y ágil se dirigió a la casa; recorriéndola en todas sus partes la reconoció minuciosamente y empezó a dar órdenes que hacía cumplir de inmediato.

Más tarde se presentó Martín a caballo. Traía atravesada en la silla vaquera una herrumbrosa escopeta.

—Válgame Dios —dijo Petrona—, no debiste traerla.

—No sé —dijo Martín—, iba a dejarla pero me devolví a cogerla. No sé.

Bajó del caballo y lo amarró a la reja de una ventana. Era huesudo, delgado y tan alto, que al lado de su mujer, daba la impresión de que podría metérsela en un bolsillo de su chaquetón.

—No me gusta que te la hayas traído.

—A mí tampoco. No sé.

Martín conocía muy bien la casa pues la había inspeccionado cuidadosamente antes de comprarla. Con la escopeta en balanza pensó un rato y fue a dejarla en un rincón del último cuarto y volvió a la sala donde Petrona, en una mecedora, quietecita, miraba la pared.

—¿Qué hiciste con la escopeta?

—Allá la puse. Un cuarto entero para ella sola, el último. No le eché llave a la puerta. Puede que así sea, pues dicen que hay ladrones.

—¿Robarse eso, Martín? Bueno, será lo que Dios quiera. Siempre te digo que la botes, pero hago mal porque yo tampoco me atrevería a botarla. Será lo que Dios quiera.

Allá, en la finca, adquirió Martín esa escopeta de un modo muy simple aunque extraño. Un desconocido se la propuso a cambio de una carga de yucas. Mal negocio, Martín lo vio de una vez; pero lo hizo. Su mujer se disgustó.

—Eso no sirve para nada, Martín, es una mugre. ¿Por qué aceptaste el cambalache?

Mirando, mirando lejos, por donde el extraño se fue con la carga de yucas montado en un burro, Martín contestó: No sé, no sé.

—Bótala de una vez, Martín.

Martín cargó con la escopeta y, como si la botara, la echó al fondo del cobertizo destinado a las herramientas, materiales y trastos viejos de la finca. Y allí quedó olvidada por mucho tiempo. Mas un día Martín la halló a su paso, casualmente, y observó que estaba hundida

un poco en el suelo de tierra apisonada donde había caído cuando la tiró.

—La escopeta se ha hecho una especie de nicho por sí misma —fue a decirle a su mujer—. Eso parece un milagro de Santo.

—Cómo se te ocurre —le increpó Petrona indignada—. Decir eso es un sacrilegio. Los vellos se me han erizado.

Martín sintió que a él también se le erizaban los vellos.

—Bótala, Martín, bótala.

—Sí, voy a botarla.

Pero la escopeta continuó allí, y otra vez olvidada, como lo había sido antes, como ocurrió ahora en la ciudad. La preocupación por la escopeta aparecía fugaz pero intensa; un fusilazo muy lejano que también podría significar muy hondo.

—Vengo por el caballo, señor Martín —anunció una voz desde afuera.

—Está bien, llévatelo —dijo Martín, saliendo a la calle.

Sin perder tiempo, el que llegaba desató la bestia y, montando, tomó el mismo camino por donde se fue la burra. Martín estuvo mirando hasta que la esquina se tragó al jinete y su cabalgadura; y entonces, con un gesto igual al de Petrona en el momento de desaparecer la burra, se apretó la frente y se enterró en sí mismo el pasado —un pasado de esperanzas realizadas que ambos sepultaban en un presente sin ilusiones, como un muerto en un muerto.

Después de cincuenta años de vida montuna, un día Martín dijo a Petrona:

—Me compran todo esto. ¿Qué te parece?

—Tú, ¿qué dices?

—Me gustaría venderlo.

—¿No te hará falta?

—No, Petrona. He pensado que trabajar de necesidad es ir en camino a alguna parte; que esa parte a donde uno va, trabajando, es el descanso y creo que ya hemos llegado.

—Verdad, Martín. Yo también he estado preguntándome hasta cuándo, y para qué. Vende. ¿Y para dónde cogemos?

—Para la ciudad.

Y ya estaban aquí, con casa propia y sobrado dinero para atender sus gastos.

Petrona se dedicó activamente a la organización de la casa, en pocos días estableció un orden doméstico, y encargó a Juana de su ejecución; y sin descuidar la vigilancia general pasaba las horas enteras en una mecedora de bejuco, dando el frente al patio de arena blanca, limpio, sombreado por dos almendros. Su mirada se desvanecía en un espacio inexistente, en un tiempo perdido donde la extinguida realidad de su vida en el campo renacía convertida en ensueños.

Y el viejo Martín, al parecer olvidado por completo de la finca, se levantaba muy de mañana, sacaba una silla al sardinel y sentándose con su tabaco en la boca contestaba al saludo de las gentes que pasaban y con quienes siempre estaba dispuesto a hablar si le daban

conversación. Cuando el sol calentaba se iba a estirar las piernas, calle arriba, hasta la esquina que se tragó al caballo y a la burra. A veces se hacía tragar él mismo y doblaba subiendo tres cuadras hasta una tienda donde se acostumbró a comprar sus tabacos.

Cierta vez que hacía allí su provisión llegaron dos sujetos, quienes después de saludarlo se apartaron a hablar entre sí y Martín oyó que repetían la palabra escopeta. Martín los miró de lado con desconfianza, porque en repentina sospecha malició que sabrían algo de la suya e intentaban alguna burla. Quiso saber.

—¿Qué es lo de la escopeta? —preguntó, pensando: ahora vamos a ver.

—Sí, señor Martín. Es para la Danza de los Pájaros.

—¿Y qué es eso?

—Bueno, verdad que usted no ha pasado aquí un carnaval todavía. Es que nosotros somos los de la Danza y ahí tenemos que sacar una escopeta. Perico venía prestándonos la suya, pero ahora pasa que la vendió para afuera y ésa es la cosa: dónde vamos a conseguir escopeta.

—¿Y la escopeta, para qué?

—Mire, señor Martín, es que el Cazador mata al Gavilán en defensa de la Paloma. Hace como que lo mata, usted me entiende; revienta el fósforo, nada más, y el Gavilán se tumba como muerto. Para eso es la escopeta.

Martín pensaba: "Ésta es la ocasión, mi viejita se alegrará mucho; pero de pronto no la quieren porque quién sabe si ni para reventar el fósforo sirve."

—Vean ustedes —dijo—, yo tengo una. Vengan conmigo para que la lleven de una vez.

—No, señor Martín; es nada más para los tres días.

—No importa, llévensela desde ahora y se quedan con ella. Yo no la necesito.

—No, señor Martín: prestada, nada más.

—Pero si es una escopeta vieja que no vale un cuartillo.

—No, señor Martín.

—Está bien, como ustedes quieran, qué voy a hacer. Pero vamos a verla.

Los dos hombres acompañaron a Martín, discutieron un poco y acabaron por aceptarla.

—Digo yo —explicó uno de ellos— que hasta mejor que una nueva será, porque mete más miedo. Yo me asusté cuando le eché el primer ojo.

—Bueno, señor Martín —dijo el otro—. Contamos con ella y Dios se lo pague.

—¿Para qué metes a Dios en esto? —protestó su compañero.

Llegado el carnaval salió airosa la escopeta en su primera prueba, reventando el fósforo magníficamente y, como lo imaginó uno de los jefes de la Danza, su temeroso aspecto coloreó con un espanto adicional la escena de la muerte del Gavilán.

Por seis años sucesivos la escopeta había seguido triunfando en las manos del Cazador cada temporada carnestoléndica. Los de la Danza de los Pájaros se enorgullecían con ella.

—El San Nicolás del Capitán Glen también sale cada

fiesta patronal —le dijo uno de ellos a Martín—, como la escopeta de usted cada carnaval.

—Quiere decir que usted es como un Capitán Glen y la escopeta es como un San Nicolás.

Esto le pareció chistoso a Martín y lo contó a su mujer.

—Otro sacrilegio —exclamó Petrona, santiguándose—. Martín, no me gustó ese trato que hiciste. Mientras no nos metimos con la escopeta nada pasó. Ahora, quién sabe: mira por dónde va la cosa, con esa irreverencia. Si te la repiten, Martín, persígnate.

Oyendo a Petrona Martín se preguntó si no estaría ya pasando algo. A él, por lo menos. Hacía un tiempo, quizá coincidente con el del trato, su buen apetito desmejoraba. No en las comidas regulares pues siempre fue muy sobrio en ellas, igual continuaba siéndolo y por eso su mujer no se daba cuenta del trastorno que sufría. Era en los intermedios entre el desayuno y el almuerzo, principalmente, cuando se manifestaba su inapetencia, y esto lo consideraba una desgracia. Porque en comer y comer a poquitos y a cada rato en todo el día golosinas y pedacitos de cualquier cosa había encontrado su vejez la felicidad.

Permanecía de pie, al lado de su mujer. Ella no necesitó mirarlo para sentir la tristeza de su esposo.

—¿Qué te pasa, Martín?

—Estaba por decírtelo, Petrona. Es que me siento mal. Esos dulcecitos, tú sabes, los buñuelitos y todas esas cositas que me gustan, ya no las apetezco.

—Sí, no estarás bien.

Guardaron silencio un rato. Petrona pensaba que

Martín le pedía ayuda, y pensaba cómo ayudarlo. Un cocimiento de manzanilla no, porque no era indigestión. Decirle que renunciara a esos bocados de niño, cómo iba a pedírselo si eran la alegría de Martín. Encomendarlo a Dios sería lo mejor.

—Martín —dijo—, hago esta manda: tú y yo iremos juntos a la procesión del Viernes Santo.

Ese día estaba ya muy próximo; y cuando llegó, Martín y Petrona salieron en compañía de Juana a cumplir la promesa.

Al pequeño Eugenio lo dejaron en la casa. Pero el muchacho sabía de antemano que esto iba a suceder y tenía invitado a Pablito, con quien proyectó divertirse aquellas horas de completa libertad, con toda la casa a su disposición. No tardó Pablito en presentarse; y como Eugenio quería agasajarlo, le dijo:

—Tenemos agua de panela pero falta limón. Aguárdeme aquí, que voy a conseguirlo.

Quedó solo Pablito; y la casa, desierta y callada, le infiltró su misterio. Oyó la llamada de soledad y silencio. Comenzó a andar en puntillas. Tanteaba las puertas que creía tremendamente aseguradas con cerrojos y trancas porque imaginaba tras ellas cosas indefinibles, extrañas. Pero todas se iban abriendo, y sintió que en esto de que se le franquearan había algo mágico. Por entre las hojas que apenas entreabría, adelantaba cautelosamente la cabeza y miraba. Sombras. Sombras, y algunas se movían, vivían, fluctuaban en el aire, se desprendían de los rincones y lentamente avanzaban sobre él; pero antes de que lo alcanzaran cerraba la puerta precipitadamente.

Esa tiránica curiosidad que el temor aviva, lo arrastraba. Y así fue, de estancia en estancia. Hasta que, llegando a la última, al atisbar, creyó ver a una extraordinaria criatura negra, sin brazos, muy flaca y que recostada a la pared se mantenía parada de cabeza. Entonces, el valeroso Pablito emprendió la fuga. Salía ya a la calle cuando tropezó con Eugenio, ya de regreso con los limones. Eugenio retuvo a Pablito asiéndolo de un brazo.

—¿Qué te pasa?

—Nada. Suéltame.

—Pero dí, ¿qué tienes?

—Hoy... es... Viernes Santo... —y se zafó, continuando su huida.

Y entró el nuevo año; y un día San Sebastián se mostró en su cuadrito de los almanaques de pared; y todos lo miraban allí, y, viéndolo, se alegraban sintiendo el primer estremecimiento del carnaval.

Y Martín no había recobrado el apetito. Sentado a la puerta de la calle veía pasar a las mujeres con sus chazas de dulces sobre la cabeza, sin detenerlas, siguiéndolas unas veces con la vista, cristianamente resignado; y otras volviéndoles enfurruñado las espaldas.

Pasaba el anciano Sabas y saludó:

—Buenos días, señor Martín.

—Buenos días.

Se detuvo Sabas. No se paró de frente a Martín, sino de lado, mirando hacia el fin de la calle. Las dos cabezas, Sabas de pie y Martín sentado, se nivelaban.

—Cómo irá a ser este carnaval, es lo que me pregunto. Vea usted que el año pasado sólo salió una

Danza de los Diablos, y bien mala. ¿Cuántas saldrán ahora? Ninguna. Vea que se lo digo: ninguna. Yo me he puesto a buscar jóvenes para enseñarlos. Conseguí algunos pero se me fueron cuando les puse las uñas de hojalata y las espuelas de puñales. Pendejos. En mis tiempos...

Sabas calló mientras sus recuerdos se agitaban débilmente y volvían a la quietud de su memoria a media luz. Y siguió su camino.

—Vea que se lo digo: ninguna. Pendejos.

Y así fue. No hubo ese año ni una sola Danza de los Diablos, pero sí las otras que el heroico Sabas seguramente miraba con desprecio.

Como la de los Patos Cucharos, que hacían tabletear a dos metros de altura sus grandes picos de palo, y bailaban ceremoniosamente, con parsimonia impuesta por los ciudadanos exigentes de la pesada armazón que soportaban.

Como la de los Doce Pares de Francia, cuyos campanudos parlamentos y aparatosos vestidos eran seguramente el pintoresco infundio de algún atrevido remendador de las letras y las modas antiguas.

Como la de los Collongos, y la del Gallinazo, y las grandes danzas del Toro.

Y como la de los Pájaros, con la escopeta de Martín. Y tratándose de ésta será necesario, con perdón, detallar un poco.

Era el último de los tres días por la tarde, en la sala de la casa de la Niña Filomenita. Los Pájaros, bastante maltrechos en aquellas postrimerías saliendo por turnos al centro despejado de la sala, recitaban versi-

tos al compás, o no, de un acordeón y una tamborita.

El canto del Papayero, etimológico: Yo quiero comer papaya — papaya madura quiero — y como papaya como — me llaman el Papayero.

El del Pitirrí, onomatopéyico: Yo, pitirrí, pitirreo — mi pitirra pitirrea — y todos mis pitirritos — piti-rriti-titi-rrean.

El del Canario, cristianomoralizador: Porque canto muy bonito — el hombre me coge en trampa — me quita mi libertad — y yo le canto en la jaula.

Llegó, al fin, el momento de la Paloma. Vestida de blanco, zapatos rojos, plumitas en la cabeza, el rostro descubierto (cómo iba a taparse tan linda cara) y bastante aburrida. Cantó su belleza y su inocencia: Soy la Palomita Blanca — tengo el piquito rosado — y aunque llena de ternura — todavía no he empollado.

Entró en acción el Gavilán. Era el más desmedrado. La cola se le había descosido en parte y caía como un taparrabo fuera de sitio. Con la mano izquierda levantó su máscara hasta la nariz columpiando el brazo derecho como si empujara adelante y atrás los versitos, recitó con lánguida voz de enamorado bobo: Paloma, mi Palomita — ya no puedo aguantar más — las ganitas que te tengo — y voy a comerte ya.

Entonces saltó el Cazador, y no había perdido los bríos. Vestía chaquetilla amarilla, calzones cortos galonados, polainas negras de trapo y birrete de roja pola con lentejuelas. Apuntó al Gavilán con la escopeta de Martín: Mira, Gavilán maldito — eso te imaginas tú — pero no vas a comértela — porque yo te mato: ¡pum!

El *pum* no debía decirlo el Cazador. Según el artificio del poeta que arregló la estrofita, esa exclamación se entendería expresada por el estallido del fulminante. Pero esta vez se oyó otra cosa: una violenta detonación que retumbó en el ámbito de la sala; y el Gavilán se desplomó con el cuello destrozado.

Por un instante la muerte hizo un silencio absoluto, su profunda pausa. Y pasado aquel momento, imperceptible, la tragedia se puso en movimiento. Gemidos, imprecaciones, gritos, murmullos. El caído, con la ensangrentada máscara bien sentada en el rostro y las alas abiertas en cruz, parecía como nunca y extrañamente un verdadero gavilán.

—¡La escopeta! ¡Dónde está la escopeta!

Ninguno hizo caso. Nada había que averiguar, si todos lo sabían: aquello era obra del Diablo, que carga las escopetas.

Mas no le pareció tan simple la cuestión a Petrona.

—Martín... —comenzó a decir, y calló al ver a un hombre que llegaba.

—Señor Martín, su escopeta mató al Gavilán.

—Sí —dijo Martín—, ya vinieron a decírmelo. Es una desgracia; no sé, no sé; es una desgracia.

—Señor Martín, la escopeta ha desaparecido y nadie da con ella; pero yo sé dónde está y vengo para que me acompañe porque es usted quien debe recogerla.

Petrona se incorporó en la mecedora y exclamó vivamente:

—No vayas, Martín, no vayas. El Señor me ha revelado una verdad. —Y según su inspiración explicó que

el Diablo hizo la primera escopeta y la dejó de muestra a los hombres, porque sabía que son perversos y multiplicarían de su mano; que el Diablo no carga cualquier escopeta sino la suya, la que él hizo, la de origen satánico; y que nadie puede reconocerla porque va cambiando de forma y aspecto.— Ninguna fuerza humana lograría impedir que continúe rodando por el mundo mientras Dios lo permita. No vayas, Martín, no vayas.

Mientras hablaba Petrona, el hombre de la invitación a Martín se había ido deslizando hasta la puerta de la calle y salió.

—Martín —dijo Petrona, santiguándose—, ¿te fijaste en él? Es el mismo del cambalache.

Martín se asomó a mirar. Ya obscurecía. Y creyó ver que el desconocido se alejaba montado en burro y con una carga de yucas.

LA PIEDRA DE MILESIO

Dormía ya la gente del barrio aunque apenas comenzaba la noche. El farol de la esquina, de corto alumbrar, trazaba un estrecho círculo de luz; y fuera de él se sospechaba la presencia de algunas casitas separadas por extensos patios, como sombras furtivas en el silencio y la obscuridad.

Sólo la puerta de la casita de Milesio, abierta, echaba a la calle un poco de su luz interior; y en su patio, de la pared de la cocina una linterna colgada de un clavo esparcía otra pequeña luz que parecía mirar por debajo de tres viejos matarratones, como a la espera de algo que pronto debía llegar.

Era la época en que los matarratones dan su cosecha de orugas en número infinito; y aquellos matarratones, estremecidos por la vertiginosa actividad de sus gusanos, impresionaban como si estuvieran arrancándose de la tierra para ponerse a andar. Los gusanos bajaban y subían por hilos de sí mismos, se mecían, se soltaban y caían y reptaban por todas partes, ásperamente a veces como víboras, o volviéndose a uno y otro lado como desesperados rabos de alacrán, o manteniéndose en una punta como si caminaran de pie.

Y trepaban los gusanos al techo de la casita. Y sobre el techo estaba Milesio tendido, su prieto cuerpo invisible entre la obscura enea debajo y la sombra nocturna de medio mundo encima. Pasaban y repasaban los gusanos por la piel de Milesio, pero él los toleraba, ni parecía sentirlos, concentrado en un incógnito acecho. Había subido allí sigilosamente y aguardaba quieto, con una piedra en la mano, los ojos en el trazo de luz del farol de la esquina.

—Ya son más de las siete —dijo la tía en la salita de la casa—. Qué será que Milesio no viene.

La abuela oyó, pero continuó callada. Hacía tiempo creía no tener nada que decir. ¿Qué? ¿Para qué? Ahora pensaba: "Yo no permitiría que le hicieran eso a Milesio, pero no tengo derecho a oponerme. La hija que me queda es la que trabaja. Ella me dice: vámonos de aquí, y yo me levanto y la sigo; venga a comer, y yo voy y como lo que me pone por delante; es hora de que se acueste; y yo me meto en la cama. Pero, Dios me perdone, yo le diría: si Milesio fuera tu hijo no consentirías en que le hicieran eso."

La tía se asomó a la puerta. La calle estaba negra desde allí hasta el farol y desde el farol para allá. Miró. No vio a nadie. Volvió a sentarse, diciendo:

—Si irá Milesio a echarlo todo a perder no viniendo el último día. Ya hemos sufrido las dos primeras, y nada. Pero falta la tercera. Son tres, dijo el Doctor. Dios quiera que venga Milesio.

Y Milesio había ido ya a su hora, y encaramado en el techo vigilaba el campo iluminado por el farol. Pero nadie lo sabía.

Que Milesio estaba loco, lo decía todo el mundo. La abuela no compartía aquella opinión general. Pero qué importaba, si ella se había tumbado ya a la orilla de aquel mar de todo el mundo que bate las mareas de las opiniones generales. Por su parte la tía, a no ser por los cuentos que le llevaban, hubiera dejado pasar a Milesio, sin preocuparse; porque ella también se encontraba ya caída a medias en la orilla de la abuela. Y, además, no advertía en su sobrino signo alguno de locura, como entendía ella la locura. ¿Qué veía en él como para alarmarse? Milesio salía a las siete de la mañana, regresaba a las siete de la noche; nunca tomaba los alimentos en la casa; no molestaba, ni siquiera hablaba; y este modo de portarse era tan cómodo para la tía. Pero aquellos cuentos... Aquellos cuentos la arrastraron del borde; y metiéndole la cabeza en el oleaje de la opinión general, le hicieron decir como todo el mundo: Milesio está loco.

Milesio era un muchacho talludo, enjuto, de piel casi negra, con una decente nariz y finos cabellos en sombría masa que el viento de su rápido andar aclaraba dispersándola e interponiéndole entre hebra y hebra hilos de luz. Sus ojos no se sabía cómo fueran pues los huía, no miraba a la gente.

Y andando por la calle, en cualquier momento en que sintiera que debía comer se colaba por la primera puerta a su paso y adentro buscaba comida y comía. Podían decirle: Oiga, a dónde va —y él no contestaba ni se detenía. Podría írsele detrás: Con usted hablo, qué hace aquí. —Y Milesio adelante, sin hacer caso. Y

parece que no se acomodaba a salir de una casa sin dar en ella con su comida, porque era minucioso el registro que por todos lados hacía cuando no la hallaba en los sitios naturales como el comedor y la cocina. Algunas personas le preparaban apresuradamente un plato y se lo ofrecían, pero no lo aceptaba: no comía sino lo que, buscando, encontraba por sí mismo. Y todos al fin lo dejaron pasar y hacer sin estorbarlo; y si alguna inquietud sentían al verlo llegar, luego se tranquilizaban, no se sabría explicar por qué. Y no es que inspirara simpatía. Lo miraban de reojo y nadie deseaba hablarle ni acompañarlo. Pero entre él y los demás hombres se cumplía inviolablemente un misterioso tratado de paz.

A veces se echaba Milesio al pie de un árbol en algún solar abandonado, y no parecía entonces que durmiera o descansara. ¿Pensaba? O, simplemente, ¿escapaba de este mundo y habitaba por ratos otros mundos?

En cierta ocasión hizo un robo. Pero es impropio calificarlo así. Sería más adecuado decir que, tal como tomaba algún comestible en una cocina, tomó de un mostrador una dulzaina. Mas no exactamente así, tampoco; porque él nunca buscó el alimento por incitación de apetitosos olores sino por escueta necesidad; y de la dulzaina fue a apoderarse porque se sintió atraído inconteniblemente al oír una suave música. Aquel dulce sonido lo guió hasta la tienda donde vio sobre el mostrador varias dulzainas que un niño, probándolas, tocaba; y Milesio agarró la más pequeña y con ella se fue. Así lo hizo. Y después, echado al pie de un árbol, en algún solar abandonado, Milesio tañía el diminuto instru-

mento horas enteras soplando y aspirando la nota doble de un canto de sapos, bajito, tan tenue que nadie sino sólo él podía oírlo; y de pronto, una expiración fuerte. Si no hubiera sido por esa nota brusca que saltaba escapando de su voluntad de silencios, ninguno hubiera entendido qué hacía Milesio tapándose la boca con dos manos.

—Serán ya como las siete y media —dijo en la casa la tía.

La abuela callaba. Y Milesio, en el techo.

—Dios quiera que Milesio venga para que mi sacrificio no haya sido en vano —murmuraba la tía, como una plegaria.

Una mañana la tía en su tiendecita había recibido la visita de una amiga a quien la acompañaba un hombre bajo, cuadrado, macizo. No usaba sombrero y sus vestidos eran descuidados y sucios.

—Aquí te traigo —dijo la amiga— al Doctor único en el mundo que puede curar a tu sobrino, el pobrecito Milesio.

—Si me permite —dijo el hombre— me presento. Aquí muy pocos me conocen, y no del todo pues ignoran mi calidad y me consideran, o me desconsideran, un simple curandero. Pero en mi tierra sí saben que yo soy el Doctor Salustio Porradás, médico de locos, qué le parece. Su amiga, una noble mujer, me ha pedido que cure al joven sobrino de usted, y aquí me tiene, qué le parece.

Por la mente de la tía pasaron ráfagas de desconfianza ("Quién será este mulo, y qué amiga ni qué amiga").

—Cuánto le agradezco, Doctor —dijo—, pero soy tan pobre...

—Qué le parece —interrumpió el curandero—, si yo no curo por lucro. Los únicos honorarios que acepto son las bendiciones de la gratitud.

—Ya ves —medió la amiga—, cuando yo te lo digo. El Doctor lo cura de balde. ¡Pobrecito Milesio!

"Sí —pensó la tía—, pobrecito Milesio. Esta amiga es una buena amiga. Y el Doctor, tan generoso."

—Gracias, muchas gracias, Doctor —dijo—. No tengo palabras para agradecerle.

—Entonces —dijo el curandero— vamos a comenzar hoy mismo, qué le parece.

La amiga abrazó a la tía y le dijo en voz baja:

—Pero tú debes corresponder; aunque él no quiera, debes darle algo, no faltaba más. Yo me encargo de convencerlo para que lo reciba.

El curandero dio un paso para acercarse más a las mujeres.

—Ha oído —dijo— que no curo por plata, lo he dicho y es la verdad. Si yo cobrara sería rico, muy rico. Pero no cobro. Ahora, cualquier dádiva voluntaria, la recibo; no para mí, desde luego, sino para obras de misericordia, como siempre lo hago, qué le parece. ¿Cuánto quiere darme para fines caritativos?

La tía volvió a enconcharse.

—¡Ay, Doctor —dijo—, soy tan pobre!

La amiga la miró con fijeza, obligándola a bajar los ojos y severamente le dijo:

—Tú tienes buenos ahorros y no puedes negármelo;

yo hasta sé dónde los guardas. ¿Por qué no quieres dar? Si el pobrecito Milesio no estuviera loco, aquí lo tendrías mandando porque esta tienda era de su madre y a él le pertenece. ¿Qué va a decir la gente si te niegas a gastar en su curación? Y allá arriba tu hermana, la afligida madre, te está mirando.

La tía se sintió vigilada desde arriba. "¡Hermana mía, hermana mía! Esto era tuyo, pero tú ves que yo lo trabajo, tú sabes que mis ahorros son míos."

—¿Qué va a decir la gente? —insistió la amiga.

"Sí —pensó la tía—, tú te encargarás de desacreditarme y nadie vendrá a mi tienda a comprarme nada. ¡Hermana mía!, por ti haré el sacrificio." Sacó de su seno una bolsa y mirando de reojo a la amiga la ofreció en silencio al curandero. Éste la cogió, la metió en un bolsillo de sus calzones, empujándola bien abajo, y palpó el bulto por fuera. Y en seguida dijo:

—Consuelo para muchos encierra esta bolsa. Y yo, ahora, mi deber. Estaré en su casa esta noche a las ocho, y mañana y pasado mañana a la misma hora. Confíe en mí, déjeme hacer, que todo será para beneficio de su sobrino. Vea: ¿sabe usted lo que dice la ciencia? No lo sabe. La ciencia dice que las conmociones bien fuertes son el remedio probado para volver la razón a un loco. ¿Y sabe lo que yo digo? Yo digo que con las cuerizas en cruz de mi invención produzco las conmociones más fuertes que la ciencia puede esperar. Usted va a verlo. Son tres nada más, qué le parece.

La tía se asomó a la puerta. Volvió a sentarse. Cada momento aumentaba su inquietud por la tardanza de Milesio.

—Mamá, usted no ve que esto es tan raro. Por qué no vendrá, qué le habrá pasado. Miedo al Doctor no puede ser, porque el Doctor sabe engañarlo y Milesio no tiene alcances para cogerle las trampas a un hombre tan experimentado y bien le creyó de la primera para la segunda y lo mismo le habrá creído de la segunda para la de hoy; luego debe ser otra cosa que le estará pasando porque él nunca falta a su hora. Mamá, cómo pasa Milesio por aquí, calladito, siempre a las siete y va a acostarse el pobrecito sin darnos molestia. Por él, para que se ponga bueno, he dado todos mis ahorros. Usted no ve eso y está disgustada conmigo. Sí, mamá, yo lo comprendo, esas curas son horribles pero las necesita, porque usted no sabe lo que hace Milesio por la calle, que a mí me lo cuentan. Y el Doctor me dijo que no me metiera, que él es el de la responsabilidad y que no fuera yo a creer que Milesio sufre mucho porque los locos casi no sienten, y el perrencazo tiene que darlo con toda su fuerza para que duela pues si no duele no cura. Y ésta es la última, mamá. Ayúdeme a rogarle a Dios que Milesio venga para que no vaya a perderse todo.

Para la primera cura, aquel Doctor Salustio Porradás, médico de los locos, se había presentado en la casita de la tía con un paquete grande bajo el brazo izquierdo y otro pequeño en la mano derecha. Los colocó debajo de la mesa y desenvolviéndolos cuidadosamente puso a la vista una larga cuerda y un rudo perrero. Tomó primero la cuerda, que era delgada "para que se meta bien en la carne"; y guiado por la tía sorprendió dormido a Milesio. Levantó al muchacho asiéndolo por

el cuello que le abarcó en redondo con su manaza; lo despojó del calzoncillo, única prenda que lo cubría, y todo desnudo lo arrastró y lo ató a un matarratón. Milesio no puso resistencia, ni le hubiera valido porque al curandero le bastaba una mano para dominarlo. Cuando lo tuvo bien amarrado llevó el perrero y se le enfrentó. La expresión de Milesio era indefinida, tal vez de confianza, en ningún caso de temor. Mantenía la cabeza derecha, los ojos abiertos pero vueltos hacia el suelo, sin mirar al curandero. Cuando éste comenzó a azotarlo, tampoco lo miró.

El curandero pegaba y hablaba.

—Vamos a ver cómo le sienta el primer cantazo —y dio—. Bueno, tengo que estudiarle las conmociones —y volvió a dar. Y siguió dando—. Ajá, no chillas. Chilla, que no está prohibido. —Daba en firme, y él tampoco miraba a Milesio, puede decirse, atento como estaba únicamente a buscar en el cuerpo del muchacho las partes precisas y más sensibles para marcar cada latigazo según su técnica de "cuerizas en cruz", la cual explicaba con calma:— Para cada cruz son cinco puntos, porque cinco son los puntos de una cruz. Cada punto lo señalo con cinco perrencazos para dar tres en nombre de las Tres Personas de la Santísima Trinidad, uno en nombre de la Virgen María y el quinto en memoria de San José. Las cruces completas son tres porque tres son las Cruces del Gólgota. Y es que para alcanzar la protección divina no hay como meter a Dios en nuestros actos, de la manera que se pueda y lo más que se pueda, qué le parece. Ésta es una aplicación especial

que yo hago del refrán a Dios rogando y con el mazo dando —y rió el curandero. Era la primera vez que la tía lo oía reír. Una risita que la hizo estremecer. Pero en seguida el curandero recobró la gravedad.

Cuando el último punto de la tercera cruz ensangrentó el cuerpo de Milesio, el curandero lo empapó de la cabeza a los pies arrojándole agua con una totuma, a golpes rápidos y enérgicos. Después entró a la casa y se sentó. La abuela cerró los ojos para no verlo, y en su interior lo maldijo. La tía intentó hablarle al curandero, pero éste le indicó por señas que callara.

Pasado cierto tiempo el curandero desató a Milesio.

—Bueno, muchacho, tú habrás comprendido que esto ha sido por tu bien. Ya quedaste curado y ahora me vuelvo a mi tierra. Adiós, muchacho.

Luego, mientras envolvía su cuerda y su perrero explicó a la tía:

—Ahora él creerá que no vuelvo y aquí lo tendremos mañana. Cuando le indiqué a usted que no debía hablarme no era que yo estuviera descansando sino que el tiempo de continuar amarrado su sobrino tenía que ser el de cinco padrenuestros rezados por mí mismo. Hasta mañana. —Tomó el curandero sus paquetes, salió, se borró a pocos pasos, apareció unos instantes a la luz del farol y volvió a desvanecerse.

Milesio había soportado la flagelación retorciéndose por el dolor pero sin que se le escapara un grito ni un gemido. Con la mirada baja y atenta pareció que trataba de prever y acertar las acometidas y la dirección del azote. Otras veces le tocó padecer cosas así, muy penosas.

Como cuando tropezó un avispero con la cabeza y las avispas lo persiguieron y le clavaron el aguijón. Esto del curandero le causó mayor sufrimiento, mas lo recibió sin culpar a nadie, como algo *que sucedía*, impersonal, no que fuera determinadamente preparado contra él, y lo soportó sin rencor, como el ataque de las avispas. Lo que le dijo el curandero no tuvo para él sentido alguno. Una vez solo, se sacudió el agua como había visto hacer a los perros; volvió a su cuartito, se puso los calzoncillos y se acostó en su estrecha cama de tijera. Adentro, muy adentro, le comenzó a sonar la canción de sapos de su dulzaina y su suavidad lo envolvió calmando su dolor y sumergiéndolo en un tranquilo sueño.

Pero la tía dio muchas vueltas en la cama. Ella lo había presenciado todo porque así lo dispuso el Doctor y ella lo creyó su deber. La espantosa cura que autorizó la horrorizaba. No se atrevió a acercarse a Milesio aunque deseaba saber, llena de temor, cuál sería su estado. Acostada, se avivaba en su mente la muda acusación de su madre. Al fin, una frase del curandero salió en su auxilio: "No se impresione demasiado, porque todo será para el bien de Milesio." Y pensando que su hermana la miraba desde el cielo, le rezó: "Hermana mía, ves mi sacrificio: ruega por mí." Y sintiéndose entonces amparada desde lo alto, se durmió.

Al levantarse al otro día, se renovó su inquietud, pero tampoco se decidió a averiguar directamente; y para evitarse el pasar todo el día en la incertidumbre demoró su salida hasta las siete; y a esa hora vio a Milesio cruzar la sala y ganar la calle. Respiró, aliviada, pero la afectó

también cierto desánimo porque esperaba que quizá desde la primera cura se le notara alguna mejoría, por leve que fuera, y no había sido así: Milesio no mostraba cambio alguno y su aspecto y modo eran los de siempre.

Aquella noche regresó Milesio a su hora, se acostó, y de nuevo fue arrancado de su sueño por el brazo brutal. La segunda cura fue igual a la primera; pero esta vez Milesio sí miraba al curandero, aunque disimuladamente; y si el curandero no hubiera tenido puesta toda su atención en localizar los puntos de sus cruces, hubiera podido verle, tal vez, los ojos y aun descubrir, acaso, en su fondo un chisporroteo de malicia. Quién sabe. Pero el curandero se encontraba en pegar y hablar.

—Yo he tenido imitadores, qué le parece, pero fracasaron. Es que mi secreto está en cómo voy corriendo las cruces y mi muñeca, que ésta me la dio Dios a mí, y Él no se la da a cualquiera. Muy pocos locos, más bien ninguno, me han aguantado como este muchacho, sin desmayárseme. Pero a todos, eso sí, los he hecho gritar. Éste resiste callado, y no me satisface. Los alaridos amenizan, condimentan las cuerizas; quiero decir, contribuyen a la conmoción curativa. —Terminado su trabajo aseguró a Milesio, mientras lo desataba, que esta vez sí se despedía de verdad y que le dejaría unos lindos regalitos.— No dejes, pues, de estar aquí mañana cumplidamente.

Y advirtió a la tía:

—Con esta engañifa, no faltará. Yo sé lo que hago para que me crea, qué le parece. Y la misión de usted es darle vueltas con lo de los regalos mientras llego.

También a la mañana siguiente la tía esperó para observar a Milesio; pero tampoco esa vez su paso y su aire denotaban cambio alguno, ni favorable ni desfavorable. Como lo veía vestido, sólo podía imaginar las desolladuras que sin duda laceraban su cuerpo. "Dios mío —pensaba—, tendrá todas las carnes destrozadas", y esforzándose para no perder el valor a última hora, se decía: "El Doctor me advirtió bien claro que deben ser tres las curas y sólo falta la última, sólo falta la última. . ."

—Mamá —casi gritó—, diga algo, no se esté tan callada.

Se asomó otra vez —tantas veces se había asomado ya. Y de pronto retrocedió precipitadamente y dejándose caer en la silla exclamó:

—Mamá, ya viene el Doctor y no va a encontrar aquí a Milesio. Qué hacemos, mamá, qué hacemos.

Pero Milesio lo había visto antes. Cuando la tía dio el aviso ya estaba Milesio de pie sobre el caballete; y en el momento en que el curandero se iluminó bajo el farol, Milesio disparó la piedra.

Si el formidable curandero hubiera sorprendido al pobrecito loco listo a lanzarle aquella piedra (otra risita como la que se le escapó ante la tía) le hubiera endemoniado el rostro. Porque la piedra de Milesio era muy pequeña, una bonita guija nacarada, redondita. De su impacto no era de temer daño alguno. Así parecía. Y ciertamente la intención del muchacho al arrojar tan inofensivo proyectil queda indefinida, es uno más de los enigmas de Milesio.

Pero allá, bajo el farol, ocurrió lo inesperado.

¡Zas! el curandero paró en seco ahogando un grito de dolor. Se le cayeron los paquetes. Con la mano temblorosa palpó su ojo derecho y sus dedos extrajeron la ensangrentada piedrecita, y a la luz del farol la miró con su otro ojo.

—Qué es esto, qué ha pasado —gimió aturdido—. ¡Mi ojo, mi ojo! —y repentinamente, entre los plañideros nubarrones de su confuso y ansioso pensar se coló un rayo de luz: la verdad le fue revelada. Entonces habiendo recibido junto con la iluminación de su conciencia la gracia de la resignación, dejó caer la piedrecita y murmuró, sometido y humilde—: Dios la guió desde la mano de Milesio.

Con su pañuelo rabo de gallo se compuso un vendaje. Y abandonando para siempre en el sitio en que habían caído su cuerda y su perrero, dio media vuelta y fue a refugiarse en el buque donde horas después, regresaría, tuerto, a su tierra.

LAS BRUJAS DEL VIEJO CRÍSPULO

No, Don Pepe, brujas como esas de que usted me da noticia no las tenemos por aquí. Las brujas de nosotros no se empandillan por hacer daños en los sembrados; tampoco se juntan en montonera chillando y dando brinquitos de bailarinas. Y no faltaba más, que se enfiestaran con el Demonio, si hasta le sacan el cuerpo, cuando pueden, porque siempre lo tienen detrás. Y no voy a negarle que algunas han echado su monstruo al mundo; pero jure usted que se las cogerían dormidas, pues de voluntad no encontraría una sola el tal Satanás que se le pusiera de candelero. Otra cosa le digo: no saben montar palo de escoba. Y ni hablar de ninguna parecida a esas grandes señoras que usted me cuenta, muy casadas, a quienes sus grandes señores, poco maridos, dejaban solas y encerradas por muchos días; y esperando entraban en comezón, y se volvían lobas de noche para salir a rascarse en las perrerías. Porque acá no se dan de ésas. Nuestras brujas no pican de encopetadas ni pecan por picazón. Ni piensan siquiera en tener hombre a la mano. Su vida es un desamparado pasar como el de esas otras que usted me dice de tan humilde condición que dan lugar a que los diablos traperos, recogedores de almas

para el Infierno, se equivoquen, cuando ellas mueren, y les ponen el saco recolector en el trasero.

Usted podrá encontrar por ahí unas cuantas mujeres, viejas las más, medio empelechadas y con buena olla al fogón, vendedoras de yerbas milagrosas, oraciones contra maleficios, cocimientos para el amor: no se deje engañar, ésas las echan pero no son. Brujas de verdad, la de la señora Indalecia y la de la señora Encarnación. Le voy a contar sus historias y no espere que se le pongan los pelos de punta. Sus correrías lo desilusionarán. ¿Qué salen a hacer nuestras brujas? Simplemente a buscar comida.

Primero la de la señora Encarnación. Ella le había dado en alquiler un cuarto en el patio de la casa a una mujer algo joven y bien parecida a quien todas las mañanas le amanecía sentada ante una mesita con hortalizas que ponía a un lado de la calle, junto a la cerca de la casa. Ése era su negocio. De dónde sacaba los rábanos, la lechuga, el ají, la señora Encarnación no lo sabía. Pero una mañana no vio a la mujer en su puesto de costumbre y fue a averiguar qué le pasaba. La llamó desde afuera y ella contestó que empujara la puerta y entrara. Así lo hizo la señora Encarnación y encontró a la mujer acostada en el piso al pie de la cama a donde no pudo subir porque en el último momento le faltaron las fuerzas. Se le veían dos heridas, una en la cabeza y otra en un brazo. Y la mujer confesó que ella era bruja y contó que todas las noches a las doce mudaba su forma en la de una puerca y se iba derecho a La Floresta donde se cultivaban muy buenas hortalizas, comía hasta

hartarse y luego robaba las que ponía a la venta en su mesita; pero que la noche anterior el cuidandero la descubrió y la corrió a machete, y se sentía muy triste porque con la mucha sangre que perdió se le había ido la virtud de la brujería; y su preocupación era que, incapacitada para el único trabajo que sabía, le esperaban tiempos de hambre y necesidades. La señora Encarnación le preguntó cómo hacía para cambiarse en puerca y la mujer contestó que decía:

—Sin Dios y sin Santa María.

—¿Y qué haces para volver a tu natural? —continuó interrogándola la señora Encarnación.

—Digo al revés: Con Dios y con Santa María —respondió la mujer.

—Entonces —dijo la señora Encarnación— me está permitido ayudarte y te ayudaré, porque desde ahora quedas con Dios y con Santa María.

La señora Encarnación era muy pobre; y con la carga de aquella mujer que se echó encima, su vida de privaciones empeoró más y más.

Pero una noche la mujer le dijo, como quien no quiere la cosa:

—Ya tengo otra vez mi sangre completa.

La señora Encarnación, bajando los ojos, dijo:

—Cuídate mejor, no vuelvas a perderla.

La señora Encarnación terminó su historia así:

—Era una excelente mujer. Durante muchos años, Dios me lo perdone, fue el amparo de mi inválida vejez; pero un día no volvió y no sé qué habrá sido de ella.

Ahora, la de la señora Indalecia. Siendo ella muy

niña solía pasar y repasar en sus idas y vueltas camino de su escuelita, por frente a la casucha donde vivía sola una viejita que frecuentemente la llamaba y le ofrecía rajas de melón, torrejas de patilla y otras frutas que comía con gusto. Una tardecita, cuando no eran todavía las seis pero el día estaba ya obscuro, pasó como de costumbre la señora Indalecia, que entonces era llamada Indalecita, y la viejita la invitó a entrar un momento. Entró, la viejita la llevó al patio y en su presencia comenzó a desnudarse e iba poniendo la ropa en un matorral. Después le dijo:

—Mijita, el favor que te pido es que me cuides mi ropita. Espérame aquí, voy a buscar unas patillas y no tardaré en encontrarlas porque ahora es el tiempo.

En seguida la viejita, toda en cueros, sacó del mismo matorral un garabato y picándose con él en una parte que la señora Indalecia no quiso nombrar, se convirtió en zorra y se fue corriendo. La señora Indalecia dice que por un lado salió la zorra y por otro ella disparada y no paró hasta su casa, a donde llegó muerta del susto; que jamás volvió a pasar por aquella calle, ni como Indalecita ni como señora Indalecia; y que al fin la viejita fue muerta como zorra, cosa que todo el mundo supo, y sucedió de este modo: Una noche Tobías, el muchacho de la rosa del compadre Sóstenes, salió a echarle un vistazo a los sembrados; aunque la luna estaba en menguante, alcanzó a ver un animal por los lados del patillar; le tiró con la escopeta y quedó seguro de haberle dado porque lo vio voltearse y caer detrás de un barranquito, pero dejó el cogerlo para cuando aclareara;

y a la salida del sol lo que encontró allí fue a la viejita muerta.

—Estaba desnuda y con un garabato enganchado en salva sea la parte —dijo la señora Indalecia.

RELATO DE DON MIGUEL

¿Quieren ustedes que les cuente cómo fue la cosa, no? Bueno.

El muchacho se llamaba Tomás. Bien plantado, por el papá. Bien parecido, por la mamá. Bien vestido, por la plata. El corazón lo llevaba, bueno, suele decirse en la mano; pero yo diría que en los pies como el balón un jugador de fútbol, rodándolo por delante y siempre dispuesto a pasarlo a sus compañeros.

Desde la muerte de Tomás padre, grande hombre de trabajo, fundador de una panadería también grande, la señora viuda, madre de Tomás hijo, era, en el hecho, la del pan, la panadera. Esto no lo ignoraba nadie. Todos la veían mandar y gobernaba sus cuadrillas de amasadores, horneros, repartidores. Y sin embargo, no le otorgaron el título de Panadera. El Panadero era Tomás hijo, como lo había sido Tomás padre. La gente se apegaba entonces mucho a sus costumbres y quiso seguir teniendo su Tomás, el panadero.

Tomás hijo no era hombre de trabajo. Aliento y disposición para serlo, si los tuvo, le fallaron ante el empuje de la mamá. Pero mujer de trabajo sí era ella. Por cierto, en vida de su esposo hizo intrépidas inten-

tonas de ponerse, también en la panadería, los pantalones que sin oposición llevó siempre en la casa. Y en su viudez, las pudo sobre el hijo. Quizás éste deseó trabajar y mandar en el establecimiento, tanto como su padre; pero la mamá, la cosa era la mamá con los pantalones puestos en todas las partes, quiero decir en la casa y en la panadería.

Ella decía:

—No tengo tiempo para nada, yo lo hago todo; Tomás sí tiene tiempo para todo, él no hace nada.

A ver si ustedes lo entienden. A mí me parece un intríngulis, en el que únicamente encuentro claros un engreimiento de mamá protectora y un pavoneo de gran mujer de trabajo.

Que Tomás no hacía nada. Bueno. Para la gente de trabajo, quienes no están como ella dándole y dándole a los negocios, no hacen nada. Pero algo hacía Tomás, algo tenía que hacer, llamárasele sí o no trabajo a lo que hacía. El tiempo hay que llenarlo: es una ley de la que nadie escapa; observarán ustedes que mientras a las personas con ocupaciones les es fácil cumplirla, para los desocupados resulta muy ardua empresa, y realizarla es meritorio, debemos reconocerlo. Matar el tiempo es otro modo de expresar aquella ley. Al tiempo hay que matarlo, hasta que la hora llegue. Y aún más allá, diría yo, porque al tiempo no lo detiene la cesación de una vida; y tal vez estar muerto es encontrar, al fin, la más cómoda manera de matar el tiempo.

Bueno. Día a día encaraba Tomás sus dificultades de no-hombre de trabajo para matar su tiempo, y salía

airoso de la dura prueba. Por la mañana lo mataba en la tertulia de "Las Tres Estrellas", charlando, oyendo hablar, comiendo pastelitos de Chapman y destapando una que otra botella de cerveza Gallo Negro; luego lo mataba en casa con un almuerzo en grande, y en seguida con una siesta del tamaño de su digestión. Por la tarde se unía a un grupo de muchachos de su edad que hacían esquina o patrullaban las calles pasando revista a las niñas sentadas a la puerta o asomadas a la ventana; aunque a Tomás le interesaban poco, pues él tenía a su prima Conchita, que le bastaba; y visitándola en la noche era como mataba el tiempo hasta la hora de dormir, cuando el tiempo se nos esconde y se mata por sí mismo.

Bueno. Entre las varias clases de pan de la panadería de Tomás, era notable el butaque, así llamado porque visto de frente parecía eso, una butaca. Mirándolo de perfil, recuerdo yo, se asemejaba más a una B de burro, mayúscula; pero convengo en que fue más delicado el denominarlo butaque y no B de burro. Con un cuartillo se compraban dos butaques. Sí: dos butaques por un cuartillo. Y ya tenemos el butaque. Aquí empieza la cosa.

Ahora vamos con el *cacho.* Éste sí lo conocen ustedes: el cubilete de cuero y los cinco dados de póker. Con él, en días festivos, se entretenían los parroquianos de "Las Tres Estrellas" jugando lo que bebían y comían por servidas, o tandas. Y un domingo Tomás tuvo durante toda la sesión el cacho de espaldas. Al final fue *a las contras*, instigado por Pedro, y perdió.

Porque allí estaba Pedro, claro que estaba allí; un individuo (daba gusto llamarlo individuo), un individuo

inquieto, juguetón y de risa fácil, que, riendo tan abierto como reía, desacreditaba la general creencia de que un alegre reír revela un buen natural. Porque este Pedro era un individuo de mala índole. Retozón, muy divertido, sí; pero ventajista y lleno de gracias tan simpáticas como las de su *habilidad* para no perder nunca al cacho —el individuo. Y este Pedro, sacando rápida cuenta de lo que Tomás debía pagar por la total consumición a su cargo, dijo:

—Caramba, Tomás, te pegaron la gran clavada: mil doscientos veintiocho butaques.

Esto pasó entre risas y fue todo por el momento. Pero la cosa iba a seguir.

Bueno. Al otro día Pedro, cuando se encontró con Tomás en "Las Tres Estrellas", lo saludó diciéndole:

—Qué hubo, Butaque.

Ya está. Ahí le saltó encima el apodo a Tomás.

Vean ustedes: Considerando este caso me dediqué alguna vez a plantear una especie de clasificación de los apodos. Tantos que yo conocía, los agrupé en tres tipos. Éstos son los que me resultaron, referidos a sujetos: Quienes no se acostumbran jamás al apodo y, pasivos o activos, se enfurecen siempre que se les dice; quienes se acomodan tranquilamente al apodo y admiten que acabe por suplantarles el nombre de pila, y quienes reciben el apodo dándole una alegre acogida.

Quieren ustedes unos ejemplos, ¿no? Bueno.

El Chivo. Yo alcancé a conocerlo. El primero que lo llamó así lo hizo en creación repentina, inspirado por la barbita cabruna de aquel huraño vagabundo. Pero

aunque ésta no hubiera sido la intención, resultó apodo y por el resto de su vida cada vez que se lo gritaban el Chivo acometía furioso.

El Maestro Carro, un buen carpintero. Así se dejaba llamar y prácticamente ése era su nombre. Chorreando sudor lo veíamos pasar con una mesa patas arriba en la cabeza y varias sillas enganchadas en cada pata.

—Adiós, Maestro Carro —lo saludábamos. Y él, desde por allá adentro de su ambulante maderería, plácidamente correspondía:

—Adiós, mijito.

Y Turupe. El muy respetable hombre de negocios don Samuel Toro Puyana firmaba abreviadamente su correspondencia comercial: Sam. Toro P. Por ahí se veía ya, digo yo, que le pasaba el nombre entero tan pujante y lo aliviaba reduciéndolo. En la tertulia del Club cierta ocasión alguien se atrevió a decirle:

—Señor Toro Puyana, su firma se lee como San Torope.

Don Samuel, suavizando inesperadamente su habitual majestad toro-puyanesca, dijo:

—Quítele al San Torope la santidad apocopada.

Dijo el otro:

—Queda Torope.

Observó don Samuel:

—Pero aún está ahí el toro.

Dijo el otro:

—Turupe, entonces.

Y vean ustedes: Don Samuel Toro Puyana aceptó el apodo, mostrándose muy contento. Dijo:

—Desde este momento llámenme Turupe. Así me sentiré entre ustedes como el que íntimamente quiero ser en las parrandas. Turupe. Me dan ganas de gritar: viva la libertad.

En este tablero de tres escaques, al del Chivo, pasando antes por el del Maestro Carro, hubiera ido a parar el Butaque: primero, indiferencia, luego, inconformidad. Pero Tomás no le dio tiempo. En definitiva, el Butaque no alcanzó a ser un verdadero caso de apodo. Ustedes van a verlo.

Bueno. Qué efecto producía en Tomás el Butaque, eso le interesaba a Pedro; y para averiguarlo le escudriñó el rostro con aquel astuto mirar suyo que era como un registro de ladrón. Tomás dijo a su vez, sonriendo:

—¿Qué hubo, Pedro? —y al individuo no le gustó la actitud despreocupada de Tomás; porque el individuo esperaba, con ruin satisfacción, haber encontrado un modo de mortificar al bondadoso amigo.

Poco después, en un momento en que Tomás quedó solo ante una mesita, Pedro se le acercó por detrás y revolviéndole el pelo con brusca mano le dijo:

—En qué piensas, Butaque.

Bueno, nada extraordinario, porque Pedro, ya ustedes lo saben, era chancero y cosas como ésa, y empujones y arrebatamientos contaban entre los muchos atractivos del individuo. Y Tomás, también se lo he dicho, era un muchacho de mucha ponderación. En la línea filosófica de despersonalizar la grosería humana, o caído de genio, o siempre con los frenos listos, de él no eran de temer

actos de corto circuito. Sin embargo, en esta ocasión se puso de pies rápidamente dispuesto a sentarle a Pedro un bofetón.

Pero en el momento que solemos decir preciso oyó que lo llamaban con apremio: "Tomás, ven, corre, no te pierdas esto"; y aquella alegre voz de un buen compañero le hizo un efecto sedante muy instantáneo. Pedro, muy divertido, al ver que Tomás se tragaba la rabia, lo acosó: "Anda, Butaque, apúrate, Butaque."

Bueno. Llamaban a Pedro para que concurriera con su admiración a glorificar el paso por la calle, desbordado y con oleaje, de un torrente de mujer. Vean ustedes: a la moda del amor estaban entonces los trinquetes de hembra, turbadores del orden público y demás. Con estro robusto cantaban los poetas: Altos, turgentes senos, caderas de anca de potranca. En su lira no había cuerdas para doncellas de agua. Sólo pulsaban curvas y rebosaduras de carne. Aquellos vates tenían un numen macizo.

Luego Tomás, con cualquier pretexto, salió de "Las Tres Estrellas" a hora más temprana que la de su costumbre; porque la monería de Pedro y la imponencia de la dama peatona se le mezclaron extrañamente en la imaginación produciendo un revoltijo turbio y deprimente que lo obscureció por dentro y lo impulsó a buscar la luz y el aire de la calle. Vean qué cosa.

Salió, pues, Tomás, y fue haciendo con rodeos más largo el camino de regreso a su casa.

Mientras andaba, la imagen de su prima Conchita aparecía en su mente. Poco a poco. Primero, la claridad;

después, el paisaje. Quiero decir, comenzando por la luminosidad del rostro y siguiendo el conjunto de gracias y encantos de su cuerpo alumbrado por sus ojos aurorales. Casi nada le faltaba ya para retornar a su habitual estado feliz, cuando ocurrió el choque.

Bueno. Allí venían dos muchachos que se detuvieron al verlo, conteniendo la risa. Algo se hablaron, como en consulta. Uno pareció resolverse y se adelantó al otro. La posición y actitud de ambos era la de estar listos para volverse y echar a correr. Y súbitamente Tomás tuvo una seguridad: los muchachos se preparaban para gritarle Butaque. Para él no hubo duda: Pedro los había aleccionado.

Bueno. Uno de los muchachos gritó:

—Músiu Mier.

Claro, Tomás lo conocía, todos conocían entonces a Músiu Mier. Y lo oyó gruñir a sus espaldas:

—Eso estúpido, depué de su figura de animalo.

Yo también conocí a Músiu Mier, un buen viejo caderudo, esparrancado y con un fondillo tan voluminoso y pesado que me asustaba pensar qué sucedería, si por una mala pisada daba en tierra boca abajo, cuando le cayeran las nalgas encima.

Músiu Mier era de tardo andar y bien conocía que no impresionaría a nadie como perseguidor a pie. Pero él sabía hacer las cosas y en casos como éste podía lanzar bramidos y dar a su rostro un aspecto feroz. Blandió el garrote y rugió:

—Espera, bandido.

Delante corrían los galopines, a trechos lo aguarda-

ban para encarársele y de nuevo ganaban distancia. Los vecinos se asomaban a la ventana o salían a la puerta; los transeúntes se detenían. Risas, risas; por todos lados, risas.

"Esto es lo que a mí me va a suceder por obra de Pedro", pensaba Tomás, angustiado.

Tomás tuvo por evidente que el individuo estaba ya propagando su apodo. No había tal, yo les aseguro a ustedes; lo más probable, Pedro hubiera acabado por hacerlo; pero hasta aquel momento, nada. Sin embargo, ustedes saben: cuando a uno se le mete algo así en la cabeza, lo da por hecho; nada importa que no ocurra *por fuera* si está sucediendo *por dentro.*

Tomás apresuró el paso para alcanzar más pronto el refugio de la casa y librarse del peligro con que ahora lo amenazaba la calle.

Aquella tarde no salió a su acostumbrado paseo.

—Eso me llamó la atención —dijo después la mamá—. Ay, no me la llamó, estoy siempre tan ocupada. Fue alguno que me dijo: Tomás no ha salido esta tarde.

También Conchita tuvo algo que contar:

—Aquí sí vino por la noche, él no falta nunca; pero lo noté preocupado, mirando mucho para la calle, por la puerta. Ahora que me acuerdo: Yo le pregunté: Qué te pasa, Tomás, y él me puso una cara muy seria pero en seguida sonrió y me contestó: Tú eres lo único que me pasa.

Bueno. Ahora verán ustedes cómo fue la cosa.

Tomás no pudo dormir en toda la noche. Pero no faltó en "Las Tres Estrellas" la mañana siguiente. Allí

se aisló en una pequeña pieza con sólo una mesita que llamaban el reservado. Y Pedro, cuando llegó, dio con él y lo saludó:

—Qué hubo Butaque.

Tomás alzó los ojos y los fijó en Pedro que estaba ante él, de pies, sonriente. Permanecieron unos segundos en silencio. Pedro, curioso y divertido, observaba la extraña expresión de Tomás, sin comprender. Le dijo:

—¿Por qué te has metido aquí, Butaque?

Entonces Tomás con voz airada y seguro le advirtió:

—Pedro, no vuelvas a llamarme así, te lo pido. He hecho una resolución, y si no me atiendes tendré que matarte.

Y Pedro, sin comprender. Se sintió rebosar de maligna alegría, palmoteó aplaudiendo y dijo:

—Qué bien. Vamos a ver eso, Butaque.

Y allí cayó Pedro. Tomás lo dejó seco de un tiro de revólver.

Así fue la cosa.

POR LA PUERTA SECRETA

Primero llegó Nab; después llegó Pájaro. Nab estaba ya en el sillón, con una toalla al cuello. Y Pájaro se sentó en una silla a esperar.

Nab era un hacendado gordo y grande; y bajo su formidable masa se asfixiaba el sillón. El barbero japonés trabajaba a Nab muy inclinado hacia adelante, partiéndose por la cintura, en actitud que parecía de mucho respeto y cortesía; pero realmente no hacía reverencia sino tomaba precauciones para salvar los pies manteniéndolos a prudente distancia para que si Nab despatarraba de pronto el sillón, el derrumbamiento no se los cogiera debajo.

Pájaro era otra cosa. A este flautista flaco y chiquito el barbero japonés tenía que pegársele mucho, buscándole por la cara los manojitos de cerdas que le crecían hundidos y atrincherados en los pliegues de la piel. Y encima de tan ardua tarea, Pájaro nunca llevaba completo el precio de la tarifa, siempre le faltaban algunos centavos que ofrecía llevar después y no llevaba. Pero el barbero japonés no le discutía, quería que se fuera pronto para ponerse a examinar cuidadosamente el sillón; porque temía que se lo hubiera rayado o perforado con

el huesito llamado ñango, alardoso resalto de la espina de Pájaro que le alzaba por detrás la chaqueta.

Desde luego, Nab y Pájaro eran muy buenas personas: esto tenían en común. Y, viéndolos allí, ni un Profeta Mayor hubiera predicho lo que a poco iba a suceder.

Nab sabía quién era Pájaro y Pájaro sabía quién era Nab. Si Nab hubiera llegado el último, sin duda hubiera saludado a Pájaro. Pero Pájaro, a quien correspondía saludar a Nab, no lo saludó; no por nada, sino porque Pájaro sólo hablaba en casos de mucha necesidad pues siempre quería ahorrar aliento para su flauta y conservar la boca quieta por mejor guardar el don natural de su embocadura. Nab, por el contrario, era parlanchín; y como este barbero japonés, si acaso era hablador lo sería en japonés, mas no lo era en español; Nab, por eso, acostumbraba hacer la charla él solo y se entretenía diciéndole al callado rapador palabras juguetonas que formaba con alegre ingenio combinando sílabas como "kha" y "ga" con otras igualmente maliciosas; así, tan sencillo, era Nab. Pero esta vez la presencia de Pájaro le inspiró un distinto modo de divertirse. Se puso a hacer "fi, fi"; y después de encontrar ese sonido halló una manera de modularlo, entre canto y silbido, que en seguida lo caracterizó como una tiraderita para Pájaro. Fi, fifí, fififí —hacía Nab; y no hay duda de que esos fi, fi, corrían como escalitas de flauta— y se veía que la flauta ofendida no podía ser otra que la de Pájaro; escalitas caricaturizadas, en escaleritas, para arriba, para abajo, y hasta a medio lado porque nada había imposible para la habilidad burlona de Nab.

Pájaro, al principio, no se dio cuenta, pero después sí; y no le iba gustando la cosa; cada momento más le iba gustando menos.

Muchos suponían que al flautista le decía Pájaro porque parecía, o creían que parecía, un pájaro; pero se equivocaban en lo uno y en lo otro; porque tal era en verdad su apellido de familia y porque no parecía Pájaro, lo que evidentemente semejaba Pájaro era una disparatada conglomeración de flautas y restos de flautas: sus brazos, sus piernas, su espinazo, eran como flautas enteras más o menos manifiestas; sus clavículas, su nuez —el huesecito aquel— pedazos y pedacitos de flautas; y más flauta que todo parecía su pescuezo, a tal punto que cuando se atravesaba en la boca la verdadera y externa flauta, ésta dejaba de ser real y se veía como un simple reflejo en distorsión del pescuezo de Pájaro.

Y Nab, qué era eso de Nab. Si se llamaba Nepomuceno, por qué no le decía Nep sino Nab. Claro, esto requiere una explicación.

Nab fue bautizado a los dos años de edad y era, a la sazón, una criaturita flacucha, un rostro débil y arrugadito.

Su padre, considerando tanta insignificancia corporal calculó que tal falla física abatiría más tarde el ánimo del hombrecito.

—Aquí hay, según creo —le dijo el padrino—, una semilla de complejo de inferioridad. Vamos a impedirle su libre desarrollo. Esto se me ocurre: darle un nombre grande. Pongámosle, pues, Nabucodonosor; para que cuando, pasados los años, empuñe la pluma y lo

estampe, se sienta alto y fuerte como el hombre: que firme, con tinta indeleble: Nabucodonosor.

—¿En serio? —preguntó el padrino.

—En serio —afirmó el padre.

—Bien —aceptó el padrino—, es tu hijo y así lo pondré.

Pero tal nombre fue rechazado por el Cura; y entonces el padrino lo sustituyó con Nepomuceno.

—En buen apuro me puso el Cura —explicó el padrino—, y no hallé en el momento otro más grande.

Y el padre aprobó:

—¿Qué puede un feligrés ante cualquier terquedad de su párroco? Pero no está mal Nepomuceno; porque si bien le faltan tres letras para igualar a Nabucodonosor, en cambio sobrepasa en tres a Napoleón.

Mas sucedió que Nepomucenito ya por los siete años comenzó a aumentar en peso y estatura más de lo ordinario; y cuando tuvo dieciocho igualaba en volumen y robustez, así decía el padrino, a aquellos monjes de quienes se cuenta que morían de pie y daba mucho trabajo a sus compañeros de igual calibre el tumbarlos para meterlos en el ataúd.

Después comenzó a engordar. La grasa lo invadió, el epiplón se le alzaba montañoso, le tendió su seno la primera papada.

—Sácalo de esa vida poltrona, ponlo a hacer ejercicio —le aconsejaron al papá—; que monte a caballo un par de horas al día.

—Va a montar más —resolvió el padre. Desplegó un mapa, estudió un recorrido e indicándoselo al hijo,

dispuso—: Todo esto andarás en mulo y dentro de treinta días estarás aquí de regreso. Según mis cálculos, te verás obligado a una marcha forzada y continua. Si vuelves en los puros huesos, mejor.

Y exactamente al mes estuvo de vuelta Nepomuceno pero mucho más gordo y seguido por dos burros y un arriero.

—Qué es eso —exclamó el padre—, te envié a adelgazar y has hecho todo lo contrario. ¿Es así como me obedeces? Explícame: ese mulo no es el mismo en que te fuiste. Y díme: qué son esos burros, o los cajones que traen esos burros.

—Todo eso, papá —contestó Nepomuceno—, es el ejercicio que mandaste hacer: cajones de comida para el apetito que me abre el ejercicio; aumento de peso producido por la comida; y el mulo de hoy, porque hasta ahora no he dado con ninguno que buenamente se deje echar mi peso encima por dos veces.

—Bueno —dijo el padre—, me salió el tiro por la culata.

—¿A usted, papá?

—Cállate. Y sigue comiendo y engordando cuanto quieras. Pero en algo te voy a reducir, y va a ser en el nombre: te lo dejo en tres letras. Desde hoy te llamaré Nab.

—Será Nep, papá.

—Ah, sí, eso te imaginas tú, que me voy a plegar a la tontería de un Cura, diciéndote el Nep de Nepomuceno. No señor, es Nab. En eso te va a quedar el Nabucodonosor que un día quise todo entero para ti.

Está pues declarado por qué aquello de Nab y no Nep.

Pájaro desde el primer momento, conservando su flauta bajo el brazo izquierdo, había extendido sobre sus piernas una partitura cuyas notas seguía con los ojos; y a cada nota que veía, sus dedos se disparaban como a tapar agujeros correspondientes surgidos en el aire. Empezó bien, y aquello era maravilloso; pero a poco se fue perturbando y al fin las notas hacían saltar dedos que no eran los de sus reflejos y los agujeros fantasmas se quedaban sin tapar. Y todo porque Nab continuaba sin parar: fi, fi. Pájaro necesitaba hacer algo, no sabía qué hacer, y lo que por el momento hizo fue levantar la partitura de modo que le tapara el rostro y pasándola disimuladamente como una pantalla corrediza lanzar miradas cautelosas y coléricas al cogote de Nab. Mas sucedió que Nab lo descubrió por el espejo, y así tuvo la evidencia de su éxito porque antes no estaba muy seguro de cómo recibía Pájaro la cosa; y entonces Nab, por una inspiración diabólica, modificó su procedimiento así: cada vez que Pájaro le echaba una mirada, Nab suspendía los fi, fi; y en seguida que aquél dejaba de mirarlo volvía Nab a sus fi, fi, con creciente entusiasmo. Esto era terrible; porque le creaba a Pájaro una esperanza y ahí mismo se le destruía.

Al fin se levantó Nab. El japonés desapareció tras un tabique. Nab frente al espejo estiró y torció el cuello para abotonarse la camisa perdiendo así su campo de observación retrovisora. Cerca de Nab había una silla en la posición y el punto que más convenían para el caso. Y Pájaro se sentía enloquecer. Tales las circuns-

tancias que se reunieron para dar a Pájaro la ocasión de su heroica aventura.

Sin perder los instintos de conservación y defensa, Pájaro se embonó el sombrero hasta las orejas, prendió con su mano izquierda la partitura y empuñando con la derecha la flauta, por un extremo, velozmente saltó a la silla, descargó un flautazo en la nuca de Nab y salió a escape.

Nab, volviéndose, alcanzó a ver a Pájaro, ahora sí parecía un Pájaro, cuando volaba sobre los cuatro escalones de la puerta de entrada de la barbería. Se asomó. Pájaro corría por la plaza; y Nab, sonriente, estuvo mirándolo pero cosa de segundos, porque era muy veloz la carrera de Pájaro.

—Kha-ga-ma-kha-kho —le dijo el japonés—, esto me salió bueno —y agachándose hasta la oreja del barbero le dijo en voz baja y tono de misterio unas cuantas indecencias que muy probablemente el japonés entendía pero aparentaba no comprender; y entretanto Nab le daba golpecitos en el hombro que, no obstante el tiento y la suavidad que ponía en su mano, hacían bailar al barbero.

Luego Nab le dio al japonés una gran propina y se fue a hacer algunas diligencias que despachó en poco tiempo; y después, yendo por una calle, vio a Pájaro encaramado en un cochecito de punto que, al doblar la esquina, casi atropella a Nab.

Esta casualidad se había preparado de este modo: Pájaro, una vez a salvo, fuera del alcance de Nab, se complació inmoderadamente de su hazaña; pero aunque la vanidad lo extravió hasta la ilusión de que con su

flauta en la mano ni a Nab ni a nadie debía temerle; aun así, un miedo que no se dejaba destruir por tal fantasía siguió traspasándolo. Pájaro soberbiamente se resistía a admitirlo; pero aquel miedo era testarudo y lo más que cedió fue dejar a Pájaro que tratara de taparlo un poco con el nombre de prudencia. Pensó pues Pájaro que por prudencia era mejor no volver a aquella peluquería; y como tenía que visitar a varios clientes que le quedaron debiendo "repeticiones" en el bailecito de la noche anterior, resolvió ir a cobrarlas de una vez; mas, por prudencia, tomaría un coche: si se encontraba con Nab, que Nab lo viera pasar a trote largo. Iba, pues, Pájaro en el cochecito; y al volver una esquina tuvo lugar el encuentro con el enemigo.

Nab extendió un brazo y agarró una rueda del cochecito: quedó éste brequeado y el caballito se arrodilló. Pero Pájaro, otra vez pareció un Pájaro, voló del asiento y describiendo un arco, como una pelota de soft-ball, traspuso la puerta de una casa de familia. Nab quedó encantado. Restregándose las palmas se acercó al cochero:

—Qué pasó, hombre, qué pasó.

El cochero respondió:

—No sé. Parece que el caballo dio un resbalón y eso asustó al señor Pájaro.

—Hombre, hombre —dijo Nab; y canturreando alegremente siguió adelante.

Pájaro atravesó una sala, atravesó un comedor y atravesó también un patio, pero no pudo atravesar una pared que le cerró la travesía a la cual se había lanzado hasta el infinito. Dio contra aquella pared; y ahí le

salió, a sus espaldas, un señor en pantuflas, con gorro, y la cara llena de una risa canalla pero contenida.

—Ajá, Pájaro. Entras a mi casa de una manera violenta. Parece que estás muy urgido de que te pague las repeticiones de anoche.

—No, no —contestó Pájaro—. Es Nab —iba a decir: le pegué; pero no se atrevió—. Me persigue. Quiere asesinarme.

—Estás loco, Pájaro. Querrá divertirse contigo. Cálmate. Anda, véte tranquilo. Ahora no tengo plata.

Tomó a Pájaro por la cintura y repitiéndole "cálmate, cálmate" lo puso en la puerta de la calle.

Allí esperaba el cochecito.

—¿Qué le pasó señor Pájaro? —preguntó el cochero.

Pájaro recordó de pronto su flauta, su sombrero y la partitura y se precipitó al cochecito y los sacó.

—Parece que se va a quedar el cochero —dijo—. Págueme entonces la carrera hasta aquí.

Pájaro le pagó, sin hablar, y siguió derecho, a pie. Sí, era mejor ir a pie. Delante veía lejos; y no tenía más que volver la cabeza de vez en cuando para ver detrás, lejos también. Lo de mayor cuidado eran las esquinas, que pueden dar una sorpresa; pero si al ir aproximándose a ellas se abría a la mitad de la calle no corría riesgo porque mirando derecho se alcanzaba a ver lo suficiente a lado y lado. En eso era él práctico; porque cuando tenía que tocar ante un atril vigilaba a los otros músicos de la derecha y de la izquierda sin quitar los ojos del papel. Y con lograr unos cuantos pasos de ventaja le bastaba. A la verdad, no tenía por qué preocu-

parse pues toda la cuestión se reducía a correr, y quién se lo iba a ganar en correr. Nab, mucho menos. Sin duda cometió un disparate cuando cogió coche.

Tenía sed. Entró a una cantina y escogió para sentarse un sitio desde el cual podía ver la calle por dos ventanas y a una distancia de la puerta que calculó bien para poder salirle adelante a Nab si por acaso se presentaba. Puso el sombrero y la partitura en una silla a su lado; pero la flauta no la soltó. Pidió un refresco y lo tomaba a sorbitos. Su miedo se iba disipando, o escondiéndose.

Pero momentos antes Nab había llegado a la botica contigua a aquel establecimiento donde Pájaro reposaba. Y Nab entró a esa botica porque allí lo llevó un amigo para mostrarle una fosforera. Haciéndole pasar a la trasbotica, el amigo le dijo:

—Ésta es. Cógela.

Nab la tomó; pero la cajita no era una fosforera, sólo tenía la apariencia de serlo; y al abrirla se puso en función cierto mecanismo que no se podía ver sin reír.

—Es para ti —le dijo el amigo. Porque Nab coleccionaba cosas como ésa, y sus amigos se las procuraban; cuando daban con semejantes artefactos, decían: Es para Nab. Y el juguetón Nab se ponía muy contento de que los dieran.

—Voy un momento atrás —dijo Nab.

El amigo se ofreció:

—Déjame, te llevo.

Pero ahí tuvo Nab ocasión para colocar uno de sus chistes y se levantó diciendo:

—No hace falta. Yo me oriento por el olfato.

Salió, pues, solo, al patiecito. Y cuando volvía descubrió una pequeña puerta que despertó su curiosidad. Nab, desde luego, ignoraba que por allí se comunicaban la botica y la cantina donde Pájaro se refrescaba: aquella puertecita era utilizada para el paso, un tanto clandestino, de la química de la botica al ron y los jarabes de la cantina.

Nab metió la cabeza. Allá, vio a Pájaro, quien continuaba atisbando la calle. Nab traspuso la puertecita y se fue acercando al absorto flautista. Caminaba de puntillas, dándose con un dedo golpecitos en los labios, silencio, silencio, y moviendo una mano en lenta ondulación, quietos, quietos. Por cierto Nab pedía demasiado; porque resultaba muy difícil tragarse la risa ruidosa a que incitaba al andar de aquel modo; pero en vista de tal preliminar, indicativo seguro de algo estupendo, los pocos que allí se encontraban entendieron los mudos y cómicos requerimientos de Nab. Así pudo alcanzar a Pájaro enteramente desprevenido. Entonces Nab lo primero que hizo fue agarrar por el pelo a Pájaro, con su mano izquierda. No deseaba, de ninguna manera, causarle el menor daño. Sólo quería sujetarlo para continuar la diversión de la barbería interrumpida por Pájaro con aquel furioso asalto que a Nab le pareció muy gracioso e iba ahora a cobrárselo con una nueva tanda de fi, fi. No era otra cosa lo que Nab se proponía; pero ya sabía cómo volaba Pájaro y por eso se apresuró a asegurarlo para que no se le fuera.

Sin soltar a Pájaro, Nab se sentó sobre el sombrero

de Pájaro; bien lo había visto, pero no iba a desaprovechar la ocasión de aplastarlo.

—Hombre, hombre —dijo Nab—, me diste con la flauta.

Pájaro lo miró, aterrorizado.

—Bueno, te lo perdono —continuó Nab—, pero tócame un poquito de flauta.

Pájaro cerró los ojos.

—Ya me imaginaba que no ibas a querer. Entonces la toco yo: fi, fifí, fififí. Te gusta, ¿verdad?

Pájaro apretó la boca. Nab lo miró y comenzó a alarmarse. La cara de Pájaro no expresaba simplemente el disgusto que Nab quería proporcionarle para su entretenimiento sino un extraño sufrir cuya causa no pudo explicarse por el momento.

—Hombre, hombre —se apresuró a tranquilizarlo—, yo no te voy a hacer nada, esto no es más que una chanza —y retiró la mano con que asía a Pájaro por el pelo.

Y entonces el asustado fue Nab, el buen Nab: vio ensangrentada su mano; vio desgarrado el cuero cabelludo de Pájaro; vio la miseria de su juguete, el atormentado y silencioso flautista. Y todo pasó porque Nab había descuidado la mano que, abandonada a su presión natural, inocentemente produjo aquel estrago en la cabecita de Pájaro.

Entonces Nab alzó delicadamente a Pájaro y se lo puso en su regazo.

—Corra alguno —dijo Nab— a traer un médico; vamos, hombre, en seguida, a correr.

Pájaro se acurrucó y Nab lo mecía en sus rodillas, arrullándolo:

—Fi, fifí, fififí...

ÚLTIMO CANTO DE JUAN

En la salita de su casa, entre los amplios brazos de una vieja mecedora donde solía acomodarse como si de allí no fuera a levantarse nunca, Pabla intentaba mantener los ojos abiertos para sobreponerse a su obstinada somnolencia. Porque a su frente Pedro estaba sentado en un taburete, y él era una visita de consideración. A medias alcanzaba ella a parecer despierta; mas por el momento hubiera podido ahorrarse el esfuerzo, pues Pedro le hablaba con los ojos puestos aparte.

—Cómo es que Juan se ha dejado tumbar tanto tiempo, comadre Pabla. Yo no me aguantaba eso. Un hombre está sobre el bollo o en el hoyo; pero acostado, no. ¿Qué piensa Juan? Lleva ya sus veinte días, si no saco mal la cuenta.

Pedro se sostenía erguido, la espalda tiesa tal vez por efecto de algunas soldaduras de huesos. Sobre la empuñadura del bastón que apoyaba en el suelo, descansada la mano derecha con el codo caído. El otro brazo, abandonado, le temblequeaba desde el hombro.

Pabla reprimía los bostezos que, en su amodorramiento, se insinuaban como avanzadas en la quietud más profunda del sueño. Pero era su deber atender a Pedro.

—Entre a verlo, compadre Pedro —dijo.

—Eso no, comadre Pabla —y se puso a golpear con el bastón el piso de ladrillos—. Yo no voy a consentirlo. Si fuera allá lo levantaría a palos.

—Pero si está muy enfermo.

—Enfermo, sí, comadre Pabla, lo conozco. Así es la gente pendeja.

—Tal vez sea cosa de los años...

—¿Los años, comadre Pabla? —y entonces la miró; y la veía como si no la reconociera, porque hacía tiempo que él venía poniendo los ojos aparte de la gente; y cuando a veces, de pronto, ponía atención mirando a algún viejo amigo, se sorprendía de encontrarlo en un modo diferente al de sus recuerdos. La cara de Pabla era un ajamiento de carne y una disolución de facciones. En sus ojos brillaba apenas un rezago de luz lunar. Su cuello tenía tantos pliegues como un pescuezo de tortuga. Sus manos parecían grupos de nudos hechos en tiritas de trapo. Pero en todo lo demás que llevaba cubierto, cabía la ilusión: el pecho descansado en el corpiño, se realzaba; las gruesas piernas se acusaban con suavidad bajo la delgada tela de su falda hasta el tobillo. De nuevo apartó los ojos. Deslizó la mano por el bastón y le dio tres sobadas.

—Los años, comadre Pabla. ¿No está usted entera todavía?

—Pero mi marido me lleva mucho. Está muy viejo.

—Viejo, comadre. Entonces qué dirá usted de mí.

Pabla continuaba en su desmayada lucha contra el sueño. Otras veces Pedro hablaba y hablaba y lo que

le gustaba era que lo dejaran hablar, y ella lo dejaba y podía dormir mientras tanto sus poquitos. Y también le hacía preguntas pero se las contestaba él mismo. ¿Por qué ahora esperaba que ella le respondiera?

—Vamos, dígalo, comadre. No se haga la tonta.

—Bueno, compadre, yo no sé su edad; pero Juan me ha dicho que él es mayor.

—Grrrrr... —ladró Pedro—. ¿Mayor que yo, Juan? ¿Eso dice? Maldita sea.

—La verdad, compadre, yo no recuerdo bien si fue Juan...

—No, comadre; no trate de tapar. Maldito sea. Yo dormí a Juan en mis piernas y le di tetero; y ahora dice que es mayor. Cuando él era todavía un muchachón y yo un hombre hecho y derecho, comencé a enseñarle el canto de guitarra, con los dichos de la historia y las colocaciones de la astronomía. Maldita sea. De esta persona mayor aprendió Juan a picar con acento y a contestar con gramática. Maldita sea. ¿Cuántos años dirá que me lleva? Maldita sea la hora. —Entrelazó los dedos de una mano con los de la otra, con el bastón entre las piernas, y ahora le temblaba también la mano derecha.— Y por este mazo de cruces que mis pies no los pongo más en esta casa.

Pedro empezó a levantarse, se fue enderezando, se puso de pies. Tiesa la cintura. Las rodillas, tris, tras, se iban y volvían a cada paso, una rápida escapada adelante y en seguida a su puesto. Alcanzó la puerta, la dobló, siguió un trecho por el sardinel; y de pronto, maldito sea, se le escapó el bastón. Ahora tenía que

recostarse a la pared y esperar que pasara alguno y se lo alzara.

Pabla se había limitado a decirle:

—No se vaya, compadre Pedro.

En verdad, le era indiferente que se fuera. Sentada en su vieja mecedora seguía reposando entre dormida y despierta.

Entretanto Juan, solo en su cuartico, seguía tendido en la cama. Se había puesto de lado, sobre el corazón, y por horas no abrió los ojos.

De puntillas, con un remillón en la mano, fue hasta allí la Niña Rosa, y entró, quiso ir a ver a Juan porque, allá en la cocina, el corazón acababa de avisarle su muerte. Lo estuvo contemplando. Pensó: "Cada vez se va poniendo más delgado y pequeño, como un guineo que uno pela y deja al sol. Parece vivo todavía, pero ya se está acabando. De ésta no se levanta." Y volvió a su cocina.

Pabla seguía aletargada en su penumbra, de sueño y vigilia, confundida entre los fantasmas que le andaban por dentro y las cosas que realmente sucedían fuera de ella. ¿La estaban llamando? Tal vez sí.

—¡Pabla!

Le parecía la voz de Juan. Pero acaso era una llamada de otro tiempo.

Apresurada, secándose las manos con el delantal llegó la Niña Rosa.

—Señora Pabla, señora Pabla; señor Juan la llama. Oiga qué voz tiene.

—Sí, ya voy.

Pabla se desprendió de su mecedora y caminó con pasos entorpecidos, desiguales, que de pronto le precipitaban el cuerpo en una desviación oblicua; y llegó al cuartito de Juan.

—¿Está por ahí Juanchito? —preguntó Juan.

—Alabado sea Dios —dijo Pabla—, te has puesto bueno. Todavía no ha llegado. ¿Necesitas alguna cosa?

—Nada más que te quería pedir que me mandes acá a Juanchito cuando llegue.

—Bueno, Juan.

Salió Pabla y al volver la puerta se encontró a la Niña Rosa que se había quedado allí escuchando y no salía de su asombro.

—¿Qué le ha pasado, señora Pabla? Mire que yo lo vi ahorita y estaba como un mismo difunto.

—Dios sabrá, Rosa. Vamos, me das un bocadito para aprovechar un poquito de hambre que me ha dado.

Juntas se fueron a la cocina. La Niña Rosa le llenó un plato; y Pabla, sentándose en una banqueta, se lo puso en las piernas y empezó a comer. La cabeza se le iba en cortos cabeceos; la mano se le quedaba entre veces parada a medio camino entre el plato y la boca. Pero su masticación era continua y acompasada. Rucurucu, rucurucu.

Una voz juvenil se oyó desde la puerta de la calle.

—Buenas tardes, señora Pabla. Cómo sigue su esposo.

—Buenas, don Miguel. Pase adelante. Está mejorcito.

—¿Se puede entrar a verlo?

—Cómo no. Siga. Ahora lo encuentra despierto.

En su camita de hierro de alta cabecera, Juan, acuña-

das las almohadas a su espalda, se mantenía casi sentado. Saludó a Miguel con un silencioso aleo de la mano.

—Hola, vecino, esto es un milagro. Ya no hay que preguntarle por la salud, sino decirle que desde mañana volveremos a esperarlo para que nos acompañe con el cafecito. Tal vez desde esta misma noche, vecino.

—Mañana, don Miguel. Ahora estoy por pedirle un favor.

—Lo que quiera, vecino. Con mucho gusto.

—Es el caso que ya tarda Juanchito y yo lo esperaba para que me escribiera un canto que me ha estado dando vueltas en la cabeza.

—Pues aquí me tiene a mí, vecino; y comience.

Miguel preparó su estilográfica y un libretín. Muchas veces, en las frecuentes visitas que Juan solía hacerle, había copiado coplas que el veterano improvisador le recitaba recordándolas de remotos desafíos con famosos rivales ya muertos.

—Diga, pues, vecino.

Juan, gravemente, "Mirando para no ver" como él decía y subiéndole unos tonos al registro natural de su voz empezó:

De Colombia es Barranquilla,
de Barranquilla soy yo;
que a Barranquilla y a mí
nos hizo esa gracia Dios.
Y ya no hay más que pedir
si no ser, con su favor,
buena colombiana ella,
buen barranquillero yo.

—Muy bien, vecino. ¿Cómo era que lo animaban en sus grandes días? Ah, sí; ¡pica, pollo!

—Vea, don Miguel, ahora no diga así porque esto que estoy haciendo no se puede decir que es canto de guitarra, y en él es donde pega el dicho. Pero, bueno, tampoco se puede decir que no lo sea. Don Miguel, voy a explicarle. No es de guitarra, porque la guitarra no lo está cogiendo; y sí es, porque traiga usted una guitarra y verá cómo lo coge. No lo es, porque no estoy preguntando y contestando a otro cantador; y sí es, porque fíjese bien para que vea que yo me estoy contestando yo mismo lo cual quiere decir que también me estoy preguntando, don Miguel, como si yo mismo y solo fuera un cantador y otro cantador.

—Bueno, vecino, voy a fijarme.

—Vea, don Miguel, también lo es porque el verso es de ocho; y no lo es, porque el de ocho no es que sea nada más para el canto de guitarra. Y vea que el verso de ocho es el mejor y sirve igual para lo chiquito y para lo grande. Esto me lo enseñó mano Pedro y yo he visto que es verdad. Mano Pedro una vez me dijo y no lo he olvidado: "Óyeme, mano Juan: *Se me torcieron las tripas.* Es un dicho maluco, pero cae bien, porque está en verso de ocho. Sigo: *la Virgen me oyó rezar.* Éste es un dicho bonito y cae bien como el maluco. ¿Por qué? Porque es de ocho. Vamos ahora con un dicho bajo: *Llévate tu lavativa.* ¿Cae o no cae bien, también? Tiene que caer bien porque es de ocho. Y para rematar te pongo este dicho de filosofía: *que la oración puede más.* Y ves que cae bien. Tú ves

que todos caen como deben caer, porque son de ocho."

Miguel se echó a reír. Juan, siempre serio, indicó:

—Vamos, don Miguel —y siguió:

Que estamos correspondiendo
y que nos portamos bien
con fundamento lo digo
como todos pueden ver.
A Barranquilla le damos
hasta nuestro mismo ser,
mas por mucho que le demos
le quedamos a deber.

—Parece —dijo Miguel— que las coplas van a venir de dos en dos, ¿o va todo corrido? Le pregunto, para las separaciones.

—Vea, don Miguel, ahí toca usted otro punto de diferencia con el canto de guitarra, que sólo las quiere de una en una; pero aquí voy de dos en dos, siendo y no siendo, como le he dicho, canto de guitarra. Y no lo es, por lo de dos en dos; y sí lo es, porque cada copla se cuadra ella misma y si la separan de su pareja o la quitan del canto general, ella sola da su cantico aparte. Vea, don Miguel, hay tanto que decir de este arte. Que si todas las coplas son de cuatro y ocho, parecen todas cajitas iguales. Bueno, pero no será como latas de sardinas que todas tienen el mismo pescado adentro, sino como olas de la mar, que cada una es de otro aliento. Y es que un canto, por muchas coplas que tenga, debe quedar como un solo ser, siendo un ser cada copla: como el manzanillo, don Miguel, que él es un animal entero;

y si usted lo va cortando por las junturas, cada trocito que le arranque sigue viviendo solo. Vamos a adelantar, don Miguel:

El sitio de Barranquilla
nadie sabe cómo fue
y verdad que no era nada
para quien no supo ver.

Juan guardó silencio un rato.

—Vea, don Miguel. Hay casos en que el verso que debe salir no sale y el cantador tiene que ponerse o buscárselo en la cabeza. Entonces uno se rasca el pecho y tose como si le hubiera entrado polvo y saca el pañuelo y se limpia la cara o le sonríe a alguna personita y le hace una seña de saludo; y cualquier cosa como esas es trampa porque uno lo que está es en que salga el verso; pero nadie tiene derecho a reparar. Y vea, don Miguel, que aquí no se puede disimular; usted me cogió en la pensada. Pero ya está:

Dicen que era sólo polvo,
polvo del Eclesiastés.

—Un momento, vecino; del Génesis, tal vez quiera usted decir.

—Vea, don Miguel. Usted tiene conocimiento superior; pero Génesis no se puede poner en la parte del Eclesiastés; uno, porque no ajusta los ocho; y otro, porque no hace la fuerza en una "t", que es necesario.

—Pues busque otra, vecino; o cambie el giro.

—Vea, don Miguel, así no es válida, porque la pala-

bra tiene que salir natural, y la que salió, ésa es. Yo no la puedo cambiar.

—Vamos a arreglarla así, vecino:

Dicen que era sólo polvo,
del Génesis debió ser.

Y Juan completó en seguida:

y aún mejor, pues de ese polvo
Barranquilla iba a nacer.

—¡Pica, pollo!

—Ahora sí pega el dicho, don Miguel; porque lo que usted dijo suyo era, y como yo quedé picado, piqué. Y vamos adelante, don Miguel:

Estaba aquí Barranquilla,
la pasó el conquistador
y el de la ley y el del oro,
ninguno de ellos la vio.
Barranquilla estaba aquí
pero su señal no dio
que a mejor clase de gente
tocaba su fundación.

—Verdaderamente, vecino, la historia no enferma si los conquistadores exploraron este territorio.

—Así es, don Miguel, siguieron de largo como si esto no valiera nada. Pero sí valía, usted lo está viendo. Ahora que la historia no podía decir más, porque ella es el cuento de lo que pasa y lo echó: que pasaron. No les correspondía, don Miguel:

No iba a salir de Barranquilla
de manos de un peleador,
ni de las de enredadores
o del acaparador.
Debía salir bien limpia
del hombre trabajador,
de criaturas como aquellas
con quien Cristo se juntó.

—También yo creo que ésa es la mejor gente, vecino.

—Así es, don Miguel, porque el hombre trabajador vive en paz, como es la voluntad del Creador, y viviendo así la mala yerba no le crece en la cabeza. Vea usted, don Miguel, que el pecado original es nada más semilla de yerba mala que no fue Dios quien la sembró en el hombre, sino el Diablo. Pero vuelve el Diablo a meterse y la riega con las malas intenciones y las tentaciones del mundo y de la carne; y esto lo hace por mano de los aprovechadores que son el mismo Diablo en figura de personas; y entonces ahí tiene usted, don Miguel, que la semilla da su mala yerba. Pero la gente de Cristo estaba con Él, y con Él estaban también los fundadores de Barranquilla, porque sabían hacer la señal de la Cruz, y no les crecía la mala yerba en la cabeza. Por eso era a ellos a quienes se iba a llamar, por medianza de un animal noble, como a veces Dios avisa a los hombres. Vea, don Miguel, que la Paloma dio su anuncio, el Águila apareció, se hizo el León presente; y hasta habló la burra, don Miguel, porque ella fue la primera que vio al ángel:

Por eso el Toro en su hora
llamó tocando clarín.
No más oyeron el toque
quienes debían oír.
Los machetes y mochilas
cogieron para salir,
andaba el Toro delante
y ellos detrás, hasta aquí.

Juan permaneció un rato pensativo, preocupado.

—Vea, don Miguel, hay una cosa, usted se daba por entendido de que en el Eclesiastés no hay polvo. Sí hay, don Miguel; pero usted tuvo razón de quitármelo porque no sentaba donde yo lo coloqué. Ese polvo del Eclesiastés hay que tomarlo en mala parte.

—¿Cómo, vecino?

—Sí, don Miguel, porque es el polvo de la destrucción; y Barranquilla no se volverá nunca "el mismo polvo" ni polvo de ninguna otra clase. Eso lo admito para el pueblo que sea; pero no lo acepto para Barranquilla.

—Yo tampoco, vecino.

—Y vea, don Miguel: vamos a excusar al Predicador; porque cuando él se explayaba, allá por el año uno, qué iba a saber, por más divino, que con el tiempo existiría Barranquilla. Y si lo sabía y no la exceptuó, pues nosotros la exceptuamos.

—Claro, vecino, no faltaba más.

—Bueno, don Miguel, vamos:

Llegaron y comenzaron
en seguida a trabajar:

les iba una vez diciendo
que no debían parar.
Y de día era el sudor
y de noche era pensar
y la misma voz decía
el tiempo de descansar.

—Pesada vida, vecino: trabajar, un descanso y otra vez al trabajo. ¿No se divertían?

—Vea, don Miguel, que ya su mismo trabajo los contentaba. No era el mundo, don Miguel, lo que estaban construyendo; pero Dios les permitía que humildemente, al fin de cada día, se recrearan en la contemplación de la obra que habían hecho. Porque vea que el barranquillero no considera que el trabajo sea una maldición. Al barranquillero, don Miguel, le gusta que al hombre no lo hubieran dejado seguir flojeando en el paraíso terrenal. Y otra cosa, don Miguel: que los que trajo el Toro, si por un lado no perdían tiempo en el trabajo desde la madrugada, por otro lado se divertían cuando era tiempo y lugar:

Lo que era en la cama a ellos
no se los cogía el sol;
pero estaban enseñados
a buscar entretención.
Y en la noche de los sábados
alzaban, de invitación,
su bandera la cumbiamba,
su linterna el cantador.

—¿Y era usted tan buen bailador como cantador, vecino?

—No, don Miguel. Yo me paraba no más a escuchar el tambor. Porque vea, don Miguel, que ningún instrumento es mejor que él para el modo de conversación en que el coloquio no es con otra persona sino con uno mismo. El tocador soba y estira el cuero golpeándolo con las yemas y con los cantos o con la palma; y, ayudado con las maniobras del cuerpo, hace que los sonidos suban y bajen por la escala y va sacándole al tambor las palabras tan-tan que el propio tocador se está diciendo por dentro. A eso me paraba yo: a estudiar el habla del tambor. Y ahora sigo:

La obra suya está a la vista
y si esto han hecho hasta hoy
para lo que harán mañana
no existe calculador.
Como corre y corre y el Río
corre cada ocupación.
No se puede parar nunca,
sigue diciendo la voz.

—Eso es muy cierto, vecino. El progreso de Barranquilla nadie sabe hasta dónde va a llegar.

—Así es, don Miguel; y será porque Barranquilla puede llegar a todas partes por tantos caminos que tiene, del río y de la mar. Pero si fuera eso solo sería igual a otros pueblos que tienen de lo mismo. Es que hay más, don Miguel, que yo lo voy a decir:

Y vean que hay una cosa
y es el misterio mayor:
que Barranquilla es semilla
que sembró el mismo Señor.
Por eso no la abandona,
cada día le hace un don
y las manos que la cuidan
reciben su bendición.

—Vecino, estoy cantando con sus versos. Yo, usted lo sabe, me siento barranquillero. Aquí vine y aquí me casé con mujer que sí es nacida en Barranquilla.

—Y aunque su esposa fuera de otra parte, don Miguel: con que viva con nosotros basta. Con eso, ya es usted un hermano y recibe la bendición. Y vea que me ha recordado a las mujeres, que hay que hacerles un buen lado en el canto; porque donde no están ellas todo es desabrido. Falta que le hace la sal al huevo, don Miguel. Voy a decir así:

Haciendo firmes sus hombres
sus mujeres prefirió
porque lindura y caletre
y un catecismo les dio:
¿Eres tú barranquillera?
Y aunque no quiera decir,
la doctrina de la gracia
contesta en su cuerpo: Sí.

La respiración de Juan había comenzado a precipitarse. Miguel notó el esfuerzo que hacía con las manos, apo-

yadas a los lados, para sostenerse en alto. Se levantaba para darle ayuda cuando Juan dijo:

—Quédese ahí, don Miguel, no se moleste. Pero qué le parece que con ese poquito de cantar ya me siento cansado. Don Miguel, la cosa está mala.

—¿No será algo de fatiga? ¿Qué le parece una sopita caliente?

—No, don Miguel, no es de sopa.

Volvió la cabeza sobre la almohada y pareció abandonarse a la postración. Miguel pensaba que ya no podría más. Pero Juan habló todavía, con débil voz:

—Haga el favor de acercarse, don Miguel, y perdone. Siga cogiendo:

El Toro me está llamando,
ya vuelvo al polvo que soy,
polvo del Eclesiastés,
en la Biblia lo vi yo.
Que todo acabe, es la ley.
Pero el dicho superior
no reza con Barranquilla
y excuse el predicador.

Miguel se había inclinado más porque las últimas palabras sonaron sordas y confusas. Juan había aflojado los brazos y se hundía, se estaba embutiendo en sí mismo; pero después de un largo silencio se recobró de pronto.

—Don Miguel —dijo—, usted ve que ya no puedo hablar con acento. Disimule, don Miguel. Y vea que ahora quiero que me lea el principio del canto, para

que me pique como otro cantador, porque necesito una picada. Perdone, don Miguel. Hágame ese favor.

—Por supuesto, vecino —respondió Miguel, y leyó—:

De Colombia es Barranquilla
de Barranquilla soy yo;
porque a Colombia y a mí
nos hizo esa gracia Dios...

Miguel miró a la cama y vio que Juan se estiró un instante, se aflojó y quedaba inmóvil. Esperó un rato, y salió a avisar.

Pabla se hallaba de nuevo amodorrada en su vieja mecedora.

—Vecina, su marido acaba de morir.

Pabla oyó: ¿acababa de morir Juan? ¿No había muerto Juan hacía tiempo?

—Ya ve, don Miguel: cuando parecía más bueno, le llega el fin.

Se levantó sin afán; y con sus vacilantes pasos caminó hacia el cuartito mientras Miguel se despedía.

—En seguida vuelvo, vecina, para lo que pueda servirle.

Pabla se arrodilló ante el cadáver de Juan; y juntando las manos, apoyado el pecho en la cama mortuoria, comenzó a rezar y a adormitarse.

ÍNDICE

ESTA EDICIÓN DE 4.000 EJEMPLARES SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EL DÍA VEINTE DE SETIEMBRE DEL AÑO MIL NOVECIENTOS SETENTA Y TRES EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE LA COMPAÑÍA IMPRESORA ARGENTINA, S. A., CALLE ALSINA 2049 - BUENOS AIRES.

Date Due


PQ 8179 .F8 M8 1973
Fuenmayor, Jose Felix.
La muerte en la calle / Jose F
010101 000
0 1163 0175429 1
TRENT UNIVERSITY

La publicación de estos relatos (debida a la recomendación de Gabriel García Márquez) constituye un acontecimiento fundamental para las letras hispanoamericanas. La riqueza imaginativa de José Félix Fuenmayor, la fascinación de sus anécdotas –conmovedoras, sonrientes y a la vez hondamente trágicas–, la vivacidad de su prosa lo revelan como uno de los grandes escritores de Latinoamérica. Sus personajes son seres cotidianos y humildes que enfrentados con la dureza del mundo se yerguen hasta una serena magnitud. Estos personajes hablan con los demás y consigo mismos: definen la amistad y el amor, ignoran el odio, describen sus arduos trabajos, que no logran agobiarlos. Y sus palabras, llenas de sabiduría e inocencia, nos descubren un cosmos que parece recién creado. Pero ese cosmos no se asemeja en nada al ámbito mítico, a las utopías paradisíacas con que suele soñar el hombre acosado por los problemas de nuestros días. Los humildes trabajadores de Fuenmayor nos dicen, al contrario, con cuánta altivez son capaces de enfrentar esos problemas y hasta qué punto el vivir es una empresa de que cada hombre es responsable.

José Félix Fuenmayor nació en Barranquilla (Colombia) en 1885 y murió en 1966. Director de "El Liberal", fundador de las revistas "Mundial" y "La Semana ilustrada", publicó entre otros libros "Corine" y "Una triste aventura de catorce sabios". A su labor de escritor se suma la de gran maestro: a su alrededor se formó el llamado "Grupo de Barranquilla", del que formó parte Gabriel García Márquez. El lector advertirá de inmediato qué poderosos lazos vinculan la obra de García Márquez con la de su maestro Fuenmayor.